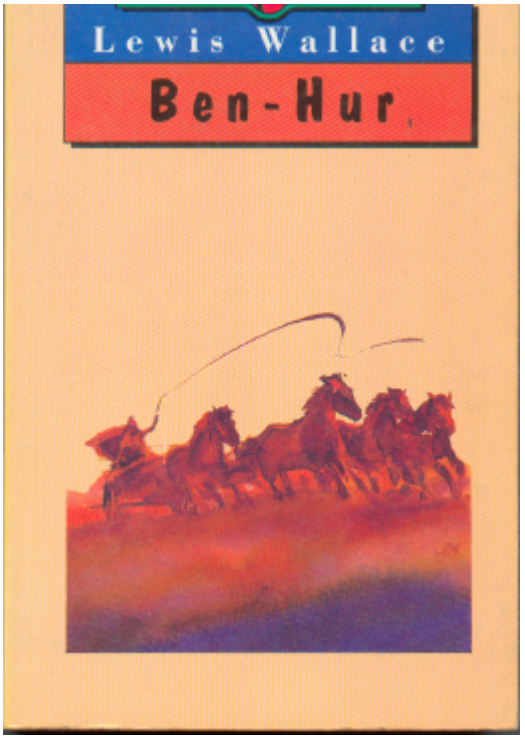
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Eran las primeras horas del día. Un viajero avanza ba por el lecho de uno de los torrentes que nacen en el monte El Jebel-Ez-Zubleh. Este monte, de unos ochenta kilómetros de bngitud, se encuentra situado junto al desierto de Arabia y está atravesado por cauces de agua que, confundiéndose con el río Jordán, desembocan en el mar Muerto.

El viajero era un hombre de aspecto venerable. La barba entrecana le cubría el pecho y su rostro bronceado quedaba medio oculto por un turbante rojo. De fuerte constitución, aunque no muy alto, el hombre posefa unos ojos grandes y oscuros que hacían pensar en alguien bondadoso y audaz a la vez. El brillo casi metálico de sus cabellos abundantes le daba un aspecto que recordaba al de los faraones o los últimos Ptolomeos, pues sin duda el via jero era egipcio.

El desconocido viajaba a lomos de un espléndido ca mello blanco, sentado sobre los pliegues de una especie de tienda. El animal llevaba la cabeza sujeta pOr un ronzal escarlata y de su cuello colgaban cadenas de las que pendían campanhas de plata. Su fuerte musculatura, su andar majestuoso y su pelaje brillante denotaban la antigua procedencia de su raza.

A1 atravesar la última quebrada del torrente, el viajero comprobó que se hallaba más allá de los límites de El Belka, el antiguo Ammón. El camello avanzó sumiso por un pequeño camino, ajeno como su dueño a las alondras, perdices y buitres que les sobrevolaban. Ambos pa recían ser conducidos por una mano oculta que les guia ba hacía un destino conocido de antemano.

Pasadas unas horas de lento caminar, el camello y el viajero dejaron atrás El Jebel y se internaron en una zona plagada de promontorios de arcilla y arenisca. Ha cia el mediodía, el camello lanzó un gruñido, como indicando su cansancio, y el viajero comprendió que se hacía urgente realizar un alto en el camino.

El hombre bajó a tierra, observo la posición del sol *y* examinó el lugar. Pareció sentirse satisfecho *y*, tras orar unos instantes, se dispuso a desentumecer sus doloridos miembros dando un pequeño paseo por los alrededores.

Llamaba la atenció n el hecho de que no llevase armas para protegerse de las innumerables alimañas del desierto o de sus crueles moradores, pero su actitud tenía más de serena confianza en una protección superior que de arrogante audacia.

A1 cabo de un rato, el viajero extrajo una esponja y una calabaza de agua y limpió los ojos y los collares del camello. Después, plantó un mástil y colocó diversas estacas para levantar una tienda. Por sus preparativos parecía deducirse que esperaba a alguien. El hombre miró luego al animal y, a falta de mejor interlocutor, le dijo:

-Estamos muy lejos de casa, amigo, pero no hemos de preocuparnos, pues Dios se encuentra con nosotros.

El camello ingirió un puñado de habas secas tendidas por su dueño, quien siguió diciendo:

-Vendrán. Sé que vendrán, pues quien me ha conducido les gufa ahora a ellos. Tan solo hemos de tener pa ciencia y prepararlo todo para recibirles.

A continuación sacó una cesta con alimentos del interior de la tienda que había levantado y se sentó sobre una alfombra dispuesto a consumirlos. Cuando terminó de comer, el viajero siguió sentado, como esperando a esos desconocidos de quienes habfa hablado al camello.

A1 cabo de unos instantes, el hombre divisó un pequeño punto en el horizonte. El punto fue

creciendo paulatinamente hasta revelar la silueta de un hombre montado en un camello.

El desconocido bajó del animal, alzó los brazos al cielo y esbozó una breve oración, tras lo cual avanzó hacia el egipcio y le saludó cariñosamente.

-Là paz sea contigo -exclamó el recién llegado.

Y contigo, hermano de la auténtica fe -replicó el egipcio.

Ambos hombres se separaron y se contemplaron mutuamente, como intentando reconocer aquello que les resultaba familiar en dos personas que nunca antes se habfan visto.

El recién llegado era alto y tenía los ojos hundidos. A1 igual que el primer viajero, su barba y su caballo eran blancos, no llevaba armas y en su rostro destacaba el color bronceado de su piel. Vestfa a la usanza indostánica y todo su atavío era blanco.

Los dos hombres, permanecieron un rato en silencio y después contemplaron el horizonte. A lo lejos divisaron un punto negro en el espacio que avanzaba hacia ellos.

Viene el tercero -dijo el egipcio, y su compañero asintió.

Cuando el tercer hombre se acercó al lugar donde le esperaban los dos primeros en llegar, exclamó:

-La paz sea con vosotros, hermanos en la auténtica fe.

El hindú y el egipcio correspondieron a su saludo, fundiéndose los tres en un apretado abrazo.

El tercer viajero era de débil constitución y tez pálida. Su expresión era grave y, por su aspecto, parecía provenir de la estirpe de Atenea.

-He sido el primero en llegar -dijo el egipcio y, por *lo* tanto, me corresponde ofreceros mi hospitalidad. Permitid que os invite a mi modesta tienda para que disfrutemos de un ligero condumio.

Los otros dos estuvieron de acuerdo. Después de descalzarse, los tres hombres penetraron en la tienda y se dispusieron a orar antes de comer.

-¡Oh, Dios, Padre Nuestro! -dijeron los tres a coro en sus respectivas lenguas, cruzando las manos sobre el pecho-. Es tuyo cuando hay aquí. Acepta nuestra acción de gracias y bendícenos para que' podamos seguir cumpliendo tu voluntad.

Terminada la oración, los tres hombres se miraron asombrados. Cada uno de ellos había orado en su propia lengua y, sin embargo, se habfan entendido. Dios estaba con ellos.

Después de comer, los viajeros charlaron animadamente.

-El camino ha sido largo -dijo el egipcio- y aún nos queda un buen trecho por recorrer.

En aquella época, el año 747 de Roma, no había medios eficaces de transporte que acortaban las distancias.

-Sugiero que nos contemos las historias de nuestras vidas -siguió hablando el egipcio-. De ese modo, el tiempo se nos hará menos pesado y podremos conocernos mejor.

-¿Y quién empieza? -preguntó el griego.

-?ú mismo, hermano -respondió el egipcio. -No sé por donde empezar -titubeó el griego-.

No comprendo nada, pero sé que cumplo la voluntad del

Señor.

Sus compañeros asintieron en silencio.

-Procedo de un país situado al Oeste de aquí: Grecia. Soy Gaspar, hijo de Cleantes el ateniense. He heredado de mis conciudadanos la pasión por el estudio y, tras estudiar muchas filosofías, llegué al convencimiento de que existe un solo Dios.

Sus palabras fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

Conocí a un judío -prosiguió el griego- que me ayudó a saber más cosas sobre el verdadero

Dios. Me dijo que El aparecería en persona muy pronto. Una noche, en sueños, oí una voz que me decía: "¡Gaspar, tu fe te ha salvado! ¡Con otros dos que vendrán de muy lejos verás a Aquel que os ha sido prometido y seréis sus testigos!

¡Pon la fe en el Espíritu y El te guiará!". Me desperté repentinamente, me vestí y llegué a Antioquia a bordo de un navío. Ali compré un camello y con é1 he llegado hasta aquí.

El hindú tomó entonces la palabra.

-Mi nombre es Melchor -dijo- y mi lengua es una de las primeras de mi país: el sánscrito de la India. Estudié el libro de mis antepasados, Los Cuatro Vedas, que enseña las verdades de la religión. Nací brahmán, pero me sentía insatisfecho con las enseñanzas de mis antepasados. Buscaba el principio de la vida, la religión y el lazo que existe entre el alma y Dios. Considerando que Brahma llenó el mundo de maldad, fui calificado de hereje por mis compatriotas y me vi obligado a refugiarme en la isla de Ganga Lagor. Un día, tendido en el suelo, oí una voz que murmuraba: "¡Bendito seas, hijo de la India! ¡Con otros dos, procedentes de alejados extremos del mundo, verás al Redentor y serás testigo de su Advenimiento! ¡Le vántate *y* ve a su encuentro!". Compré un camello *y,* desde entonces, he viajado solo, guiado por el Espíritu.

El egipcio comprendió que había su turno y dijo:

-Soy Baltasar, el Egipcio. Mis antepasados llegaron del lejano este y con ellos tenían la historia del mundo antes del Diluvio, que los hijos de Noé contaron a los arios. La religión es la ley que une al hombre con su Creador y sólo consta de dos elementos: Dios, el Alma y su mutuo reconocimiento. Así era la religión de la primera familia, pero la mezcla de nuestros pueblos corrompió nuestra fe. El Valle de las Palmeras se convirtió en el Valle de los Dioses y entonces inventaron a Isis y Osiris. Decidí buscar la Verdad y no descansé hasta conseguirlo. Abandoné las enseñanzas de mis antepasados y dejé de ser príncipe y sacerdote de Alejandría, mi ciudad. Viajé por otros lugares predicando la verdadera fe y algunos me siguieron, pero la mayoría de las personas no querían ni oír hablar de mi. ¿Cómo es posible que no estuvieran de acuerdo con la idea de un Dios único, bondadoso y justo, que premia a los buenos y castiga a los malos?

-El hombre es el peor enemigo del hombre - exclamó el hindú.

-Asf es -replicó el egipcio-. No me di por vencido, pero pensé que las cosas cambiarían si E1 se manifestase de nuevo para redimir a la raza humana. Un día, entregado a mis reflexiones en la soledad del desierto africano, vino a mí una estrella de brillo deslumbrador. Entonces escuché una voz que decía: "¡Tus buenas obras han dado su fruto! Junto con otros dos, verás al Salvador y serás su testigo! ¡Ve a su encuentro y, cuando lleguéis a la ciudad santa de Jerusalén, preguntad a la gente: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle!". Compré un camello y segue el camino que me indicaba una estrella luminosa.

Los tres hombres permanecieron un rato en silencio, como reflexionando sobre las palabras que había pronunciado cada uno.

-Creo que vamos en busca del Redentor, no de un pueblo, el judío, sino de todos los pueblos de la Tierra - dijo el egipcio.

-¿Por qué *10* crees así? -preguntó el hindú.

-Porque somos tres los elegidos y cada uno procede de un lugar remoto. Nosotros y nuestros antepasados, representados por nosotros, nos postraremos á los pies del Salvador.

Los tres viajeros salieron a la tienda. El sol declinaba rápidamente y los camellos dormían. Transcurrido un rato, levantaron la tienda y, montando cada cual en su camello, partieron hacia el oeste sin pronunciar una palabra.

De pronto, brilló en el aire sobre sus cabezas una luz resplandeciente. Comprendieron el significado de esta aparición y exclamaron al unísono:

- ¡Es al estrella! ¡Dios está con nosotros!

Capítulo 2

La muralla de Jerusalén abre sus puertas al exterior en la parte occidental a través de las Puertas de Encina, también llamadas Portal de Belén. Ante estas puertas llegaron los tres viajeros el año 747 de Roma, o el cuarto antes de la Era Cristiana.

En el ángulo del callejón que se abría al patio había varias mujeres sentadas, vendiendo sus mercancías. Vestidas con túnicas de lienzo y cubiertas la cabeza y los hombros con un largo velo, las mujeres se hallaban rodeadas de chiquillos que jugaban medio desnudos. Sus cuerpos morenos, sus oscuros ojos y el pelo crespo revelaban al instante su origen hebreo.

Por las puertas de la muralla circulaba una inmensa muchedumbre que entraba y salía de la ciudad. Nazarenos, samaritanos, gladiadores, buhoneros y algunos soldados romanos caminaban entremezclados, formando un paisaje singular y extraño.

Un griego de hermoso aspecto se acercó a un vendedor de frutas y le dijo:

-¿Qué tienes esta mañana, hijo de Chipre? Estoy hambriento.

-Legitimas frutas del Podio -contestó el vendedor. -No me interesan. Qué más tienes? -Uvas, dátiles e higos.

-No quiero dátiles, pues no soy árabe -replicó el griego-, y no deseo comer higos como los hebreos. Dame las uvas.

Conversaciones de este tipo eran habituales ante los puestos de los vendedores.

Hacia el mediodía, la corriente de compradores y vendedores fluía como un río caudaloso. La Jerusalén de Salomón, cantada por los profetas y los poetas, se habfa transformado en la imitadora de Roma, centro de costumbres profanas y eje del poder pagano.

Hasta aquel lugar llegaron, hacia la hora tercia del día, un hombre, una mujer y un asno.

La mujer iba vestida con una túnica de lana burda y llevaba la cabeza y el cuello cubiertos con un velo, por lo que resultaba imposible sorprender los rasgos de su rostro.

Un hombre se les acercó y les preguntó:

-¿Eres tú José de Nazaret?

-Así es -respondió el hombre-. Que la paz sea contigo, rabino Samuel.

Yo también deseo que la paz sea contigo, con tu ç?sa y con todos los tuyos.

El hombre llamado José de Nararet correspondió a estas palabras con una leve inclinación de cabeza.

-Lleváis tanto polvo encima que supongo que habéis pasado la noche en esta ciudad de nuestros padres -dijo el rabino.

-No -replicó José-. Pasamos la noche en la posada de Betania y continuamos el viaje al amanecer. -¿Pensáis quedaros aquí? -No, vamos a ??lén.

-Comprendo -exclamó el rabino con aire suspicaz-. Has nacido en Belén y vas allí a empadronarte con tu hija, según las órdenes del César.

-Esta mujer no es mi hija.

Pero el rabino, sin prestar atención a la réplica de José, siguió hablando.

-Los hijos de Jacob estamos en la misma situación de nuestros antepasados cuando se encontraban en suelo egipcio, sólo que ahora carecemos de un Moisés o un Josué. ¿Qué ocurre en Galilea?

-Sólo soy un humilde carpintero y no me ocupo de temas políticos -contestó José.

-Pero... eres judío -exclamó el rabino con indignación-. De la estirpe de David. No creo que te agrade pagar impuestos. No me importa prescindir de unas monedas, pero no soporto aceptar la tiranía de los romanos.

El rabino Samuel miró entonces a la mujer quien, apartando el velo de su rostro, mostraba a los dos hombres su extraordinaria belleza. .

-Tu hija es muy hermosa -dijo el rabino.

La mujer volvió a cubrir su rostro con el velo al escuchar estas palabras.

-No es mi hija -afirmó José-, sino la hija de Joaquín y Ana, de Belén, ambos bien conocidos.

-¡Oh, sí! -dijo el rabino con respeto-. Descendientes directos de David. Les conozco.

-Los dos han fallecido, pero han dejado una casa para dos hijas. La Ley exige que María, para asegurar la propiedad, contraiga matrimonio con su pariente más próximo. Yo, que antes era su tío, ahora soy su esposo.

Y como los dos habéis nacido en Belén -habló el rabino-, los romanos os obligan a ir allí para empadronaros. Espero que tengáis suerte.

Dicho esto, el rabino Samuel se alejó, dejando a José estupefacto.

José y su mujer abandonaron la ciudad y tomaron el camino de Belén. María contaba apenas quince años y poseía una gran inocencia y ternura. Su marido era un buen hombre, aunque algo rústico, pues no habfa gozado de uni esmerada educación.

Llegaron hasta el lago de Elias y divisaron Belén a través del valle. A1 alcanzar el umbral de la ciudad, José sintió un gran temor al contemplar la muchedumbre que recorria las calles. Con tanta gente, les sería difícil encontrar posada.

José decidió detenerse ante el portal de una casa situada en el extremo de la aldea, en una encrucijada de caminos.

Las posadas orientales eran casas sin cobertizo y sin puertas. Se elegia su emplazamiento considerando la posibilidad de cobijarse del sol y la proximidad del agua. En estas posadas no habfa huéspedes, dueño, criados ni cocineros. Los viajeros se acomodaban solos, procurándose ellos mismos la comida.

Marfa contemplaba con curiosidad a la muchedumbre que, a causa de tener que empadronarse en el lugar de nacimiento, llenaba la aldea. Un hombre se les acercó y dijo:

-Sed bienvenidos. Es inútil entrar en la posada, pues está llena de gente.

-He de alojar a mi mujer -replicó José. -Puede unirse a la mía. Está allí -el hombre señaló un lugar cercano-, con los muchachos.

José dejó a su esposa con aquella familia e intentó c?nv??c?r al portero de la posada que les concediera alojamiento.

-Es inútil -dijo el portero-. No hay sitio libre. -Soy de Belén -replicó José-, he nacido aquí. Esta es la mansión de mis padres, pues pertenezco a la casa de David. Soy José de Nazaret.

-No insistas, hermano.

Pero las palabras de José, pese a todo, parecían haber surtido efecto. Ser de la estirpe de David era el máximo galardón para un hebreo.

-Puedes entrar, silo deseas -dijo el portero-, así comprobarás que te digo la verdad. No cabe nadie más. -Pero el lugar es muy espacioso.

-Sí, pero está atestado de personas, bultos y mercancías.

-A mi no me importa dormir fuera -exclamó José-, pero mi esposa es muy joven, está cansada y hace mucho frío.

El hombre no sabía que hacer. No había sitio para nadie más, pero tampoco podía dejar abandonados a los descendient?s de David, sobre todo en aquellas circunstancias

-Está bien -dijo-. Haré *lo* que pueda por vosotros. ¿Cuántos sois?

-Mi esposa y un amigo con su familia. Seis en total.

Tráelos antes de que anochezca.

José le dio las gracias y se alejó en busca de los demás.

Cuando regresaron todos juntos al lugar de donde se encontraba el portero, éste les condujo por un pavimentado corredor hasta el patio de la posada y, descendiendo por un declive del terreno, llegaron a un camino que conducía a una especie de establo.

-En esta cueva -dijo el portero señalando e1 lugar- se refugió David. Desde el campo conducía los rebaños hasta aquí. Los pesebres se conservan intactos.

E1 polvo y la paja alfombraban el piso, dándole un tono amarillento. No obstante, la estancia parecía limpia y cómoda.

José contempló el establo y miró á su esposa, temiendo que la joven no encontrara el sitio de su agrado, pero María dijo:

-Este lugar está santificado.

E1 portero les dejó solos y los viajeros se dedicaron a poner un poco de orden en la cueva.

A1 cabo de unas horas, el silencio se adueñó de la posada. Los israelitas se pusieron de pie y dirigieron sus miradas a Jerusalén, con los brazos cruzados sobre el pecho. Era la sagrada hora nona, en cuyo momento se ofrecfan en el templo del Mona los sacrificios propiciatorios. Cuando cesó la oración se escucharon de nuevo los gritos de los moradores de la posada. Después de la cena, todos se acostaron, se apagaron las luces y el silencio se hizo general.

A medianoche, uno de los moradores de la posada despertó sobresaltado y llamó a sus compañeros.

-¿Qué pasa? -le preguntaron.

-¿No veis un resplandor extraño en el cielo?

Los hebreos contemplaron el firmamento maravillados. Un rayo de luz aparecía en el horizonte, como si brotara de las estrellas, y descendía hacia la tierra. El rayo brilló varios minutos, iluminando por completo a los moradores de la posada que se encontraban en el tejado.

-¡?s increíble!

-Nunca vi nada semejante.

Seguramente los pastores han visto un león y han encendido una hoguera para ahuyentarlo -dijo uno de los hombres.

-Imposible -replicó otro-. Sería imposible crear una luz tan poderosa con una simple hoguera.

Los hombres se miraron alarmados. ¿Qué podía ser aquello?

-No os preocupeis -exclamó un anciano venerable-. Lo que vemos es la escalera que nuestro padre Jacob vio en sueños.

Los hebreos parecieron tranquilizarse con estas palabras y se dispusieron a volver a sus lechos, dando por cerrado el episodio.

Pero esto hechos iban a tener una gran trascendencia para los pastores que, situados a dos kilómetros al sudeste de Belén, en un llano separado de la población por una prolongación montañosa, descansaban junto a sus rebaños.

Hombres rústicos pero muy piadosos, tras rezar sus oraciones fueron durmiéndose sobre la hierba. La noche era clara y fria, y reinaba un silencio absoluto.

Un pastor velaba, paseándose por entre los durmientes. A1 llegar la medianoche, este pastor se detuvo junto a1 fuego, sin dar crédito a sus *ojos.* A su alrededor parecia alborear. Era una luz suave y blanca como la de la luna, que aumentaba en intensidad. E1 pastor se quedó petrificado al contemplar el firmamento: habfan desaparecido las estrellas.

-¡Despertad! ¡Arriba! -gritó el pastor a sus compañeros.

Los perros ladraban como enloquecidos. Las ovejas se agitaban austadas y los pastores, al despertar, echaron mano de sus garrotes.

-¿Qué ocurre? -preguntaron todos.

No hizo falta respuesta. La luz era tan intensa que no pudieron soportarla y cayeron de rodillas tapándose *los ojos.* Una voz fuerte y sobrehumana resonó en la noche:

-¡Nada temáis! ¡Os traigo una buena nueva que será alegria y alivio de toda la Humanidad!

La luz se hizo menos intensa y los pastores pudieron contemplar el panorama. Vieron a un hombre, o al menos a alguien parecido a un ser humano, con una túnica blanquísima. De su espalda sobresalían dos alas resplandecientes y en su frente destellaba una estrella deslumbrante. Sus manos parecían bendecirles y su rostro era de una belleza incomparable.

-La gloria de Dios -prosiguió e1 ángel- está con vosotros y éste es el que en la antigüedad se acercó al profeta a orillas del rio Ulay. Porque para vosotros ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador que es el Cristo, el Mesías. Esta es la señal para vosotros. Hallaréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

El ángel no volvió a hablar. La luz que emanaba de *lo* alto adquirió un tinte sonrosado y se oyó un coro que entonaba:

Gloria a Dios en las alturas y paz en la
Tierra a los hombres de buena voluntad.

Este himno fue repetido muchas veces. El ángel elevó la mirada y sus alas se estremecieron, abriéndose majestuosamente. Después alzó el vuelo sin el menor esfuerzo.

Tiempo después de haber desaparecido el enviado de Dios, los pastores siguieron escuchando el canto de paz.

-Era el arcángel Gabriel -afirmó uno de ellos-. El mensajero que Dios envía a los hombres.

Cuando los honrados pastores lograron reponerse de la impresión recibida, decidieron seguir las instrucciones del arcángel. Se encaminaron entonces a la posada de Belén y se acercaron al portero.

-¿Qué queréis? -preguntó éste al verles llegar. -Ha nacido el Cristo y queremos verle -respondió un pastor.

-¿El Cristo? -se burló el portero- ¿Cómo *lo* sabéis?

-Está en la cueva. Ven con nosotros y tú también le verás.

El portero, animado por la curiosidad, condujo a los pastores hasta la cueva de la posada. Cruzaron el patio sin llamar la atención y, al llegar juntó a José, éste se conmovió al verles.

-Aquí está el Niño -les dijo.

El Niño estaba en pañales y parecía ajeno a cuanto ocurría a su alrededor.

-¿Y su madre? -preguntó un pastor.

Una de las mujeres cogió al Niño, que yacía al lado de Marfa, y se *10* puso en brazos. Todos se agruparon en torno.

Librodot

- Sí, es el Cristo -dijo un pastor.

-¡El Cristo! -repitieron todos.

Estas palabras corrieron de boca en boca, hasta despertar a los moradores de la posada. La noticia se esparció rápidamente por la población, atestiguada por la luz sobrenatural percibida tiempo atrás, y en los días siguientes una gran multitud peregrinó hasta la cueva, llena de curiosidad. Algunos creían, aunque la mayoría se burlaba del Niño y su madre, considerándoles unos farsantes.

A1 cabo de tres día del milagroso nacimiento, los tres Magos llegaron a Jerusalén a media tarde.

La gente les contemplaba con curiosidad pues, aunque Judea era un lugar de tránsito internacional donde radicaba la ruta entre el Sur y el Este, y aunque los judíos estaban acostumbrados a ver hombres de todas las razas atravesar las puertas Jerusalén, el aspecto de los tres Magos llamaba la atención. Por fin llegaron a la puerta de Damasco, custodiada por centinelas romanos.

-La paz sea contigo -saludó el egipcio a un centinela-. Venimos desde muy lejos para ver al que ha nacido Rey de los Judíos. ¿Dónde le hallaremos?

El centinela, alarmado por estas palabras, avisó al oficial de la facción.

-¿Qué queréis? -preguntó el oficial.

Baltasar repitió su pregunta.

-¿Ha vuelto a nacer Herodes? -preguntó el oficial con estupor.

-La realeza de Herodes procede del César - respondió Baltasar-. No me refiero a Herodes.

-No hay otro rey de los judíos.

-Pues nosotros hemos visto la estrella y venimos a adorarle.

El oficial, que no sabía qué decir, exclamó:

Yo no soy judío. Seguid adelante y preguntad a los sacerdotes o al propio Herodes.

Los tres Magos cruzaron la puerta. Baltasar propuso a sus compañeros hacer un alto en el camino para descansar en la posada.

Mientras tanto, la noticia de que habfa nacido un nuevo rey de los judíos se extendió como un reguero de pólvora, llegando a oídos de Herodes.

Antes del amanecer se celebró una reunión en el palacio del monte Sión compuesta por cincuenta personas, por orden expresa de Herodes, con objeto de llegar a alguna conclusión con respecto a tan singular acontecimiento. Eran doctores, filósofos, hombres cuya palabra pesaba en el país. Eran los honorables miembros del Sanedrín.

El presidente de la reunión era el sabio Hillel, de ciento seis años, rector del Gran Colegio, con cabellos como hebras de plata.

Hillel le dijo a uno de los pajes:

-Anuncia al rey que estamos preparados para darle una respuesta.

El paje hizo *lo* ordenado. Poco después penetraron dos oficiales y tras ellos apareció un hombre envuelto en una túnica purpúrea recogida en la cintura por una faja de oro. Las hebillas de sus zapatos centelleaban de piedras preciosas.

Era Herodes el Grande. Contaba sesenta y seis años de edad y su mente y su ingenio eran comparables a los del César. Herodes desplegaba un poder tiránico y una crueldad sin límites.

-¿Cuá1 es la respuesta? -pregunto el tirano. Todos se inclinaron ante su presencia. Hillel avanzó hacia é1 y se dispuso a complacerle.

Capítulo 3

-¡La paz de Jehová, de Abraham, de Isaac y de Jacob sea contigo, gran rey! -exclamó Hillel.

-Basta de palabrería -cortó Herodes el Grande- Necesito que me digáis dónde ha de nacer el Cristo.

-Mis compañeros y yo hemos hablado largamente explicó Hillel- y, tras consultar los manuscritos sagrados, hemos llegado a la conclusión de que el Cristo nacerá en Belén de Judea. Así lo escribió el profeta.

El rostro de Herodes se turbó, sus manos se crisparon y sus ojos miraron a los presentes con odio feroz. Por fin, Herodes dio media vuelta y abandonó la estancia. -Podemos irnos -exclamó Hillel.

Mientras tanto, los tres Magos estaban despiertos en la posada, a pesar de ser ya una hora avanzada. Un hombre se acercó a ellos y les dijo inesperadamente:

-Os traigo un mensaje.

-¿De quién? -preguntaron ellos. -De Herodes el Grande.

-¿Qué puede querer Herodes de nosotros? - exclamó Gaspar- ¡Si no nos conoce!

-La pregunta que hemos formulado por todas partes nos ha hecho famosos -dijo Baltasar- ¿? uál es el mensaje?

-El rey desea veros en privado -respondió el mensajero- y os invita a su palacio. También os pide disculpas por lo inesperado de la petición y la hora en que se produce.

-Aceptamos sus disculpas -exclamó Gaspar-. La voluntad del rey és la nuestra, mensajero. Iremos contigo a palacio.

Dicho esto, se pusieron en camino. Al llegar al palacio de Herodes, los tres Magos penetraron en su interior hasta llegar a una torre de gran altura. El guía se detuvo y señaló una puerta.

-Ahí está el rey. Entrad.

Obedecieron sin reparo. Herodes les aguardaba en el interior de una estancia lujosamente decorada. Al verl?, los tres hombres hincaron sus rodillas en el suelo, en señal de respeto, y después se incorporaron, obedeciendo las palabras del rey. Este agitó luego una campanilla y un servidor acudió con tres sillas.

Tomad asiento -ordenó el monarca- y decidme quiénes sois y de donde venís.

Los tres Magos contaron a Herodes sus historias por turno. Al finalizar Baltasar su relato, el monarca dijo:

-¿? uál es la pregunta exacta que formulasteis al oficial de la puerta principal de la ciudad?

-Le preguntamos dónde estaba el que ha nacido Rey de los judíos.

-No entiendo vuestra pregunta –afirmó Herodes-. Yo soy el único rey de los judíos y, como veréis, no acabo precisamente de nacer.

Gaspar sonrió y dijo:

-Así es. Pero nosotros sabemos que hay Uno que acaba de nacer.

Herodes se sintió invadido por el furor. La tranquilidad demostrada por aquellos hombres y la seguridad que parecía desprenderse de sus palabras, le sacaban de quicio. Pero no deseaba mostrar antes de tiempo su ira. Necesitaba *saber*.

-¿Dónde está e1 nuevo Rey?

-Eso deseamos averiguar -respondió Baltasar con calma.

- Vuestra historia ha despertado mi curiosidad - afirmó Herodes, que empezaba a trazar un plan en su tortuosa mente-. Contadme cuanto sepáis de ese niño y yo mismo os ayudaré a encontrarle. Pero antes quisiera preguntaron algo. ¿? ómo es que viviendo tan separados habéis sabido de la existencia de ese niño de modo simultáneo?

-Porque hay un Dios omnipotente -respondió Baltasar-. El nos ha dirigido hasta aquí, prometiéndonos que veríamos al Redentor. Como señal, su Espíritu vino a nosotros en forma de estrella singular que nos guía por el buen camino.

Herodes se estremeció.

-¿? s burláis de mi? -gritó Herodes, más después se calmó-. ¿Además, apara qué hace falta otro Rey estando yo?

-Porque El viene a salvar a los hombres.

-¿De qué?

-De su maldad.

-¿? óm?? -Herodes no entendía una palabra. -Mediante tres gracias divinas: la fe, el amor y los buenos actos.

Herodes pensó que ya había oído suficientes tonterías. Despidió a los Magos en el acto, pero procuró mostrarse amable, pues necesitaba conocer sus movimientos sin resultar sospechoso a sus ojos.

Los tres Magos salieron a la calle. A1 acercarse a la puerta de Jappa divisaron en el cielo, a escasa altura, una estrella que brillaba más que ninguna, moviéndose lentamente.

-¡Dios está con nosotros! -exclamaron alborozados.

La estrella se elevó del valle de Elías y se detuvo de repente sobre una casa de la colina cercana a la ciudad.

Hacia allí se encaminaron los tres hombres. A1 amanecer, los pobladores de la posada vieron una luz que ascendía por la colina, en dirección a la casa. Las gentes, presas del pánico, empezaron a chillar. La estrella llegó hasta la posada y quedó parada encima de la cueva del Niño.

En aquel momento llegaron los Magos a la puerta y pidieron permiso para entrar.

-¿No hay aquí un Niño recién nacido? - preguntaron al portero.

-Sí, sí -contestó éste boquiabierto ante la presencia de los extranjeros.

-¡Queremos verle! -exclamó Gaspar.

El portero condujo a los recién llegados hasta el interior de la cueva. Los pobladores de la posada, alertados por la extraña luz y por el advenimiento de los extranjeros, siguieron a éstos en su recorrido. A medida que avanzaban hacia la cueva, la estrella ascendía al cielo, de modo que, cuando hubieron llegado a ella, la luz se difumino en el horizonte. Esto confirmó las sospechas de los judíos de que existía cierta relación entre la estrella y el recién nacido.

La cueva estaba pobremente iluminada y apenas se distinguía a la Madre, quien sostenía al Niño en su regazo. -¿Es tuyo el Niño? -preguntó Baltasar. María miró al Niño con amor y dijo:

-Sí, es mi Niño.

Los tres Magos cayeron entonces de rodillas y le adoraron. ¡Por fin habían encontrado al Salvador!

Segunda parte

Capítulo 4

Veintiún años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, Jerusalén se debatía de nuevo en un mar de intolerancia, señalada por las constantes batallas entre judíos y romanos.

Era el comienzo de la administración de Valerio Graco, el cuarto gobernador imperial de Judea.

Herodes el Grande había fallecido el mismo año del nacimiento del Niño, quedando sus territorios divididos a su muerte entre sus tres hijos: Antipas, Filipo y Arquelao. Pero los romanos seguían siendo los amos de Judea.

El Sumo Sacerdote ocupaba la mansión de Herodes, más la justicia era administrada de acuerdo y en nombre de los decretos de Roma.

Uno de los jardines del palacio del monte Sión estaba limitado a ambos lados por varios edificios y algunos eran de dos pisos. Era el mes de julio, a mediodía, y el calor resultaba sofocante.

Dos jóvenes muchachos, casi imberbes, sostenían una grave conversación. El mayor, perteneciente a una familia ilustre incluso en Roma, pues un abuelo suyo había sido amigo personal de Bruto, hablaba al otro con cierta altivez. E1 joven romano mostraba un aspecto severo, mientras que su amigo judío era portador de un afable rostro.

-aY dices que el nuevo procurador llegará mañana? -preguntó el judfo.

-Así es -respondió Messal?, el romano-. Oí cómo el nuevo gobernador se lo contaba a mi padre.

En las palabras de Messala habfa un ligero tinte de ironía, pero ello no era debido al contenido de las mismas, sino a la peculiar actitud ante la vida mostrada por aquellos que, como Messala, habían sido educados en Roma.

E1 joven romano quedó luego pensativo y preguntó a su amigo en tono amable y bondadoso:

- ¿Cuántos años han pasado desde que marché a Roma?

-Cinco -contestó el judío.

-Con razón me parecia que habfa transcurrido una eternidad al verte transformado en un joven tan apuesto. Los griegos te considerarían digno de una estatua.

E1 judío no dijo nada.

-Pero, ¿por qué te preocupas tanto por el nuevo procurador? -increpó el romano.

E1 judfo no respondió. Se limitó a mirar fijamente las aguas de un estanque. A1 cabo de un rato, dijo:

Tan sólo han pasado cinco años y, sin embargo, has cambiado tanto...

-No digas tonterías -contestó Messala divertido-. ¿En qué he cambiado?

-Has adquirido muchos conocimientos -replicó

Judá, el judío, mas en tus palabras hay algo oculto que no sale a la luz.

-No emplees ese tono conmigo, amigo. Dime en qué te he ofendido.

-Pero yo también he aprendido muchas cosas en estos años junto al sabio Hillel -prosiguió Judá, sin hacer caso de las palabras de su compañero-. Judea ya no es lo que fue.

-¿Ves este círculo en la arena? -inquirió Messala haciendo un dibujo en el suelo- Así sois los judíos: todo cambia menos vosotros. Os pasáis la vida dando vueltas sobre vosotros mismos. ¡¿Acaso no os importa nada más?! ¿Y el arte? Maldecís a Herodes porque era un gran constructor -en las palabras de Messala había rabia contenida-. ¡Todo lo subordináis a la religión!

E1 judío intentó dar media vuelta y alejarse, pero Messala se lo impidió.

-Escúchame -le dijo-. Aprecio la bondad que te ha impulsado a dejar la casa de tus padres para darme la bienvenida, pero en esta vida la guerra es más importante que el amor. La virtud se compra y se vende. C1eopatra, al morir, legó sus tretas, y con ellas se ha vengado. Ella tiene un sucesor en cada hogar romano. Yo seré soldado, pero tú... ¿Tú qué serás? Te compadezco... E1 mundo no ha sido conquistado por completo y hay que continuar e1 camino iniciado por Alejandro en Oriente... Sí, en e1 mar hay muchas islas...

Judá se mostraba irritado y perplejo ante las palabras de su amigo. Nunca le había visto tan enfadado.

-Cuando sea prefecto y Judea me haya hecho rico-prosiguió el romano con ironía-, te nombraré sumo sacerdote.

Judá entonces se mostró sumamente ofendido y emprendió la marcha.

-No te vayas aún -le detuvo Messala-. Hace mucho calor. Busquemos una sombra y sigamos charlando.

-Hubiera preferido no venir -repuso el judío-. Creí encontrarme con un amigo y me veo ante un...

-¡Un romano!

Los dos jóvenes se miraron fijamente. Messala rompió el fuego.

-Cuando éramos niños -dijo- caminábamos uno al lado del otro. Sigamos siendo niños.

-Es imposible, Messala. Tú eres un niño, quizás, pero yo ya soy un hombre. ¿Me permites que te hable como tal?

Messala asintió.

-Antes de vosotros -habló Judá-, otros extranjeros han dominado a Judea y se han enriquecido a su costa. Pero, ¿dónde están ahora? Judea se libró de ellos. Y lo que se logró una vez volverá a conseguirse.

-Eres muy apasionado -replicó el romano-. Te aprecio de veras y quiero ayudarte. Seré soldado. ¿P?r qué no lo eres tú también? ¿Por qué no sales del estrecho círculo de vuestras leyes y costumbres? Los hombres juicio sos no pierden el tiempo hablando de dioses y religiones. Has de imitar a nuestros Césares. Yo te ayudaré.

El judío le miró con estupor.

-No podréis luchar contra Roma, porque Roma es todo el mundo -dijo Messala.

-Comprendo que eres un romano -dijo Judá con los ojos llenos de lágrimas- y entiendo que pienses como *lo* haces, pero creo que jamás volveremos a ser amigos. Debemos separarnos para

siempre. ¡Que la paz del Dios de mis padres sea eternamente contigo!

Messala vio alejarse a su compañero de juegos infantiles. Después, sacudiendo la cabeza, murmuró:

-¡Eros ha muerto y Marte impera!

Aquella conversación ponía fin a una larga amistad. Ambos jóvenes *lo* sabían y se sentían apenados por ello. Judá se dirigió a casa de sus padres, un edificio cuadrangular de dos pisos, tosco e inacabado por fuera. Las puertas eran simples aberturas practicadas en la planta baja, cerradas por hojas de piedra enormes, reforzadas con barras de hierro a fin de poder resistir cualquier ataque.

Judá llamó a la puerta, se abrió el postigo y el joven subió al segundo piso y entró en una cámara, donde se tendió en un diván.

A1 anochecer, una mujer se acercó a la estancia. -Es la hora de la cena -dijo la esclava. -No tengo apetito, Amrah.

-¿Estás enfermo?

Tengo sueño.

-Tu madre ha preguntado por ti. -¿Donde está?

-Arriba, en la azotea.

-Bien -dijo el joven, mirando tiernamente a la mujer que con tanto afecto le cuidaba-, tráeme algo de comer, pero que no sea pesado.

-Veré *lo* que encuentro.

La esclava regresó al cabo de un rato con una bandeja en la que descansaba un tazón de leche, varias rebanadas de pan blanco, un ave asada y un poco de miel. Amrah, de origen egipcio, había cuidado a Judá toda la vida como si de un hijo suyo se tratara.

El joven comenzó a comer y al punto se le abrió el apetito.

-Amrah -dijo-, ¿te acuerdas de Messala?

-Sí -respondió la mujer lacónicamente.

-Se marchó a Roma y hoy ha regresado.

-Nunca me gustó ese tal Messala.

-Ha cambiado mucho. Creo que, en lo sucesivo, no volveré a saber nada más de él.

Amrah permaneció en silencio. El romano nunca habra sido de su agrado, pero no deseaba agrandar la evidente pena de Judá con sus palabras de reproche.

Cuando la esclava se retiró, Judá pasó a la azotea, lugar en que los judíos solían reunirse para pasar la noche en verano o para tocar música, rezar, bailar y contemplar las estrellas. Su madre le saludó con el tierno afecto de siempre.

Ven aquí, hijo mío. Amrah me ha contado *lo* que te ha sucedido.

-¿Dime, madre, qué voy a ser de mayor?

-Mi defensor -repuso la mujer, quien se expresaba en aquellos momentos en un lenguaje casi olvidado; el mismo en que Rebeca y Raquel hablaron dulcemente.

-¿Qué te ha dicho Messala para transformarte de este modo? ¿Ha vuelto de verdad convertido en un romano auténtico?

-Ha cambiado mucho en estos años.

-Los aires de la Vía Sacra no son los más adecuados, pero no olvides que en Jerusalén aún habita Jehová.

-Es cierto que las palabras de Messala han sido duras -afirmó el muchacho-, pero me ha dolido más la forma de pronunciarlas. Es algo que no sé explicar.

-Te entiendo, hijo mío. En Roma todos practican la sátira.

-Todos los pueblos grandes son orgullosos, pero no hay ningún pueblo tan altivo como los romanos. ¿Existe algún motivo que justifique la burla que Messala hace de los judíos? ¿Somos acaso inferiores? ¿Por qué no puedo alcanzar los honores que ellos logran? ¿Por qué necesito su permiso y su protección para poder ser militar o ejercer las artes?

-Soy ignorante, hijo mío, y no puedo responder a tus palabras, pero mañana consultaré con el sabio Simeón. -Necesito algo más que una respuesta, madre. Sé que necesito algo más.

Ten fe, hijo mío. La familia de Messala es muy ilustre, pero ellos no podrían determinar exactamente su origen. Nosotros en cambio sí. Existe un libro de las Generaciones en el que figuran anotados todos los nombres de padres a hijos a través de tres períodos: desde las Promesas a la inauguración del Templo; de entonces al cautiverio, y del cautiverio a los tiempos presentes. Así pues, los hijos de Israel que guardan rebaños en Refraím son más nobles que los Mardos más encumbrados.

- Y, según esos Libros -dijo el joven-, ¿quién soy?

-Tú procedes en línea directa de Hur, el compañero de Josué. Si buscas en la Torah, en el Libro de los Números, y entre las setenta y dos generaciones que siguieron a Adán, hallarás al fundador de tu casa.

- Gracias, madre -repuso Judá emocionado-. Te doy las gracias de todo corazón, pero quisiera hacerte otra pregunta.

-?údirás.

-Para que una familia sea posible, ¿basta la antiguedad?

-Nuestro honor no se apoya sólo en el pasado. La preferencia de Dios es nuestro timbre de gloria particular.

-Pero tú te refieres a nuestra raza, madre, mientras que yo deseo saber cosas concretas sobre nuestra familia. ¿Cuáles fueron las hazañas de los nuestros?

La madre vaciló, pues pensaba que Judá no había entendido sus respuestas. El muchacho era casi un hombre y convenía contestar con cuidado a sus preguntas.

-Observó -replicó la mujer- que cuanto te he dicho está en pugna con las palabras de Messala. No me obligues a luchar a ciegas contra un adversario y cuéntame exactamente lo que habéis hablado.

El joven contó detalladamente a su madre la conversación con su amigo romano. La madre le escuchó en silencio, tratando de comprenderle todo, consciente de las dudas y angustias de su hijo. Cuando Judá terminó de hablar, la buena mujer le miró comprensiva y se dispuso a intentar introducir un poco de serenidad en su turbado espíritu. Las palabras brotaron de su boca con la elocuencia de un tribuno.

Jamás pueblo alguno ha dejado de creerse superior o al menos igual a los d?más -dijo la mujer con pasión-. El desprecio de los romanos hacia nosotros responde a la misma acción torpe que otras razas han cometido con otras naciones. Pero ninguna nación es superior a otra. El poder se tiene hoy, pero se puede perder mañana. Lo importante para un pueblo no es atesorar poder, sino sentirse cerca de Dios. Y si los judíos nos olvidamos veces de Dios, la verdad es que los romanos no le han conocido nunca. Para tu amigo Messala, una nación es fuerte y poderosa si sus hombres se dedican a la guerra al arte, pero yo te digo que sólo los hombres que sienten a Dios en su corazón pueden ser considerados grandes, haciendo grandes a las naciones que les albergan. El hombre que respeta y valora la fuerza por encima de todas las cosas revela un alma mezquina y bárbara. En Atenas, los filósofos y los oradores fueron tenidos en mayor distinción que los guerreros. Nuestros padres eligieron a Dios contra la brutalidad. Judíos y griegos habrían podido llevar al mundo hacia el progreso y la elevación moral, pero el gobierno del mundo exige la

guerra, y por esa razón los romanos han colocado a su César por encima de Dios.

La mujer hizo una pausa en su discurso. Su hijo la contemplaba ensimismado, pues nunca le había hablado con tanta pasión.

-Los judíos no hemos tenido pintores o escultores, es cierto -prosiguió la mujer-, pero ello es debido a que la habilidad de nuestras manos fue reprimida por la prohibición: "No harás dentro de ti ninguna imagen grabada ni copia alguna de nada". Pero labramos la dos esculturas del Arca de Noé, las primeras salidas de la mano humana.

-¡Qué buena eres, madre! -exclamó Judá- ahora lo veo todo más claro.

-No has de olvidar, hijo mío, que la habilidad en el arte no lo es todo.

-No, madre.

-Cuando pienso en la Humanidad, escucho el sonido de Dios por encima del de las trompetas de los guerreros. Primero fue Grecia. Más tarde vino Roma. Pero siempre ha existido sobre el mundo la Luz de la Revelación. ¿Quiénes la sostienen en alto? ¡La antigua estirpe judía! Aunque en cada romano habitase un César, siempre les superarás... Pero, estás cansado...

-No madre. Sigue hablando. Tus palabras me reconfortan.

-Si los romanos tienen a César, nosotros tenemos a Moisés. El mejor de sus cónsules puede equipararse al mejor de nuestros jueces. Y no olvides a los profetas. ¿Y me preguntas ?uál es tu futuro? Tu futuro, hijo mío, es el mejor de todos. Servirás al Señor Dios de Israel y no a Roma. Para un hijo de Abraham no existe mayor gloria que los caminos del Señor.

-Entonces, ¿puedo ser soldado? -los ojos de Judá brillaron de entusiasmo.

-¿Por qué no? -respondió su madre- ¿A?aso Moisés no le rogó al Señor un hombre de guerra? Te concedo mi permiso, pero a condición de que sirvas al Señor y no al César.

Judá aceptó la condición. Aquella noche, el muchacho judío durmió feliz.

A la mañana siguiente, Judá despertó tranquilo y encontró junto a su lecho a su hermana Tirzah, que entonaba una canción con la gracia singular de las adolescentes judías.

-Es muy bella esa canción -dijo Judá-. ¿Dónde la aprendiste?

-La aprendi de un griego que la cantaba para Herodes y Salomé... Dime, hermanito: ¿estás enfermo? -Por qué me lo preguntas?

-Amrah me ha dicho que ayer no querias comer.

-Me siento bien -respondió Judá.

-Será mejor que lleves este anillo -le dijo Tirzah tendiéndole el objeto-. Es un amuleto que te protegerá.

-No necesito amuletos -protestó el joven-. Llévalo tú. Además, pronto me iré de aquí.

-¿Te irás? ¿Dónde?

-A Roma.

-Iré contigo -dijo la muchacha con decisión. -No, has de quedarte en casa para velar por nuestra madre.

-¿Y para qué quieres ir a Roma? ¿Acaso no hay en Jerusalén todo lo necesario para que puedas convertirte en un buen mercader?

-La Ley no exige que tenga el mismo oficio que mi padre.

-¿Qué más podrías ser?

-¡Soldado!

-¿Soldado?

A los ojos de Tirzah asomaron unas lágrimas. -¡Te matarán! -exclamó la joven.

-Puede que sea ésa la voluntad de Dios, mas no todos los soldados mueren en el campo de batalla. La guerra es como un negocio y, como para aprenderlo hay que ir a la academia, iré a un

campamento romano. -Pero no lucharás a favor de Roma, ¿verdad?

-Roma me enseñará a luchar algún día contra ella. Pero has de guardar silencio sobre lo que te he contado. No quiero que Amrah sepa nada al respecto.

En aquellos momentos sonó una marcha militar y Judá, impaciente, se alejó para ver a los soldados.

Judá, asomado por encima del parapeto de ladrillos, veía desfilar a los soldados del Pretorio. La marcha marcial de los soldados, la cadencia de sus movimiento, el centelleo de las mallas, corazas y yelmos, las plumas que engalanaban los altos crestones, todo ello ejercía sobre el joven una profunda fascinación. E1 oficial que cabalgaba a1 frente era objeto de muchos insultos.

-¡Ladrón! ¡Tirano !

E1 oficial era Valerio Graco y llevaba un laurel en la cabeza. Judá sintió cierta compasión por é1 a1 verle convertido en el centro de las burlas. Hizo un gesto para asomarse más al exterior, mas con tan mala suerte que una teja que parecia bien sujeta se desprendió. Judá gritó con todas sus fuerzas y los soldados de la escolta levantaron la vista hasta el tejado.

E1 oficial cayó derribado del caballo y fue a parar al suelo como muerto. E1 pueblo, creyendo que la teja habfa sido arrojada intencionadamente, vitoreó a1 joven. Los soldados protegieron a su jefe de los numerosos objetos que fueron arrojados contra él, hasta que por fin se impuso la disciplina militar.

Vamos, Tirzah -dijo Judá-. He de contarles lo ocurrido para que no piensen que fue premeditado.

Los dos jóvenes se dirigieron a1 interior de la casa. En aquel momento se oyeron pasos en el tejado y el gemir de voces humanas

-¡Están asesinando a los sirvientes! -exclamó Judá. -¿Y nuestra madre? -sollozó la muchacha- ¿Dónde está?

Entonces escucharon un grito escapado de la garganta de su pobre madre. Corrieron hacia el lugar, pero los soldados situados en la galería les cortaron el paso.

-¡Es él! -gritó una voz- ¡Ese ?s el judío que ha arrojado la teja!

Judá volvió la cabeza y descubrió con horror que el traidor que le estaba acusando era Messala.

-¿Ese ?s el asesino? -se burló un soldado- ¡Si es un niño!

-¡Por los dioses! -exclamó Messala- Qué diría Sén?ca a la proposición de que un hombre ha de llegar a viejo para odiar lo suficiente como para matar? Ahí les tenéis a todos: aquélla es su madre y ésta es su hermana.

-M?ss?la, ayúdanos -imploró Judá-. Acuérdate de nuestra niñez.'

-No puedo hacer nada por ti… Tú mismo elegiste tu destino al abandonarme.

Judá sintió el odio almacenarse en su interior y juró vengarse. Se acercó al oficial dispuesto a pedir clemencia.

-Señor, dejad libres a mi madre y a mi hermana, os lo ruego. No tienen culpa de nada.

-Está bien -se apiadó el soldado-. Serán conducidas a la Torre, pero no sufrirán daño alguno. Tú debes acompañarnos.

Cuando Judá vio alejarse a su madre y a su hermana, sintió que no sólo estaba perdiendo a las dos personas que más amaba en el mundo. En aquel momento, el muchacho dejó de ser un niño y se convirtió en hombre.

Los sirvientes también fueron conducidos junto con las dos mujeres. Los soldados destrozaron la casa y robaron cuantos objetos de valor encontraron a su paso. Judá comprendió la

intención del procurador: cuanto se refiriese a la familia Hur sería objeto de su ira implacable con severos castigos para dar ejemplo al pueblo de Israel. Si aplastaba de tal modo a una de las más aristocráticas familias de Judea, qué no haría con los otros que se atrevieran a atacar al jerarca romano?

A1 día siguiente, unos legionarios sellaron la mansión con cera y clavaron un letrero en latín que decía:

Propiedad del emperador

A mediodía, el prisionero fue conducido a Nazaret. Judá tenía los pies llagados y su cuerpo adolescente se arrastraba con dificultad. Los judíos le miraban compasivos, odiando a los romanos pero sin atreverse a hacer nada contra ellos.

A1 llegar a un pozo, el decurión que conducía a los soldados que custodiaban a Judá dio la orden de alto. Un carpintero se detuvo con curiosidad a mirar el extraño cortejo.

-Buen rabino Josè -dijeron los judíos al carpintero-, pregunta a los soldados quién es ese prisio nero y qué van a hacer con él.

A la pregunta del carpintero, el decurión respondió: -Es un asesino. Su padre vivió en tiempos de Herodes y se llamaba Hur. Ha intentado matar al noble Graco. Le han condenado a galeras para toda la vida. -¡Que el Señor se apiade de él! -exclamó José.

En aquel momento, un joven que se hallaba detrás del carpintero dejó caer un hacha que llevaba y, cogiendo un cántaro, *lo* llenó de agua y se acercó al **hijo de Hur, Ben-Hur** como le llamaban los hebreos, para darle de beber. Los movimientos del joven eran tan suaves y solemnes, que los soldados no se atrevieron a decirle nada.

Después de beber, Ben-Hur, que así habría de llamarse en adelante, miró al joven y éste, contemplándole con cariño, le tocó la cabeza y murmuró una bendición.

Cuando los soldados hubieron aplacado la sed de sus cabalgaduras, reanudaron la marcha. El decurión, trans figurado por los hechos recientes, ayudó al prisionero a incorporarse.

Los nazarenos volvieron a sus casas. Sin nadie saberlo, se acababa de producir el primer encuentro entre Judá, llamado Ben-Hur, y el Hijo de María.

Capítulo 6

Un grupo de veinte o treinta personas, integrado en su mayoría por esclavos, avanzaba una noche hacia la muralla de la ciudad de Miseno, situada a escasa distancia de Nápoles.

Los soldados del grupo se mostraban muy contentos, y felicitaban sin cesar a uno de ellos. -Enhorabuena, Quinto - le decían-. Este nombramiento es un buen presagio.

El aludido sonreía satisfecho.

-¿Cómo te has enterado? -le preguntó uno de los hombres.

-Esta noche, cuando cenaba, he recibido esto - dijo Quinto mostrando un rollo de

pergaminos que guardaba entre los pliegues de su túnica.

-¿Qué es?

-Es una orden de Sejanio.

-¡De Sejanio! -repitieron todos.

El pergamino leído por Quinto decía así:

"Roma, XIX de las Calendas de septiembre a
Séjanio a. C. Cecilio Rufo, duunviro.
César posee informes excelentes de Quinto
Arrio, el tribuno, por lo que, sabedores de su
valor, nuestra voluntad es trasladarle inmediatamente a Oriente.
Deberá disponer cien trirremes de primera
clase con sus tripulaciones para enviarlas
contra los piratas del Egeo. Quinto tomará el mando.
Los detalles quedan a su cargo,
pero ha de tener presente que la urgencia es mucha.

S ejanio"

Cuando terminó de leer el pergamino, sus compañeros le aclamaron y vitorearon.

La comitiva llegó hasta el mar, donde se balanceaba una nave, y Quinto Arrio dijo:

-Lo que acabáis de escuchar es ya conocido en Roma. Ahora subiré a la nave y me dirigiré a Sicilia. Rogad a los dioses por mí.

La galera pertenecía a la clase denominada naves libúrnicas. Era larga, baja, estrecha y muy rápida en las maniobras.

Los marineros habían plegado parcialmente las velas. La galera llevaba ciento veinte remos, blancos y pulidos, que la impulsaban velozmente.

Sonó un toque de clarín y de las escotillas salieron los marineros de guerra, magníficamente equipados, y se alinearon en cubierta.

Quinto Arrio se despidió de sus amigos, abrazándoles en señal de amistad, y subió a la nave. Llevaba en la mano la orden de Sejanio, que entregó inmediatamente *al hortador, o* jefe de los remeros, preguntándole con qué fuerzas contaba.

-Doscientos cincuenta y dos remeros y diez súper-numerarios. Todos ellos en turnos de ochenta y cuatro. ¿Cómo ordenas los turnos? -Cada dos horas.

-Es un sistema duro -respondió Quinto-, pues *así* no pueden descansar ni de día ni de noche. Cambiaré *las* cosas de modo que podamos salir ganado todos. Ya que el viento es favorable, despliega las velas, pues eso ayudará a los remeros.

El tribuno habló después con el piloto.

-Después de pasar el cabo de Camponellano -le dijo- iremos a Mesina y a la costa de Calabria. Las estrellas nos guiarán por el mar Jónico hasta Melita y Citerea. Si los dioses los permiten, no echaremos el ancla hasta llegar a la bahía de Antemona. Es un servicio urgente.

-No lo olvidaré -contestó el piloto.

A mediodía la galera se adentró por el mar de Paestum y emprendió el camino marcado.

Quinto Arrio observaba con atención a los remeros. Había una sucesión de bancos escalonados en la cala, dispuestos de manera que diecinueve de ellos, poco separados entre sí,

quedaran combinados con un vigésimo banco dividido en forma que lo que habría debido ser el asiento superior se hallaba bajo el asiento inferior del primer banco.

Los remeros no podían hablar entre si. El tiempo de descanso lo pasaban durmiendo y jamás reían o se mostraban alborozados. Esta vida tan dura era difícilmente soportada por los más fuertes, pero los débiles morían al cabo de pocos años.

Eran hombres de todas las razas y nacionalidades, a quien los marineros llamaban por un número y no por sus nombres.

Quinto Arrio se sintió inmediatamente atraído por uno de ellos. Se trataba de un joven de correctas facciones y porte distinguido, lo que delataba su procedencia de una noble estirpe imperial. El tribuno observó que era tan sólo un muchacho, judío para más señas.

El remero se estremeció bajo la mirada del romano, y el remo vaciló en su mano. Bajó la mirada, pero, al volver a levantarla, vio sorprendido que el romano le sonreía.

Transcurridos cuatro días de travesía, la galera estaba ya en el mar jónico. El tribuno se dirigió una mañana al *hortador y* le dijo:

-¿Conoces -al número sesenta? Es un judío muy joven.

-La nave es nueva y los remeros me son desconocidos, pero ese joven es una persona singular. -¿Por qué lo dices?

-No da problemas *y* es muy amable *y* obediente. Tan sólo está un poco chiflado.

-¿Chiflado? ¿En qué sentido? -inquirió el tribuno sorprendido.

-Una vez solicitó un favor. Pidió que le cambiasen alternativamente del lado derecho al izquierdo. -¿Por qué razón?

-Dijo que los que siempre reman del mismo lado se deforman.

-¡Por las Náyades! ¡Vaya una idea original! -También puedo decir que es muy limpio, el más limpio de todos.

Quinto se quedó pensativo. Luego exclamó:

-Si estoy en cubierta cuando acabe su turno, mándamelo. Que venga solo.

Un par de horas más tarde, el remero se presentó al tribuno.

-El jefe me ha indicado que el noble Arrio desea verme.

Arrio quedó sorprendido por sus buenos modales. Tenía frente a si a un joven alto y elegante. Le contempló admirado y pensó que haría un buen papel en el circo. -Me han dicho que eres el mejor remero de la nave -habló Quinto-. ¿Llevas mucho tiempo en este servicio?

-Tres años.

-Pareces fuerte, a pesar de ser casi un muchacho.

-El noble romano olvida que no sólo el cuerpo sostiene al hombre, sino también su espíritu. Gracias a él sobrevive el débil.

-Por tu forma de expresarte veo que eres de Israel. -Todos mis antepasados son hebreos -afirmó el joven con orgullo.

-Nunca estuve en Jerusalén -dijo el tribuno-, pero he oído hablar de sus príncipes. ¿De qué casta eres tú? -Mi padre fue príncipe de Jerusalén. Fue honrado en el salón del gran Augusto. -¿Su nombre?

-Ithamar, de la casa de Hur.

-¿Eres un hijo de Hur? -se asombró el tribuno. ¿Por qué estás aquí?

-Me acusaron injustamente de intentar asesinar al procurador Valerio Graco.

-¿Tú? ¿Tú aquel asesino? -Arrio no cabía en si de asombro- Roma entera se estremeció al conocer tu historia.

-He pasado tres años de cautiverio sin hablar con nadie -empezó a decir el joven con la

cabeza inclinada-. No sé nada de mi madre y de mi hermana. Su recuerdo me atormenta día y noche. Dime, noble Arrio, ¿sabes algo de ellas?

-Se te acusa de un crimen muy grave -dijo el tribuno.

-Soy inocente -protestó el joven con ardor-. ¡Por la fe del Dios de mis padres, juro que soy inocente!

El tribuno se sintió conmovido por esta sincera declaración.

-Supongo que fuiste juzgado -le dijo.

-No, noble tribuno. Me encarcelaron en la Torre sin poder hablar con nadie y me condenaron a galeras.

-Si te hubiesen juzgado, ¿cuál habría sido tu defensa?

-Habría demostrado los hechos. Yo era un niño y no deseaba matar a Valerio Graco, pues mi estirpe estaba casi aliada con Roma. De haber querido matarle, aquél no habría sido el momento oportuno.

-Cuando ocurrió el suceso, ¿estabas solo?

-Estaba en la azotea de mi casa, con mi hermana. Me asomé para ver desfilar a los soldados y entonces una teja se desprendió. Pero no lo hice a propósito.

-¿Y tu madre?

-Estaba en sus aposentos.

-¿Qué ha sido de ella?

-No lo sé -respondió Ben-Hur a punto de estallar en llanto-. La sacaron de casa y no he vuelto a verla. Arrio le miraba con el corazón estremecido. El tribuno estaba considerado como un hombre bueno y justo, pues odiaba la crueldad.

-Es todo cuanto quería saber -dijo Quinto Arrio-.Vuelve a tu sitio.

Cuando Ben-Hur se disponía a retornar con sus compañeros, la voz del tribuno le detuvo de nuevo.

-Si consiguieses la libertad, ¿qué te gustaría ser? -Me ocuparía de buscar a mi madre y a mi hermana e intentaría restaurar el honor de mi familia.

-¿Y si tu madre y tu hermana hubiesen fallecido o no lograras encontrarlas? -Entonces sería soldado. -¿Soldado?

Con esta palabra terminó la conversación entre los dos hombres.

Los días fueron pasando y al fin, una mañana, la nave llegó a la bahía de Antemona, al este de la isla de Citerea. El tribuno se dedicó a inspeccionar las cien galeras allí reunidas y, tras la inspección, toda la flota avanzó hacia el litoral de la isla.

A oídos de Quinto Arrio llegaron las últimas noticias sobre los piratas. Al parecer, procedían de las costas de Euxino y, tras saquear Hefrestia, en Lemmons, pasaron a los golfos situados entre Eubea y la Hélade.

Hacia allí se dirigió el tribuno. Sus fuerzas eran inferiores a las de los piratas, pero los romanos estaban mejor equipados y disciplinados.

Ben-Hur, que remaba entonces sin grilletes por orden directa del tribuno al *portador,* se sentía más feliz que de costumbre. Quinto observó que el esclavo se manejaba mejor sin los grilletes. Confiaba en él, por lo que no creyó necesario volvérselos a poner.

Cuando las naves de los futuros combatientes estuvieron frente a frente, Arrio ordenó a sus hombres que se mantuvieran alerta. Una gran actividad se apoderó de los marineros, mientras los esclavos les observaban en silencio. Atados con cadenas a los bancos, sabían que la suerte de la nave era la suya. Si ésta se hundía, ellos se hundirían también.

Un sordo rumor de remos llamó la atención de Ben-Hur. La galera se balanceó y de repente

Librodot

se produjo un violento choque. Los hombres cayeron al suelo, escuchándose gritos de horror. El judío notó que bajo sus pies se quebraba algo. De cubierta llegó un clamor de triunfo: el espolón romano había triunfado. La lucha prosiguió sin pausa y los marineros descendían para coger grandes pedazos de estopa que lanzaban encendidos contra las embarcaciones enemigas.

La galera se detuvo de pronto. Se oyeron pasos apresurados, gritos y el crujido de dos naves dispuestas al abordaje. Habían abordado el navío romano. Los cuerpos de los bárbaros enemigos empezaron a descender sin vida hasta el lugar ocupado por los remeros, que obedecían sin descanso las órdenes del *portador*. Ben-Hur se estremeció de terror. Si el tribuno moría en la batalla, perdería la posibilidad de buscar a su madre y a su hermana.

Mientras estaba sumido en estas reflexiones, una fuerte oleada penetró en la bodega de la nave y le arrastró hacia afuera, con restos de maderas y otros residuos. Ben-Hur logró asirse a una tabla y consiguió llegar a la superficie. Allí, rodeado de naves incendiadas y hombres en lucha, distinguió un yelmo dorado al alcance de la mano. Los brazos del romano se movían con frenética desesperación. El judío agarró al hombre y le sujetó fuertemente, impidiendo que su cabeza desapareciese de nuevo bajo las aguas. Después subió a la improvisada balsa el cuerpo del romano.

Ben-Hur se estremeció al reconocer al hombre que acababa de salvar, pues era Quinto Arrio, el noble tribuno.

Ambos estuvieron flotando hasta que la luz volvió a alumbrar el escenario del combate. El hebreo divisó entonces a lo lejos la línea de la costa, pero ésta se hallaba demasiado lejos como para alcanzarla a nado.

El romano y el judío seguían asidos a la tabla. Arrio respiraba con dificultad, pues había tragado mucha agua, pero su corazón latía de modo regular. Los dos hombres debían esperar el desenlace de la batalla para que alguna nave se acercara a recogerles.

-Conocí a tu padre -dijo de pronto el tribuno y llegué a apreciarle de veras.

Ben-Hur no contestó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Entre los romanos -prosiguió el tribuno- existe la ley de que un guerrero no debe sobrevivir a su derrota. Toma mi anillo.

Ben-Hur cogió el anillo y lo puso en su dedo. -Este anillo posee una gran importancia –dijo Arrio-. Soy rico y tengo muchas propiedades. Si muero, ve a Roma y pídele a mi administrador cuanto desees. Pero si logro salvarme, la recompensa será mayor, pues te devolveré la libertad y te ayudaré a encontrar a tu familia. Has de hacerme una promesa.

-Aguarda -dijo el judío señalando el horizonte-. Veo una nave acercarse.

-¿Distingues la nacionalidad? -No veo la bandera.

-Entonces se trata de una nave enemiga, pues un navío romano llevaría orgulloso la bandera. No hay tiempo que perder. Has de prometerme que, si se trata de una nave enemiga, arrojarás mi cuerpo al mar. No quiero arrastrar el deshonor de haber caído en sus manos.

-No te prometeré tal cosa -dijo el judío-. Toma tu anillo.

Más Arrio permaneció inmóvil.

-¿No lo quieres? -preguntó Ben-Hur- Entonces dejaré que el mar reciba tu obsequio.

Y el judío lanzó el anillo al agua.

-Has cometido una locura -afirmó el romano-.

Te compadezco.

-No es una locura -habló Judá-. En tres años de esclavitud, tan sólo tú y otra persona se han apiadado de mí -Ben-Hur recordaba al joven del pozo.

-Tal vez necesiten remeros -observó Arrio con resignación.

-La nave se aleja.

-¿Adónde?

-Hacia la galera escorada junto a la playa. Se aproxima a ella... Ahora envían hombres a bordo.

-¡Estamos salvados! -exclamó el tribuno- ¡Son romanos! Un pirata no obraría de tal modo. Hazles señas y vendrán a recogernos.

Judá obedeció y poco después la galera enfiló hacia ellos. Arrio fue recibido a bordo con todos los honores y ordenó reunir el resto de la flota para dirigirse al Norte. A su tiempo, los cincuenta navíos que bajaban por el estrecho se enfrentaron con los piratas fugitivos y les derrotaron por completo. Veinte galeras fueron capturadas, para mayor gloria de Quinto Arrio.

El tribuno fue recibido con alegría en el puerto de Miseno. A su lado caminaba Ben-Hur.

-Amigos -explicaba el tribuno-, éste es mi hijo y heredero. Os ruego que le améis como a mi mismo. Arrio formalizó más adelante la adopción y un mes después el tribuno recibió los honores por su triunfo frente a los piratas. Había sido nombrado duunviro.

CUARTA PARTE

Capítulo 7

Nos encontramos en la ciudad de Antioquía, reina de Oriente y la más poderosa, poblada y rica después de Roma. Corre el año 29 de Jesucristo, en el mes de julio.

Una galera mercante penetró en la desembocadura del río Orontes, procedente de alta mar. El calor del mediodía obligó a los pasajeros a subir a cubierta. Entre estos pasajeros se encontraba Ben-Hur.

Habían transcurrido cinco años desde el abandono de la esclavitud, cuando fue liberado y adoptado por Arrio. Su elegante túnica y sus modales y aspecto despertaban la curiosidad de sus compañeros.

La galera llegó a un puerto de Chipre y subió a bordo un venerable israelita que no tardó en charlar amigablemente con Ben-Hur.

En el curso de su viaje, la galera se cruzó con otras dos que portaban banderolas amarillas.

-¿A qué nacionalidad pertenecerá ese color? - preguntó un viajero.

-El propietario de esas naves no es ninguna nación -respondió el israelita-, sino un armador particular.

-¿Le conoces? -Navegué con él.

Ben-Hur estaba pendiente de las palabras del anciano.

-Ese hombre vive en Antioquía -prosiguió el israelita- y sus riquezas le han hecho célebre. Mas su nombre está enturbiado al relacionarlo con una familia que años atrás vivía en Jerusalén y que ostentaba el nombre de Hur.

Judá se estremeció y trató de reprimir una exclamación.

-El príncipe era un gran mercader -dijo el anciano que fundó empresas en Oriente y Occidente. Se ahogó en el mar, pero su familia se hizo cargo del negocio, que iba viento en popa.

Más tarde se abatió sobre ellos una terrible desgracia. El único hijo varón del príncipe intentó asesinar al procurador Valerio Graco, pero fracasó en su intento y la ira del romano se cebó en sus parientes. Hoy día no queda con vida ninguno de la casa de los Hur.

-¿Y qué fue de sus pertenencias? -preguntó un viajero.

-Simónides, que había sido el agente del príncipe en Antioquía, se quedó con todo. Se estableció por su cuenta y hoy posee la más poderosa flota que se pueda tener. Esto lo ha logrado en sólo diez años.

-¿Les robó el dinero? -inquirió otro viajero alarmado.

-No -repuso el israelita-, pero se quedó con lo que el príncipe Hur tenía en Israel: caballos, casas, ganado, mercancías y navíos. El destino del capital sigue siendo un misterio.

-Pues yo creo -afirmó un hombre con sarcasmo que el dinero corrió la misma suerte que lo demás.

-Eso cree mucha gente -contestó el viejo- y parece lo más lógico. Si se adueñó de naves, mercancías y demás posesiones, también pudo apoderarse del capital. Pero nunca ha podido probarse.

Ben-Hur escuchaba en silencio. Clavaba sus uñas en la carne para evitar intervenir en la conversación.

-Ese Simónides es de cuidado -siguió diciendo el israelita-. Hace poco ha conseguido una licencia firmada por el propio Tiberio para demostrar que su negocio es legal.

-¿Y qué fue del joven de la familia Hur?

-Le enviaron a galeras y sin duda habrá muerto, pues nadie resiste tantos años en galeras. Por lo que se refiere a su madre y a su hermana, lo más seguro es que hayan muerto también en una de las fortalezas.

La proximidad de la ciudad dio por terminada la conversación. Los pasajeros se apretujaron en la borda, ansiosos de ver la orilla.

Ben-Hur se acercó al viejo israelita y le habló. -Me interesa lo que has contado sobre ese tal Simónides. ¿Dónde podría verle?

-Vive al final de ese puente, en un edificio que parece una de las torres de la muralla. Ante su puerta hay un enorme muelle. Toda la flota anclada allí es suya. -Gracias por tu información. -De nada, joven.

Ben-Hur hizo conducir su equipaje a una posada y pasó allí la noche.

A la mañana siguiente se encaminó al encuentro de Simónides. No quería reclamarle sus propiedades, sino saber dónde se encontraban, si vivían, su madre y su hermana.

Al llegar a la mansión, entró temblando en su interior. Un sirviente le condujo a través de largos corredores hasta el propio Simónides en persona. Este se encontraba sentado en medio de otros hombres, y a su lado se hallaba una joven.

-Que la paz sea contigo, Simónides -saludó Judá. -¿Quién eres?

-Soy Judá, hijo de Ithamar, último jefe de la casa de Hur y príncipe de Jerusalén.

El mercader judío permaneció en silencio. La joven que se hallaba a su lado dijo:

-Sé bienvenido. Yo soy Esther, la hija de Simónides. Ben-Hur inclinó la cabeza ante la joven, miró después a su padre con frialdad y siguió hablando.

-Mi padre tenía al morir un fiel servidor... y me han dicho que ése eras tú.

-¿Cómo puedes demostrarme que eres la persona que pretendes? -preguntó Simónides.

-Sólo puedo contarte mi historia. Tú mismo juzgarás si es cierta.

-Habla pues.

Ben-Hur inició el relato de su cautiverio y su posterior adopción por parte de Arrio.

-Arrio fue para mí como un padre -concluyó-. Me enseñó las doctrinas de los grandes filósofos y oradores romanos, pero yo soy judío y no puedo olvidar, mi religión. Aprendí a ser soldado y me ejercité en el arte de la guerra... Pero deseo que sepas que no he venido alentado por ánimos de venganza. No quiero tus riquezas. Tan sólo deseo saber qué ha sido de mi madre y de mi hermana.

Esther sollozaba en silencio, conmovida por el relato del joven, pero Simónides continuaba impasible.

-No sé nada de esa familia -afirmó.

Ben-Hur lanzó un sordo gemido.

-Entonces sólo me queda la venganza -dijo-. Perdona las molestias que te he podido ocasionar. Adiós.

Cuando Ben-Hur abandonó la estancia, el rostro de Simónides experimentó una gran transformación. El hombre parecía más viejo y preocupado. Llamó a su hija y le dijo:

-Avisa inmediatamente a Malluch.

El servidor se hallaba frente a su amo a los pocos instantes.

-Malluch -dijo Simónides-, he de encomendarte una importante misión. Un joven alto, apuesto y de aspecto hebreo acaba de salir de mi casa. Serás su sombra día y noche. Averigua qué hace y cómo vive. Hazte su amigo si es preciso, pero no debe saber que estás a mi servicio.

Malluch se despidió de su amo con una reverencia. Simónides miró a su hija, que le observaba con preocupación, y le dijo:

-He de contarte algo. Yo nací en una tumba del valle de Hinnón, en la llanura al sur de Sión. Fui vendido como esclavo a la familia de Ben-Hur, quien era entonces el hombre más rico de Jerusalén y amigo de Herodes. Al séptimo año de estar a su servicio, se me concedió la libertad. Mi amo me albergó como huésped y me enamoré de una de sus criadas, pero ella puso como condición para casarse conmigo el que yo volviera a ser esclavo, pues deseaba que viviera siempre con ella en aquella casa. Yo accedí y el señor me nombró entonces administrador general de todos sus bienes. Los negocios prosperaron y después naciste tú. Luego ocurrieron las desgracias que ese joven acaba de relatar.

-¿Es cierto que no sabes nada de su madres y su hermana? -quiso saber Esther.

-Es cierto, hija mía.

-¿Y qué hiciste cuando se llevaron al muchacho a galeras?

-Fui a Jerusalén con la intención de socorrer al hijo de mi amo, pero Graco me encarceló y quiso saber dónde estaba el dinero de la familia Hur. Me torturó, más no dije nada. Desde entonces he conservado intactas las propiedades de los Hur e incluso las he multiplicado.

-Has de devolver la fortuna a su legítimo dueño.

-Pero, hija -exclamó Simónides-. ¿Deseas convertirte acaso en una pordiosera? No dejaré que pases calamidades. Ese joven es la viva estampa de su padre. Malluch le vigilará y me lo traerá cuando yo se lo ordene.

Esther no dijo nada. Se hallaba demasiado cansada. Padre e hija se retiraron a sus aposentos sumidos en profundas reflexiones.

Mientras tanto, Ben-Hur caminaba por las calles con la sensación de haber fracasado en su propósito. El recuerdo de su madre y su hermana le perseguía sin cesar.

Regresó a la posada y le preguntó al camino de Dafne. Al llegar allí, penetró y halló una larga procesión que se dirigía

Hombres y mujeres eran rodeados por bellas jóvenes que cantaban al son de las panderetas eran devadasas, sacerdotisas consagradas al templo de Apolo

Ben-Hur contemplaba con sorpresa aquellas fiestas paganas, pero se sentía irritado porque la tristeza embargaba su alma.

Se dejó caer sobre la blanda hierba sentidos se impregnasen del ambiente de que reinaba a su alrededor.

Ante Ben-Hur se elevaba un bosque adentró en él y descubrió sobre la hierba a un hombre que tenía aspecto de hebreo.

-La paz sea contigo - le saludó el desconocido

-Y contigo -respondió Ben-Hur.

-Me dirigía al estadio, pues las trompetas llaman ya a los competidores. ¿Quieres acompañarme?

-Con sumo gusto -dijo Ben-Hur, nada que hacer.

-Ya se escuchan las ruedas de los carros

-Soy hijo de Arrio, el duunviro – Ben-Hur-. ¿Y tú?

-Me llamo Malluch y soy mercader de Antioquia

-Bien, será mejor que veamos las carreras Tengo cierta habilidad en ellas.

-Siendo el duunviro romano, ¿cómo es que vistes a la usanza judía?

-El noble Ario era sólo mi padre adoptivo

Los dos hombres avanzaron a través del bosque hasta llegar a una -gran pista cuyas dimensiones eran las habituales de los estadios.

Los recién llegados se acomodaron en las graderías Ben-Hur contó los carros que desfilaron por delante de ellos: nueve en total.

-Yo creía que en Oriente sólo corrían con carros de dos corceles -dijo Ben-Hur-, pero veo que utilizan verdaderas cuádrigas.

Entre los espectadores había un anciano que contemplaba con pasión desbordada el paso de las cuádrigas.

-¿Quién es? -preguntó Ben-Hur.

-Es un poderoso jeque del desierto, procedente de la tierra de los moabitas. Se llama Ilderím y posee inmensos rebaños de caballos.

El conductor de la novena cuadriga intentaba sin éxito detener a los caballos azotándoles con el látigo. Al ver esta acción, el jeque exclamó:

-¡Maldito romano! Me juró que sabría llevarlos. ¡Esos animales no tienen precio!

Ben-Hur pensó que el jeque tenía razón, e inmediatamente le cayó simpático por su franqueza. La belleza y agilidad de aquellos caballos hacía imposible pensar que alguien fuera capaz de maltratarlos.

Pero el conductor de la cuádriga seguía empeñado en detenerlos a fuerza de latigazos, y el anciano jeque daba gritos de desesperación.

Una docena de manos sujetaron entonces los bocados de los caballos interrumpiendo su loca carrera. En aquel momento apareció en la pista otro carro. A diferencia de los demás, entró en la pista como si se tratara de un circo.

El carro tenía forma extranjera. La multitud lo recibió con grandes muestras de entusiasmo y fuertes aplausos y vítores.

Ben-Hur intentaba identificar a su auriga sin éxito, pues el carro aún se hallaba a distancia considerable.

Algo en el conductor le resultaba familiar. Por el entusiasmo que despertaba, debía tratarse de un oficial famoso o de un príncipe conocido. Ben-Hur se abrió paso hasta la grada inferior, junto a la pista, y pudo distinguir al fin el rostro del auriga.

¡Y el auriga era Messala!

Capítulo 8

Sorprendido por el impacto, de descubrir a Messala en el estadio, Ben-Hur tardó unos instantes en escuchar las palabras de Malluch, que le contemplaba con aire de curiosidad. Ben-Hur intentó parecer despreocupado y dijo a su nuevo amigo:

-¿Dónde podríamos ir ahora?

-Podemos seguir el itinerario de todos los que acuden a este bosque -repuso Malluch- y acercarnos a la famosa fuente que predice el futuro.

-¿Cómo se llama la fuente? -Castalia.

-Es famosa en el mundo entero. De acuerdo, iremos allí.

Al llegar a la famosa fuente Castalia vieron acercarse un camello blanco de grandes dimensiones. Una mujer ordenó que el camello fuera llevado junto a la fuente. La mujer, joven y muy bella, estaba sentada al amparo de una tienda, al lado de un hombre que poseía la dignidad de un monarca o de un filósofo.

En dirección a la tienda, y a toda velocidad, la cuádriga de Messala se acercó de improviso.

-Ese romano va a atropellarnos -gritó Malluch, al tiempo que la gente huía despavorida entre chillidos y protestas.

Messala avanzaba en línea recta hacia la mujer y el camello. En aquel momento, Ben-Hur corrió hacia el animal y le gritó a Messala frenéticamente:

-¡Atrás! ¡Mira por dónde vas!

El joven patricio reía a carcajadas, sin hacer caso de los ruegos. Ben-Hur, de un salto rápido, asió los bocados de los dos caballos de la izquierda y, tirando de ellos con energía, les obligó a detenerse.

-¡Perro romano! -grito Ben-Hur- ¿En tan poco tienes la vida del prójimo?

El romano estuvo a punto de caerse, pero logró conservar el equilibrio. No le ocurrió lo mismo a su ayudante, que rodó por los suelos entre la risa de los mirones.

Messala decidió salvar la situación acercándose a la joven y diciéndole:

-Soy' Messala el romano y os pido perdón.

Más la hermosa joven no pareció hacerle caso. Se dirigió a Ben-Hur y, tendiéndole una copa, exclamó: -¿Puedes llenarla? Mi padre está sediento. Messala miró a Ben-Hur con desprecio, pero no pareció reconocerle. Saludó a la joven y se alejó. Ben-Hur regresó con la copa llena y se la entregó al anciano. Al terminar éste de beber, la joven volvió a dar le la copa al judío y le dijo:

-Quédatela. Está llena de bendiciones para ti.

-Nos has prestado un gran servicio -exclamó el anciano-. Soy Baltasar el Egipcio. Mi hija y yo somos huéspedes del jeque Ilderím, quien habita tras la aldea de Dafne. Ven a visitarnos.

Ben-Hur asintió complacido por la amabilidad del anciano y la belleza de su hija.

Malluch había sido testigo mudo de la hazaña y estaba sorprendido por el comportamiento del joven. Le preguntó acerca de su pasado y Judá no dudó en satisfacer su curiosidad. Le contó la historia de su vida.

-Me admira que no hayas atacado a Messala - exclamó Malluch cuando el judío finalizó su

relato.

-Muerto no me serviría de nada. Además, no deseo quitarle la vida, sino castigarle. Pero para eso necesito ayuda.

-Te ayudaré en lo que pueda, -repuso Malluch, que empezaba a sentir afecto y admiración hacia el joven-. Puedes estar seguro de 'ello.

-Gracias, amigo. ¿Sabes dónde se halla el Huerto de las Palmeras?

-A unas dos horas de caballo.

-¿Son muy populares los juegos en este país?

Malluch no entendía la relación que podía existir entre las preguntas de Ben-Hur y los últimos acontecimientos, pero procuró satisfacerle.

-Ya lo creo -afirmó-. El prefecto es rico y se interesa por ellos. Además, desea llamar la atención del cónsul Magencio. Los ciudadanos de Antioquía saben que gracias a los juegos pueden ganar mucho dinero. Se va a celebrar un gran festival y los premios que se ofrecen son verdaderamente regios. El circo de Antioquía es el segundo en importancia, después del Máximo de Roma.

-¿Sabes si Messala participará en esos juegos?

Al fin entendió Malluch la razón del interrogatorio de Ben-Hur.

-Creo que sí -respondió-. Ya veo que te interesan las carreras. ¿Tienes habilidad en ellas?

-Los vencedores del circo Máximo sólo han logrado sus laureles cuando yo les he dejado ganar. El propio emperador me ofreció su patronazgo si aceptaba correr el campeonato del mundo.

-¿Y no accediste?

-Un judío jamás acepta algo que pueda empañar el buen nombre de su familia. Pero correr contra Messala es otra cosa. Correré para humillarle.

Ben-Hur parecía satisfecho. Pero aún le faltaban algunos cabos por atar.

-Dime, Malluch: ¿crees que el jeque Ilderím aceptará que lleve sus caballos?

-Supongo que sí. Ya has visto lo enojado que estaba con su auriga. Pienso que aceptará a cualquier conductor que sea capaz de tratar a sus caballos con el debido cariño. Además, querrá ganar.

-Entonces no perdamos tiempo. Vamos a la aldea y busquemos unos camellos rápidos. Iremos al Huerto de las Palmeras.

Tras dos horas de camino, los viajeros llegaron por fin a las tierras del jeque Ilderím. Sólo en los más bellos oasis de Arabia o junto al Nilo era posible gozar de una vista mejor.

Al aproximarse al huerto, unas niñas salieron a su encuentro, ofreciéndoles cestas de dátiles. Les dieron las gracias y siguieron su camino.

-¿Cómo sabes tantas cosas del jeque? -preguntó Ben-Hur.

-Porque las oigo contar en casa de Simónides - repuso Malluch-, quien me honra con su confianza. Hace unas semanas, el jeque contó a Simónides una historia increíble.

Malluch relató entonces la historia del griego, el hindú y el egipcio que, guiados por una estrella desde tres lugares distintos y remotos, se habían reunido en Belén para adorar al Niño.

-Es una historia maravillosa -afirmó Judá-. Un milagro.

Llegaron a una tienda y encontraron al jeque Ilderim, quien estaba acompañado por una comitiva en la que participaban los cuatro caballeros árabes que tiraban de

1a cuádriga.

El jeque les invito a entrar en la tienda, pero Malluch le llevó aparte y la habló en voz baja. Luego volvió *1* a reunirse con Ben-Hur.

Librodot

-Hablé de ti al jeque -dijo Malluch-, pero he de *regresar* a Antioquía. Mañana volveremos a vernos y te acompañaré hasta el día de los juegos. El jeque te dejará probar mañana sus caballos.

Tras dar y recibir la bendición, Malluch se marchó.

El jeque Ilderím era tan importante como un monarca imperial. Sin embargo, su existencia en el huerto era, por su sencillez, una continuación de los antiguos patriarcas, es decir, la verdadera vida de los pastores de Israel.

-Entra, en nombre de Dios, y reposa -invitó Ilderím a Ben-Hur.

Los siervos trajeron agua del lago para lavarles los pies y el jeque ofreció a su invitado vino y sal, según la costumbre.

-Más dime -habló Ilderím-, ¿quién eres?

-Soy judío, de la tribu de Judá, y tengo una deuda inmensa contra los romanos.

-Yo también tengo una deuda contra Roma. Herodes me usurpó grandes riquezas.

-Si me ofreces el medio de vengarme -dijo Judá-, tú también tendrás el tuyo, pues en tu poder estarán el dinero y la gloria que logre obtener si gano la carrera.

-Te creo, pero necesito conocer tu experiencia en la conducción de cuádrigas. ¿Sabes dominar a los caballos? Conocí a un rey que gobernaba a millones de seres humanos, más era incapaz de dominar a su caballo. Los míos son de pura raza, todo sensibilidad y nervio.

A una orden del jeque, un siervo condujo a la tienda a los caballos. Ilderím hizo que entraran en la tienda y los acaricio con ternura.

-Dios otorgó al primer árabe una gran extensión de arena -dijo el jeque- y le comunicó que aquella sería su tierra. El desdichado se lamentó de aquel obsequio improductivo, pero el Señor añadió: "Te daré algo dos veces mejor que la bendición concedida al resto de los hombres". El árabe, lleno de fe, echó a andar por el desierto, más nada encontró. Avanzó en otra dirección y por fin halló, en un oasis, un rebaño de camellos y otro de caballos. Eran los dones de Dios. Se apoderó de ellos. De aquella isla de vegetación proceden estos maravillosos animales.

-Comprendo que tengas tanto amor por estos caballos -dijo Ben-Hur-, pues en verdad que son animales magníficos.

-Tú serás su conductor, hijo de Israel.

-Tus palabras me honran, pero permíteme que te haga una demostración. En primer lugar he de decirte que tus preciosos caballos fracasarán en el circo si no se someten a un entrenamiento.

-No es posible -habló el jeque-. Tienen la rapidez del águila y la fuerza del león.

-Sí, pero en toda cuádriga siempre hay un caballo más lento que otro y es preciso acomodar un mismo paso para todos. Yo entrenaré a tus caballos y los dispondré de forma que puedan ganar la carrera. Unidos bajo mi voluntad, correrán como si se tratase de un solo corcel. Para ti quedarán la fortuna y los honores, y mía habrá sido la venganza. ¿Qué respondes?

El jeque rió abiertamente y dijo:

-Los habitantes del desierto decimos: "A quien quiera guisar la comida con palabras, le prometeremos un océano de manteca". Mañana tendrás los caballos a tu disposición.

La conversación fue interrumpida por el anuncio de la cena. El jeque ordenó retirar los caballos y se preparó para recibir a su amigo Baltasar.

-Te prestaré a Baltasar -exclamó Ilderím-. Tiene una historia para contar que ningún israelita se cansaría de escuchar.

Cuando apareció Baltasar con su túnica negra, Ilderím y Ben-Hur le recibieron de pie. Andaba despacio y todos sus movimientos eran lentos y pesados, apoyándose en un cayado y en el hombro de su esclavo.

-Sea con vosotros la paz y la bendición del único Dios, el único verdadero y amoroso.

El tono digno y noble del anciano conmovió a Ben-Hur, que se impresionó bajo el impulso de una fuerza nueva y misteriosa.

Baltasar se aproximó al joven y le dijo:

-Has salvado mi vida valerosamente. De no ser por ti, mi hija y yo habríamos perecido por el atropello del romano.

-¿Cómo? -exclamó el jeque- ¿Has sido tú el autor de la hazaña? ¿Por qué no me has dicho nada? Quienes ayudan a mis amigos, son amigos míos.

-No quería favores -respondió Judá-. Les ayudé como habría ayudado a cualquier ser humano en peligro.

Estas palabras causaron una grata impresión en el anciano, quien, aproximándose a Ben-Hur, le preguntó:

-¿Cuál es tu nombre judío y cuál tu familia?

Pero la invitación del jeque para la cena impidió a Judá responder a pregunta tan directa.

A petición de Ilderím, Baltasar refirió su relato sobre el encuentro de los tres Magos en el desierto, veintinueve años antes.

-¿Qué ha sido del Niño? -inquirió Ben-Hur.

-¡Ojala pudiera contestarte! -repuso Baltasar- Intenté volver a Belén, pero Herodes era un sanguinario y me abstuve de provocarle. Cuando Herodes tuvo noticia de nuestra marcha, mandó asesinar a todos los niños de Belén.

-¡Muerto el Niño! -dijo Ben-Hur.

-No lo creo -contestó Baltasar-. Una noche, una voz me anunció que la Redención estaba cerca y vería al Salvador. ¿Comprendes lo que esto significa?

-No muy bien.

-Significa que los tres Magos hemos visto al Salvador, pero no hemos presenciado la Redención. Por tanto, el Niño no puede haber muerto, porque la Redención es la obra para la que El nació hace veintinueve años.

-En tal caso -dijo Ben-Hur cabe pensar que estará oculto.

-Así es -respondió Baltasar-. Hace unas semanas reflexioné que el momento de acción de un hombre llega a partir de los treinta años, pues es entonces cuando sus fuerzas han madurado. ¿Y dónde debe aparecer Nuestro Salvador sino en la misma Judea? ¿En qué ciudad sino n Jerusalén?

Ben-Hur comprendió por las palabras del anciano que se hallaba frente a un verdadero sabio, un elegido de Dios. Acontecimientos muy grandes estaban a punto de acercarse. La curiosidad le invadía.

-Cuéntame más cosas -dijo-, te lo suplico. ¿El Salvador será también Rey de los judíos?

-Su misión sólo Dios la conoce, pero pienso que la Redención no puede tener un objetivo político, pues es más amplia e importante. El viene con la intención de salvar a las almas.

-Pero, según tu relato, cuando llegasteis a Belén preguntasteis donde estaba el nacido rey de los judíos.

-Los humanos sufrimos una gran miopía y sólo distinguimos lo que tenemos cerca. Israel conoció días mejores y en aquella época se prometió a los hijos de Israel un Salvador. Este, forzosamente debía adoptar la forma de Rey de los judíos. Por eso ahora, para conservar la expresión dada, se ha presentado con ella.

Tras estas palabras, el anciano comunicó a los presentes su deseo de reposar después de las fatigas del día. Todos *se* despidieron de él con reverencia.

Librodot

Ben-Hur también necesitaba estar a solas. Los últimos acontecimientos le obligaban a meditar profundamente. Recordó su encuentro con Simónides y su hija Esther, sus paseos con Malluch y sus peticiones al jeque Ilderím, y tampoco podía dejar de pensar en el anciano Baltasar y su bella hija.

Comparó la elegancia y la dulzura de la hija de Baltasar con el candor y la ingenuidad que se reflejaban en el rostro de Esther, y comprendió que un nuevo sentimiento se instalaba en su corazón hasta entonces ocupado por el deseo de venganza: el amor.

¿Cuál de las dos imágenes triunfaría en su corazón? ¿Cuál de las dos sería su amada?

Capítulo 9

Casi toda Antioquía se hallaba en las azoteas ese anochecer, disfrutando de la luna nueva.

Esther sostenía en una bandeja la cena de su padre, quien parecía no prestar atención a nada.

-Tarde llega Malluch -protestó Simónides. -Ya vendrá -afirmó su hija.

-Deseas que regrese y nos informe sobre ese joven

-dijo el viejo-, ¿no es cierto, Esther? ¿Piensas que él es nuestro amo?

-Sí.

-¿Y quieres que le entregue todas nuestras riquezas? No es justo. Yo también he luchado por ellas. Ese joven nació rico y no ha hecho nada por ganar una fortuna, mientras que yo me he sacrificado enormemente. Pero le admiro porque ha conquistado algo de mucho más valor: tu corazón.

-Piensa que ese pobre muchacho ha padecido las amarguras de la esclavitud.

En ese instante llegó Malluch, quien realizó un excelente relato de lo acaecido durante el día.

-Su mayor deseo consiste en encontrar a su madre y a su hermana -concluyó Malluch- aparte de la intención de vengarse del romano Messala.

-Gracias, Malluch -dijo Simónides-. Ahora debes cenar y descansar.

El criado se retiró y el viejo y su hija permanecieron un rato en silencio, sumidos en sus reflexiones. Al cabo de unos instantes, Simónides exclamó feliz:

-Dios es bondadoso, querida hija. Me envía ese joven con una promesa. En él veo la justificación de la entrega de todas mis riquezas. Baltasar ha dicho muchas veces que el Salvador no puede tardar en manifestarse. Pero un Rey necesita hombres y dinero. ¿No ves en todo esto un camino ya trazado para mi y nuestro amo?

Esther no contestó. Sufría por el peligro que podía correr Ben-Hur en el circo, pero ella nada podía hacer. El joven conocía de sobra a quién tenía por enemigo: el cruel Messala.

Ajenos a cuanto se estaba tramando entre los judíos de Antioquía, los romanos importantes de la ciudad se reunían esa noche en un palacio erigido frente al río. En una de sus salas interiores, más de cien personas jugaban o descansaban. Sobre los divanes había togas y lacernas abandonadas con descuido.

-Buen Flavio -exclamó uno de los presentes-, creo que la suerte te acompaña esta noche.

-Eso es porque estás jugando con descuido - respondió el aludido-. Acabas de perder otra

partida. ¿Qué te ocurre?

-No hago más que pensar en la llegada de Magencio mañana.

Esa misma preocupación estaba en la cabeza de todos los presentes, pues eran oficiales militares del estado mayor del cónsul Magencio. Trataban de amenizar la espera jugando.

En aquel momento penetró en el salón un nuevo grupo que se dirigió a la mesa central. A juzgar por su aspecto, estaban ligeramente bebidos, aunque su jefe parecía sereno. Llevaba una toga blanca, demasiado imperial para un hombre tan joven que no fuese César. El recién llegado se abría paso entre los presentes con escasa ceremonia y se acercó a la mesa de Flavio. Era Messala.

-Druso, amigo mío, ¡salve! -dijo Messala al jugador de la derecha.

-¡Salve, Messala!

-¿Puedo incorporarme a la partida?

Los jugadores hicieron sitio a Messala y juntos tiraron los dados entre bromas y apuestas más altas cada vez.

-¿Conociste a un tal Quinto Arrio? –preguntóle repentinamente Druso a Messala. -¿El duunviro?

-Sí -respondió Druso-. ¿Y a su hijo? -Ignoraba que tuviese un hijo -afirmó Messala. -El hijo de Ario es valiente y atractivo. El emperador le ofreció sus favores, pero él los rechazó. No tiene rival en las carreras de cuádrigas. Siente pasión por las armas y es muy rico, pues Arrio le dejó una fortuna inmensa.

-¿*Por* qué me cuentas esto?

-¿Recuerdas al hombre que te ha hecho caer hoy del carro?

-Era el hijo -de Arrio. Una mezcla de judío y romano. Tiene las facciones de un romano, pero prefiere las vestiduras de los judíos, y habla varias lenguas. ¿Conoces su historia?

Messala no salía de su asombro.

-Cuando Quinto Arrio, su padre, embarcó en persecución de los piratas -siguió hablando Druso-, carecía de familia, pero volvió con este joven, al que adoptó. -¿Adoptado? ¿Dónde lo encontró?

-En la batalla naval, el duunviro perdió su nave y logró salvarse de morir ahogado gracias a la ayuda de un judío.

-¿Un judío en una galera romana?

-Era esclavo y remero.

Ante estas palabras, Messala se separó de la mesa muy inquieto.

-Una galera... -repitió mirando a su alrededor. Messala pasó la noche preocupado, mientras los oficiales reían y bebían sin cesar.

A la mañana siguiente, los divanes del palacio estaban llenos de jóvenes patricios dormidos. La ciudad entera aguardaba a Magencio, apretujándose en las calles para recibirle.

Al rayar el alba, Messala se incorporó y despojó de su cabeza la guirnalda que le adornaba. Se acicaló en lo posible y salió del palacio.

Tres horas más tarde, dos correos recibían de su mano un despacho lacrado con una carta dirigida a Valerio Graco, el procurador, que residía en Cesare.

Messala adoptó todas las precauciones para que aquella misiva llegara a manos de su destinatario lo antes posible. Uno de los correos iría por tierra, el otro por mar, y ambos debían hacerlo con la máxima celeridad que sus medios permitieran.

El mensaje enviado por duplicado decía así:

Librodot

`Antioquía, Calendas XII de *julio. Messala a Graco:*

El cariño y la gratitud me llevan a referirte un suceso inusitado que, aunque envuelto en el misterio atraerá sin duda alguna y con justo motivo toda tu atención.

Primero he de refrescar tu memoria. Pese a los años transcurridos, recordarás seguramente a la familia de un príncipe de Jerusalén que se llamaba Hur. La cicatriz de tu cabeza servirá para recordarte a esta familia y despertar tu interés hacia ella.

Los Hur fueron castigados por atentar contra tu vida. Se les juzgó sumariamente y se incautaron sus propiedades. No debe avergonzarnos recordar las cantidades que respectivamente nos correspondieron, ya que el hecho contó con la sanción del César.

Dispusimos de mutuo acuerdo que la familia Hur sufriese un castigo adecuado. Así, recordarás que huiste con la madre y la hermana del malhechor. Deseo saber si viven o han muerto, y para ello apelo a la amabilidad de tu respuesta.

También te recordaré que el criminal fue condenado a galeras para el resto de su vida. Así lo dispuso la orden que yo mismo leí, orden confirmada por el recibo del tribuno que mandaba la galera, donde constaba la llegada y recepción del reo.

Por eso mismo mi asombro no tiene límites ante el hecho que voy a relatarte.

Teniendo en cuenta que la vida de un galeote, antes de que las-aguas lo acojan en su seno, suele ser corta, hace cinco años que nuestro hombre debiera gozar del sueño eterno.

Creí, por tanto, que mi amigo de la infancia había muerto, y ha vivido estos cinco años con tranquila confianza, gozando de la fortuna que en parte debo agradecerle con la mayor calma.

Pero esa calma ha desaparecido de mi vida anoche, con ocasión de un relato que escuché de labios de un amigo en el transcurso de una fiesta. ` Como sabrás, el cónsul Magencio llega hoy para hacerse cargo de la campaña contra los Partos. Entre los jóvenes que le han precedido para acompañarle figura uno que, según dicen, es h~o del difunto duunviro Quinto Arrio. Y de este joven me han contado esta historia singular que te ralataré.

Durante la campaña de Quinto Arrio contra los piratas, cuya derrota le aportó grandes honores y el duunvirato, el mismo Ben-Hur es aquel Judá a quien enviaste a galeras. En agradecimiento, Arrio le nombró su heredero.

Ahora, este joven aparece con una gran fortuna, un rango elevado y poseedor de la ciudadanía romana, lo que le coloca fuera de nuestros ataques.

Conociéndole como le conozco, todo me hace pensar que ese joven estará proyectando su venganza. Una venganza que le ayude a encontrar a su madre y a su hermana y le permita borrar los agravios recibidos.

Querido amigo y bienhechor: si tienes en cuenta el peligro que corren tus sestercios, cuya pérdida sería una terrible catástrofe para un hombre que goza de tu'-alcurnia

y posición, supongo que estarás dispuesto a indicar qué debemos hacer en semejantes circunstancias.

La estancia de Ben-Hur aquí durará tanto como la del cónsul, por lo que considero que, por más que Magencio acelere los preparativos, no los concluirá antes de un mes. Ya sabes el enorme trabajo que cuesta reuniry aprovisionar un ejército, sobre todo cuando ha de enfrentarse a una dura campaña contra nuestros enemigos los Partos.

Ayer vi a Ben-Hur en el bosque de Dafne. Si no está allí, no andará muy lejos. Le vigilaré y te mantendré informado de sus actividades.

Te doy estos detalles porque pienso que es un asunto importante para ambos. Debemos adoptar una resolución con el judío. No olvides que este asunto es conveniente encargárselo a una persona de tu confianza, por lo que me pongo a tu disposición como tu amigo más afectuoso

Librodot

y tu más aventajado discípulo.

Messala"

QUINTA PARTE

Capítulo 10

A la misma hora en que partieron los correos de Messala, Ben-Hur penetró en la tienda del jeque Ilderím. Acababa de bañarse en el lago, había almorzado frugalmente y vestía una túnica ligera, desprovista de mangas, que apenas le llegaba a las rodillas.

El jeque Ilderím le saludó desde un diván.

-La paz sea contigo, hijo de Arrio. Los caballos ya están dispuestos.

¿Están uncidos? -preguntó Ben-Hur. -No.

-Prefiero prepararlos yo mismo. He de someter su temperamento, pues los caballos son como los hombres: han de tratarse con severidad si no obedecen, y con cariño si cumplen con su deber. Pide a tus criados que traigan los arneses.

--¿Quieres el carro?

-Hoy no lo utilizaré. Dispón otro caballo para que yo lo monte a pelo y procura que sea tan rápido como los el tronco.

-Que traigan los arneses para los cuatro animales y la brida para Siria-Hizo una pausa y añadió Sirio me' ha acompañado durante veinte años. Hemos sido cama radas en el campo de batalla y en el desierto. Ven conmigo y lo verás.

-*Sirio* me ha acompañado durate veinte años. Hemos sido camaradas en el campo de batalla y en el desierto. Ven conmigo y lo verás.

El jeque levantó el cortinaje que separaba la tienda en dos e invitó a Ben-Hur a seguirle al otro departamento. Los caballos que allí se encontraban se acercaron entonces a su amo. Uno de ellos relinchó alegremente al ver a Ilderím. Se trataba de un caballo de cabeza pequeña y ojos luminosos, pecho robusto y cuello fino ygracioso, cubierto de largas y suaves crines como la cabellera de una mujer.

El jeque se acercó a él y dijo a Ben-Hur:

-Este es *Sirio,* el padre de los otros cuatro que conducirás en la cuádriga. La madre está en el desierto, pues vale demasiado como para arriesgarme a que sufra peligros. Mi tribu la quiere como si fuera su don más precioso. Si galopase por encima de mis súbditos, se mostrarían satisfechos. La madre se llama *Mira.*

-*Mira y Sirio* son nombres de estrella, ¿verdad? - preguntó, el joven Ben-Hur.

-¿Has pasado alguna noche en el desierto? -Nunca.

-Si lo hubieras hecho, comprenderías por qué los árabes tenemos tanta confianza en las estrellas. Damos sus nombres a nuestros caballos y a nuestros bienhechores, en prueba de

Librodot

gratitud.

En ese momento entraron los criados con *los* arneses y Ben-Hur unció a los caballos, sacándolos fuera de la tienda para ponerlos la brida. Después montó sobre *Sirio* de un salto, a la manera de los árabes. Cogió las riendas con cuidado y pidió a Ilderím que un hombre le acompañase hasta el campo con el agua necesaria para darlos de beber.

El valeroso jinete empezó sin dificultad las pruebas de entrenamiento. Los caballos estaban tranquilos y entre ellos y su jefe se estableció pronto un acuerdo completo y armonioso.

Ben-Hur les obligaba a ir de un lado a otro con una seguridad que inspiraba confianza a los animales. Luego los dispuso en el mismo orden que tendrían en *la* carrera. Ilderím contemplaba los entrenamientos con satisfacción, feliz por haber encontrado a un hombre capaz de tratar con amor y conocimiento a sus queridos animales.
Ben-Hur hizo correr a los cuatro caballos en línea recta, a trote corto, y les obligó más tarde a describir grandes círculos, acelerando su paso poco a poco hasta convertirlo en galope. Después les hizo moverse en una y otra dirección sin perder el dominio sobre los corceles.

Tras el duro entrenamiento, el jinete se acercó a Ilderím y le dijo:

-Están perfectamente entrenados. Sólo les falta un poco de acierto en el tiro de la cuádriga. Es un honor conducir caballos como éstos, pues basta con contemplar la tersura de su piel para conocer que son excepcionales: no se han empañado de sudor y respiran con tanto sosiego como al empezar. La victoria debe ser nuestra.

-Yo también lo creo -respondió el jeque, quien miraba divertido a Ben-Hur, ruborizado de pronto por la llegada de Baltasar y su bella hija.

-Ordena a tus criados que abreven los caballos - dijo el jinete.

Así se hizo, mientras Ben-Hur, montando *a Sirio,* reanudaba el entrenamiento.

Poco después llegó Malluch, quien traía un mensaje para el jeque.

-Es de Simónides -dijo Malluch-. Me encargó que te deseara la paz y el cielo y que te entregase este mensaje con la súplica de que lo leas cuanto antes.

Ilderím recogió las misivas de Simónides, pues se trataba de dos mensajes contenidos en un mismo paquete. El primero de ellos decía lo siguiente:

"Simónides al jeque Ilderím

Que la paz sea contigo, amigo del corazón.

Tienes alojado como huésped a un joven que se llama hijo de Arrio, pese serlo sólo por adopción. Quiero que sepas que este joven me es muy querido. Su vida es una leyenda maravillosa, que te contaré cuando vengas w mi humilde casa, al tiempo que te pediré consejo al respecto.

Te ruego atiendas sus peticiones, que estoy seguro serán razonables. Salgo fiador de él…

También te pido que guardes en secreto el interés que hacia él manifiesto.

Saluda de mi parte a tu otro huésped y a su hija. Me sentiré muy honrado si tú y todos los tuyos aceptáis ocupar los asientos que he reservado en el circo para el día de los juegos.

Que la paz sea contigo y con los tuyos.

Simónides".

La segunda misiva decía lo siguiente:

"Simónides al jeque Ilderím••

Librodot

Para los que no somos romanos y poseemos bienes o dinero que perder, la llegada de algún alto dignatario de Roma siempre es peligrosa. Por ello te recuerdo que hoy llega el cónsul Magencio y debemos estar prevenidos.

Deseo advertirte también de otra cuestión. Tengo conocimiento de que se conspira contra ti. Debes estar en guardia, pues posees muchas propiedades que llaman la atención de tus enemigos.

Envía a tus más fieles servidores al sur de Antioquía para que detengan todo correo que transite por aquella parte. Si encuentran algún mensaje que se refiera a ti o a tus negocios, es necesario que lo sepas.

Esta carta debiste recibirla ayer, más creo que no será demasiado tarde si no pierdes tiempo.

Aunque los correos salieron esta mañana, tus servidores pueden adelantarlos, ya que conocen los caminos mejor que nadie.

Quema esta carta, amigo mío, y recibe mi bendición. Que la paz sea contigo.

Simónides.

Ilderím releyó ambas misivas sin dar crédito a lo que Simónides le contaba en ellas. Después las dobló y las introdujo en su cinto.

El entrenamiento duró unas dos horas. Al concluir, Ben-Hur se acercó al jeque y le dijo:

-Con tu permiso, deseo devolver los caballos a la tienda y volver a sacarlos esta tarde.

-Hasta el día de los juegos, estos caballos están a tus órdenes. Nunca he visto a nadie conseguir tanto de ellos en tan poca tiempo. Ganaremos la carrera, estoy convencido.

El jinete se acercó al lago a tomar un baño. Más tarde se aproximó a Malluch y le hizo una petición.

-¿Podrías acercarte a la posada y recoger mi equipaje? Está junto al puente de Seleucis.

-Has de saber que cuentas con mis servicios de modo incondicional -repuso Malluch.

-Gracias, amigo. Acepto tus servicios. Nuestro enemigo común es el romano y juntos debemos combatirle. Deseo pedirte una cosa más.

-Tú dirás.

-Para evitar cualquier manipulación contra mí en las carreras, sólo entraré en el circo si mi adversario cumple todas las formalidades. Para ello necesito que obtengas un reglamento. Infórmate de los colores que he de lucir y dime el número del nicho que ocuparé en la salida. Si no estoy junto a Messala, procura arreglarlo. ¿Has entendido?

-Perfectamente -respondió Malluch.

-Entonces aún me queda otra cosa que pedirte. ¿Podrías averiguar las medidas y el peso exacto del carro de Messala? Necesito saber, fundamentalmente, la altura exacta de su eje sobre el suelo.

-Creo comprender que deseas saber la medida vertical desde el centro del cubo hasta el suelo. -Exactamente.

-Intentaré satisfacer tus peticiones. -Gracias, amigo.

Volvieron juntos al lado de Ilderím y después Malluch regresó a la ciudad.

Mientras tanto, el jeque envió a un mensajero árabe en dirección al sur de Antioquía. No llevaba ningún mensaje escrito.

Ben-Hur reposaba en su tienda cuando recibió la visita de un siervo.

-Iras, la hija de Baltasar -dijo el siervo- me envía con un saludo y un ruego.

Librodot

-¿Qué desea? -preguntó Ben-Hur.

-Pregunta si te gustaría acompañarla a dar un paseo por el lago.

-Yo mismo le daré la respuesta.

El joven se calzó al instante y a los pocos minutos estuvo listo para ir al encuentro de la hermosa egipcia.

Ilderím se hallaba en la ciudad, tras los entrenamientos de la tarde, para entrevistarse con Simónides. No regresaría hasta la noche.

Al llegar al embarcadero, Ben-Hur divisó una embarcación semejante a un esquife. Un etíope manejaba los remos. Al timón estaba sentada la hija de Baltasar, quien vestía envuelta en chales de la India.

-Acércate -le ordenó la mujer a Ben-Hur.

-¿Prefieres que sea yo quien maneje el timón? - preguntó Judá.

-No, puesto que he sido yo quien te ha invitado a pasear conmigo.

-De acuerdo, Iras.

-Llámame Egipto.

-Pero tu nombre es Iras.

-Así es, aunque prefiero que me llames Egipto.

-¿Por qué? Ese nombre trae a mi memoria grandes multitudes.

-¿Conoces mi tierra?

-No, pero me gustaría poder ir allí.

-A mi también -respondió la joven con aire soñador.

-Aunque en Egipto te olvidarías de mi -repuso Ben-Hur.

-Egipto es el país donde la desdicha no existe -dijo la joven, ajena a las palabras de Ben-Hur-. Es la patria de todos los dioses, bendecida por todos ellos. Es el mejor país que existe.

Ben-Hur entristeció de pronto, pues los recuerdos de Iras evocaban en su corazón la nostalgia por Jerusalén. Recordó las noches pasadas en la azotea de su casa, cuando su madre le cantaba las excelencias de Israel con el mismo entusiasmo que Iras.

El viaje duró poco, pero ambos jóvenes se sentían felices por haberlo realizado.

A la mañana siguiente, el jeque Ilderím regreso a su casa. Un hombre de su tribu se le acercó nada más desmontar.

-¿Qué deseas? -preguntó el jeque.

-Gran señor, me han ordenado que te entregue este pergamino con la súplica de que lo leas al instante. Aguardaré el tiempo que sea preciso por si hay respuesta.

Ilderím tomó el pergamino. El sello del mensaje estaba roto. El texto empezaba con la frase: "A Valerio Graco en Cesárea".

¡Maldita sea! -exclamó el jeque ¡Está escrito en latín!

Ilderím sólo entendía el griego y el árabe. La impaciencia se apoderó del buen hombre .al ver que el mensaje llevaba la firma de Messala.

-¿Dónde está el joven judío? -preguntó. -En el campo, entrenando a los caballos.

En aquel momento llegó un extranjero, con aspecto de romano, preguntando por el jeque Ilderím.

-Yo soy -respondió el aludido que, a pesar de no leer latín, si podía hablarlo.

-He oído decir que necesitas un auriga para tus caballos en los próximos juegos -dijo el desconocido.

-Ya tengo el auriga que buscaba. Puedes seguir tu camino.

El jinete obedeció. Había cumplido su misión.

A partir de ese día, y hasta la fecha de celebración de los juegos, todas las mañanas llegó un hombre al Huerto de las Palmeras preguntando por el jeque y solicitando ser admitido como auriga de su cuádriga.

Era evidente que Messala vigilaba a Ben-Hur.

Pero Ben-Hur, ajeno a aquellos acontecimientos, se ocupaba de entrenar a los caballos. Después del entrenamiento de la mañana citada, el jeque aguardó al joven en su tienda.

-¿Cómo va todo? -preguntó Ilderím con interés.

-Fenomenal -respondió el jinete-. Los cuatro corceles corren como uno solo. Esta tarde podré devolverte *a Siria*

-¿Tan pronto?

-Estos caballos son estupendos. Tienen una gran presencia de ánimo, no se asustan y les agrada el ejercicio. -Pareces conocerlos bien.

-Sí, así es. *Aldebarán* es el más rápido, mientras que el más lento es *Anares*. Pero, pese a su lentitud, posee un gran fondo, lo que hace resistir muy bien y le permite alcanzar a cualquier otro caballo más ligero a gran distancia. -Ganaremos -afirmó Ilderím satisfecho. -Sólo temo una cosa -replicó Ben-Hur. -Habla.

-Los romanos son capaces de violar todas las leyes del honor por triunfar. Te ruego que no permitas que ningún extranjero se acerque a tus corceles. Dispón guardias armados si es preciso para garantizar su vigilancia. Sólo de ese modo estaremos seguros de la victoria.

-Así lo haré. Esta noche pondré guardias. Pero ahora, hijo de Arrio, has de ayudarme a entender un mensaje escrito en latín. Te ruego que me lo traduzcas en voz alta.

Ben-Hur tomó el pergamino y empezó a leer:

"Messala a Graco".

Al pronunciar estas palabras, una nube de temor apareció en su corazón.

-Lee, ¿a qué esperas? -le ordenó el impaciente Ilderím.

Ben-Hur obedeció. El mensaje de Messala despertaba en el joven una ira defícilmente contenida. Al llegar al párrafo en el que Messala pedía a Graco noticias sobre la madre y la hermana de Ben-Hur, éste no pudo contener su emoción y exclamó:

¡Ignora si han muerto! ¡Bendito sea el nombre de Dios! ¡Aún me queda una esperanza!

El jeque le escuchaba en silencio, respetando sus emociones. El joven siguió leyendo el mensaje con estupor. Cuando terminó de leer, su cólera estalló de golpe.

-¡Por supuesto que planeo mi venganza! ¿Acaso podría dudarlo ese traidor?

En este punto, Ben-Hur juzgó oportuno darle al jeque alguna explicación, ya que se había convertido en su protector y su amigo.

-No tenía intenciones de contarte mi vida al acudir a cobijarme bajo tu hospitalidad. Tan sólo pretendía demostrarte mis habilidades como jinete para que me confiases tus preciosos caballos. Pero esta misiva me lleva a confesártelo todo, mi buen amigo Ilderím.

-Tú lo has dicho -replicó el jeque-: soy tu amigo. Cualquier enemigo del traidor Graco es amigo mío, en especial tú, que salvaste la vida de Baltasar y de su hija y has demostrado tratar a mis caballos con amor. Eso me bastaría para guardar tu vida. Quien ama a los caballos de un árabe, le ama a él.

-Tus palabras me honran.

-Esos romanos son insufribles. Nos tratan como a esclavos, peor que a esclavos. No respetan nuestras vidas ni nuestras posesiones. Son capaces de matar por adueñarse de las tierras

Librodot

ajenas. Nadie está libre de su odio y sus injusticias. .

El jeque parecía presa' de la cólera.

-¡Somos hombres libres! -siguió diciendo- ¡Libres! ¡No toleramos la esclavitud!

Capítulo 11

Ben-Hur contemplaba al jeque en silencio, abrumado por el estallido de su cólera y la verdad que encerraban sus palabras.

-Si yo fuese joven, fuerte, diestro en las armas y tuviera motivos graves que me impulsaran a la venganza... Si yo fuera como tú, hijo de Ario... Aunque es mejor dejarse de disimulos, hijo de Hur... ¡Escucha, hijo de Hur!

Al oír aquel nombre, la sangre se paralizó en las venas del joven judío. Sus ojos llamearon igual que los del árabe.

-En tus circunstancias no podría permanecer quieto -el jeque parecía imparable A mis ofensas personales uniría las que Roma ha cometido contra el mundo entero y dedicaría mi vida a la venganza.

-¿Qué harías? -preguntó Ben-Hur interesado.

-Recorrería país tras país y provocaría el odio de todos contra el romano. Si me faltaran los hombres para acometer tan grande empresa, echaría mano de los lobos, los leones y los tigres.

El jeque calló, falto de aliento. Ben-Hur le miraba sorprendido. ¿Cómo habla podido saber su secreto? ¿Por la carta? Más, la carta sólo hablaba de las injusticias cometidas contra un joven de la familia Hur, y el jeque parecía tener más datos sobre su persona de los' contenidos en la misiva de Messala a Valerio Graco.

-¿Cómo ha llegado este pergamino a tus manos? - preguntó el judío.

-Mis hombres vigilan los caminos que unen las ciudades importantes. Se lo han arrebatado a un correo.

-¿Es sabido que esos hombres actúan a tus órdenes?

-No, todo el mundo cree que son ladrones a quienes yo tengo el deber de atrapar y castigar.

Deduzco por lo que has hablado que sabes muchas cosas sobre mi. ¿Quién te las ha revelado?

-No puedo decirte nada, amigo mío.

¿Te obliga alguien a callar?

-Ruego a mi buen amigo que no hablemos más de este asunto por el momento. Voy a regresar a la ciudad. Volveré más tarde, y tal vez entonces pueda decirte algo sinceramente. Ahora es mejor que me des la carta.

Ilderím guardó el pergamino en su cinto y dijo:

-Tu dios te ayudará, hijo de Hur. Toma de mi cuanto necesites, ya sean hombres, caballos o dinero. Mi promesa es fiel y constante. Ahora me voy, pero antes del anochecer volverás a saber de mi.

Y, dando media vuelta, se encaminó hacia la ciudad.

Cuando el jeque Ilderím salió de la tienda, Ben-Hur comprendió que había llegado el momento de actuar enérgicamente. La carta interceptada así le hacía pensar.

Librodot

Los enemigos del joven judío eran los más poderosos de Oriente. No podía descuidar ningún detalle si, como era su intención, debía enfrentarse a ellos. Además, en el caso de que su madre y su hermana siguiesen con vida, las precauciones serían pocas.

También le sorprendía el silencio de Ilderím respecto a la persona que le había hecho partícipe de su secreto, pero no tenía tiempo que perder. El jeque era su amigo. Si quería guardar un secreto, sus razones tendrían.

Tras la comida del mediodía; Ben-Hur dedicó largo rato al examen de su cuadriga romana. Era un carro de eje ancho, bajo y resistente, aunque algo más pesado que el romano, inconveniente que quedaba compensado por la potencia de los caballos árabes.

Después del examen, enganchó los corceles al carro y se dirigió al campo de entrenamiento.

A la caída de la tarde, Ben-Hur esperó a la puerta de la tienda la llegada de Ilderím. Como el jeque no aparecía, se acercó al lago con la intención de darse un baño refrescante. Estando allí vio llegar a Malluch, quien se acercaba a lomos de un caballo.

-Hijo de Arrio -gritó Malluch sin descabalgar-, te saludo en nombre de Ilderím, quien te suplica que montes a caballo y me acompañes a la ciudad. Te espera allí.

Ben-Hur no quiso saber nada más. Tomó una montura y acompañó a Malluch en dirección a la ciudad.

Penetraron en la ciudad por el Oeste y llegaron por fin a la mansión de Simónides.

-Hemos llegado -anunció Malluch.

¿Es aquí? -preguntó el judío sorprendido al reconocer el lugar.

-Acompáñame.

Un siervo se hizo cargo de las monturas y los dos hombres penetraron en la estancia donde Ben-Hur había mantenido su primera entrevista con Simónides. Este, Ilderím y Esther les estaban aguardando.

-Te saludamos, hijo de Hur -exclamó Simónides.

Ben-Hur le contempló extrañado. El hombre que pocos días antes se había mostrado reticente ante su presencia, le saludaba ahora por el nombre de sus antepasados.

-Que la paz del Señor sea contigo -repitió Simónides-, hijo de Hur. Ese es mi deseo y el de los míos.

El anciano se hallaba sentado con aire dominador, con la cabeza erguida como la de un emperador. Al punto cruzó las manos sobre el pecho, en una suerte de saludo que el joven Ben-Hur entendió perfectamente.

-Simónides -dijo Ben-Hur-, acepto la paz que me ofreces y te la deseo a mi vez de todo corazón. Sólo pido que' entre nosotros reinen el acuerdo y la igualdad.

Las palabras de Ben-Hur tenían una especial importancia, pues ponían de manifiesto el deseo del joven de alejar la sumisión del mero der, 1aa relación de amo a criado, y establecer otra mi noble y elevada.

Simónides miró a su hija y le dijo:

-Trae un asiento para el amo.

Esther tomó un escabel y se mantuvo de pie, con el semblante ruborizado, mirando a su padre y al joven. Ben-Hur sujetó el escabel con suavidad y lo colocó a los pies del mercader, murmurando:

-Deseo sentarme aquí.

Esther le dirigió una mirada de agradecimiento y Simónides suspiró agradecido.

-Hija mía -dijo Simónides-, acerca a tu anciano padre los documentos que necesitamos.

Librodot

La joven extrajo de una alacena un rollo de pergaminos que entregó a su padre.

-Antes de nada -dijo Simónides-, es preciso que aclaremos la situación. Estos documentos pueden darte una idea del estado de tu fortuna.

Ben-Hur escuchaba atentamente las explicaciones del anciano.

-Como ya sabrás, los romanos confiscaron muchas de las riquezas que pertenecían a tu padre. Yo logré salvar el dinero y algunas posesiones más. Conoces la costumbre judía de convertir el dinero en letras de cambio, por lo que entenderás que los romanos no pudieran confiscar este dinero, transformado en letras sobre los mercados de Roma, Alejandría, Damasco, Cartagonova, Valencia y otras ciudades. La suma total de esas letras ascendía a ciento veinte talentos en monedas de plata.

Simónides hizo una pausa y cogió otro pergamino.

-Ahora te enseñaré a cuánto asciende lo que gané con aquellos ciento veinte talentos de tu padre.

A los ojos de Ben-Hur apareció la siguiente relación:

60 talentos en naves.
110 talentos en mercancías almacenadas.
75 talentos en cargas en' tránsito.
20 talentos en caballos y otros animales.
10 talentos en almacenes.
54 talentos en letras de cambio.
224 talentos en metálico.

-Lo que hace un total de 553 talentos -dijo Simónides-. Si a esto añadimos los ciento veinte talentos del capital inicial, significa que eres el hombre más rico del mundo.

A los ojos de Simónides asomaron algunas lágrimas. El anciano sufría al despojarse de sus, propiedades, pues no deseaba ver a su amada hija sumida en la miseria, pero también se .sentía satisfecho por mostrar lo que había sido capaz de lograr por sí mismo en todos aquellos años en que hubo de ocuparse de las riquezas de su amo.

-El Señor me protege una vez más -exclamó Ben-Hur con la voz enronquecida por la emoción-. Tu fidelidad, querido Simónides, me compensa de las crueldades sufridas. Eres un hombre honesto y deseo que tu hija y nuestro amigo Ilderím sean testigos de lo que voy a anunciarte.

El jeque y Esther miraron al joven con abierta curiosidad.

-Te devuelvo la fortuna registrada en "estos documentos -dijo Ben-Hur alargando a Simónides los pergaminos-. Es una donación que te hago a ti y a tus descendientes en señal de gratitud.

Las palabras del joven sorprendieron a todos. Esther le miró con los ojos arrasados por las lágrimas, mientras el jeque y Malluch sonreían satisfechos. Simónides, por su parte, se mantenía imperturbable.

-Más impongo una condición -añadió Ben-Hur.

La sorpresa volvió a reflejarse en los rostros de sus interlocutores.

-Que me devuelvas los ciento veinte talegos que pertenecieron a mí padre y que me ayudes con tus bienes y tu inteligencia a buscar a mi madre y a mi hermana.

¡Bendiga el Señor tu buena voluntad! – exclamó Simónides- Te obedeceré como obedecí a tu, padre y a su memoria, pero no puedo aceptar tu generosidad. -No has de aceptar nada -dijo el

Librodot

joven-, puesto que ya he tomado la decisión. -Falta aún una cosa -dijo el anciano.

-¿Cuál es?

Simónides tomó otro pergamino y lo extendió ante los ojos de los presentes.

"Lista de los esclavos de Hur bajo la custodia de Simónides, administrador de sus bienes:

- Amrah, egipcia, custodia del palacio de Jerusalén.
- Simónides, administrador de la casa de Antioquia.
- Esther, hija del anterior.

Ben-Hur se mostró indignado ante este documento. No aprobaba la esclavitud, y menos en personas a quienes consideraba sus amigos.

-Nada debéis temer. El jeque Ilderím es testigo de que os declaro libres y formalizaré este deseo por escrito.

. -A mi no puedes concederme la libertad -dijo Simónides.

-¿*Por* qué motivo?

-Soy esclavo perpetuo. Tu padre horadó mi oreja en *la* puerta de su casa con su lezna.

-¿Eso hizo mi padre?

-No debes juzgarme mal. Yo mismo le rogué que me hiciera esclavo perpetuo para poder casarme con Ra-" quel, ya que ella también lo era y temía que la abandonara si no lo hacía así. ¡Mi buena Raquel!

-Si ése es tu deseo, así se hará, pero has de tener en cuenta que no te considero mi esclavo, sino mi amigo y bienhechor. Seguiré tus consejos si tienes a bien dármelos.

-Hijo de mi amo muy querido -exclamó el anciano con lágrimas en los ojos-, seré tu consejero y te serviré con fidelidad. Mi cuerpo puede servirte ya de poco, pero mis conocimientos y mi corazón están a tu servicio, así como los bienes que tan generosamente me entregas. Sólo te pido una cosa.

-¿Cuál es?

-Que me confirmes en el empleo que he ocupado hasta ahora.

¿Qué empleo es ése?

Administrador de tus bienes.

-Tuyo es el puesto, ya que ese es tu deseo. Esther avanzó entonces hasta Ben-Hur tímidamente y le dijo:

-Te suplico, amo mío, que me dejes ser esclava tuya a perpetuidad, como lo es mi padre y lo fue mi madre. Deseo estar junto a mi padre para atenderle.

-Eres una buena hija. Puedes hacer lo que desees.

La emoción del momento quedó rota por las palabras *de* Simónides, quien dijo:

- La noche ya está avanzada y aún nos quedan muchas cosas por hablar. Será mejor que comamos algo.

Esther abandonó la estancia dispuesta a preparar un refrigerio y regresó con alimentos y vinos servidos por varios criados.

Cuando todo quedó dispuesto, Simónides habló: -El otro día te marchaste de mi casa creyendo que yo no te había reconocido, pero vi al momento que eras el hijo de mi amo. Por eso ordené a Malluch que te acompañara en todo instante.

Ahora comprendía Ben-Hur por qué Malluch no se había despegado de él en esos días.

-Cuando un hombre es viejo -prosiguió Simónides-, necesita que otros sean sus ojos y sus piernas y sus oídos.

-Luego entonces -dijo Ben-Hur comprendiendo la presencia del jeque en aquella sala-, tú eres el hombre que informó a Ilderím.

-Así es. -respondió el jeque.

Necesitaba estar seguro de que eras la persona indicada -dijo Simónides-, pues el tiempo cambia a los seres humanos. Más he visto que te pareces a tu padre y tienes su sentido de la justicia y del deber.

-Obraste con sabiduría -replicó Ben-Hur.

-Me alegra que pienses así. Te hablaré ahora en nombre de Dios. El Señor ha protegido los bienes de tu padre durante todos estos años que estuvieron en mi poder. Mientras el simún atacaba otras caravanas, las mías no sufrían el menor daño. Y lo mismo puedo decir de los rebaños, naves y otras posesiones. La mano del Señor las protegía. Dios te ha puesto en mi camino, pero no dejo de preguntarme con qué propósito, pues el Salvador jamás hace las cosas sin motivo.

Los presentes asintieron.

-Hace muchos años -siguió diciendo el anciano-, cuando tu madre aún vivía, querida Esther, me hallé en el camino que conduce a una de las puertas de Jerusalén, reposando junto alas tumbas de los reyes, cuando vi pasar a tres hombres sobre sendos camellos. Eran extranjeros y decían venir de tierras muy lejanas. Sus camellos eran blancos y grandes. Se dirigían a todo el mundo preguntando por el nacido Rey de los judíos.

Simónides hizo una pausa y tomó un poco de vino.

Capítulo 12

-Todo el mundo se mostraba extrañado. por la presencia de los tres hombres y sus camellos -prosiguió Simónides-. Nadie comprendía el significado de su pregunta. Poco después olvidé lo ocurrido, pues los seres humanos somos a veces demasiado ignorantes. ¿Has visto a Baltasar?

-Me ha relatado su historia -dijo Ben-Hur.

-¡Es un milagro! Cuando Baltasar me contó lo sucedido y me dijo que el Salvador había nacido en un pesebre, en una humilde posada, comprendí que su deseo era aparecer pobre, sin séquito, sin ejército, sin ciudades. Sólo quiere fundar su Reino y aniquilar el de Roma, y. para ello contará con hombres como tú.

-Pero Baltasar ha dicho que su Reino será de almas.

-Baltasar es un gran sabio elegido por Dios, pero él viene de muy lejos y no puede comprender la relación que existe entre Dios e Israel. Mi obligación es creer en los profetas.

Esther, trae la Torah.

Cuando la joven regresó con el libro sagrado, Simónides, dijo:

-Imagino que creerás en los profetas, puesto que ésta es la fe de tus antepasados. Escucha lo que dicen los profetas. ,

Simónides tomó el libro sagrado y leyó:

-Isaías dice: "El pueblo que andaba en tinieblas vio la gran luz. Porque un Niño ha nacido, hijo nos ha sido dado y el gobierno pesará sobre sus hombros. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término sobre el trono de David, ni sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre".

Simónides tomó después el libro que contenía las profecías de Jeremías y leyó:

-"Considera los días que han de venir, dijo el Señor. Saldrá de David en esos días, una rama justa y de ella surgirá un Rey que reinará y prosperará y ejecutará la justicia sobre la tierra. Judá se salvará en sus días e Israel habitará seguro; como un rey reinará"... ¿Crees en los profetas, amo mío?

-Ya es bastante -contestó Ben-Hur-, creo.-El Rey vendrá pobre -siguió Simónides-, por lo que debemos estar dispuestos a entregarle nuestras riquezas.

-¿Por qué crees que vendrá pobre?

-Por las palabras de Zacarías: "¡He aquí que tu Rey vendrá- a ti justo y salvador, humilde y cabalgando sobre; un asno, sobre un pollino, hijo de asna!". Así entrará el Rey en Jerusalén. ¿Qué ves, amo mío?

-Veo a Roma y sus legiones.

-Serás el amo de las legiones del Rey. Podrás escoger, pues tendrás millones.

-¡Millones! -exclamó Ben-Hur.

-No sabes lo fuerte que es nuestro Israel. Su poder no sólo reside en sus hombres, sino en la fuerza de su fe.

-¡Si yo tuviese tu juventud! -dijo el jeque Ilderím.

Las palabras de Simónides confundieron a Ben-Hur. El anciano le invitaba a consagrar su existencia a aquel ser misterioso.

-Admitamos que el Reino del Rey que ha de venir sea igual al de Salomón -dijo Ben-Hur con cautela-. Sacrificaré cuanto tengo por esta causa, pero, ¿he de esperar a que venga?

-La carta de Messala a Graco es una señal -afirmó Simónides-. Han comenzado las hostilidades y, si permanecemos con los brazos cruzados, nos matarán. Es preciso sacrificarse.

-¿Por amor? -preguntó Ben-Hur.

¿Existe acaso algo más fuerte? -inquirió el anciano.

-Sí, la ambición; respondió Ilderím.

-Cosa prohibida para un buen hijo de Israel - afirmó Ben-Hur.

-Dices bien -habló Simónides-, pero también ha de tenerse en cuenta la venganza.

-¡La venganza es la ley del judío! -exclamó Ben-Hur.

-No ha de olvidarse la injusticia -sentenció Ilderím.

-Hemos de hacer algo mientras llega el Rey -dijo el anciano Simónides-. Yo seguiré cuidando tu fortuna y tú, amo mío, podrás marchar a Jerusalén y al desierto para organizar a los hombres de Israel. Les llamarás por centurias, elegirás capitanes y les ejercitarás en el uso de las armas, armas que guardarás en lugar secreto y seguro. Ilderím te ayudará a seguir el camino. El es dueño de muchas tierras y controla muchos caminos. Te mantendrá bien informado de todo cuanto ocurra.

-Si tal hago -dijo Ben-Hur-, Roma no me perdonará y sus esbirros me perseguirán. Las

cuevas de los montes serán mi única morada.

-Nosotros te ayudaremos -intervino Ilderim.

-No lo dudo, amigo mío. Está bien, puesto que no hay opción para mi, me dispondré a cumplir el plan asignado. Continuar aquí sería aguardar una muerte innoble.

¿Debemos formalizar por escrito este compromiso? -preguntó el jeque.

-Me basta con vuestra palabra -repuso Ben-Hur.

-¡Qué nuestro Dios nos ayude! -exclamó Simónides.

-Tan solo deseo pediros una cosa -dijo el joven-: que aplacéis mi compromiso hasta después de la celebración de los juegos. Messala no recibirá respuesta de Graco antes de siete días, y necesito enfrentarme con él.

-Estos siete días me servirán para arreglar los bienes que te dejó Arrio -dijo Simónides-. ¿Son bienes inmuebles?

-Una casa de campo cerca de Miseno y varias en Roma.

-Te aconsejo venderlas. Colocaré el producto de la venta en lugar seguro. Me vasta con que me hagas una relación exacta de esos bienes.

-Mañana mismo te la entregaré.

-Por hoy ya hemos hablado bastante. Ilderím será nuestro huésped esta noche. ¿Qué harás tú, amo mío?

-He de regresar al Huerto de las Palmeras.

Ben-Hur y Malluch se despidieron de sus compañeros y llegaron a las propiedades del jeque al amanecer.

Esa misma mañána, Ben-Hur contempló la marcha de un navío encargado de trasladar a Roma a un pasajero autorizado para vender las propiedades heredadas por el joven de Quinto Arrio. A su lado se encontraba Esther.

-¿Has estado en Roma? -preguntó el joven a Esther.

-No.

-¿Te gustaría ir?

-No creo que me gustase.

-¿Por qué razón? Es una ciudad hermosa.

-Tal vez, pero me infunde pánico.

Ben-Hur miró a la muchacha con ternura. Recordó que la mañana del fatal accidente con Graco se encontraba al lado de otra mujercita, su hermana Tirzah, y tal pensamiento, le llevó a mostrarse afectuoso.

-¿Por qué dices que Roma te infunde pánico?

-Imagino esa ciudad como una especie de monstruo devorador de hermosos paisajes, que atrae a los hombres para conducirles a la ruina y a la muerte.

-Extraños pensamientos.

-¿Por qué quieres enfrentarte de nuevo con el peligro? -le preguntó Esther repentinamente-. ¿No te basta con las desdichas que ya has vivido? ¿No serías más feliz disfrutando de cuanto posees? '

-¿Qué otra cosa puedo hacer?

-¿Es hermosa tu casa de Roma?

-La casa que habitaba en Roma es una de las más bellas de la ciudad. Ni la mansión del César puede compararse con ella. .

-¿No vivías feliz allí?

-Muerto Arrio, nada me quedaba por hacer en esa ciudad. Más, ¿por qué me haces estas

Librodot

preguntas? '

-No entiendo cómo prefieres vivir en medio de... '

-La sangre y el exterminio, ¿no es eso?

-Sí, eso es.

-En Roma correría los mismos peligros que aquí. Mi sangre es judía y eso nunca lo he negado. Mis enemigos no me dejarían en paz. Además, no puedo vivir un día más sin saber que ha sido de mi familia. El recuerdo de mi madre y mi hermana me persigue sin cesar. Necesito castigar a los culpables de nuestra desgracia. De lo contrario, jamás me perdonaría esta falta de valor.

-¿Qué podría hacer yo para aliviar tu dolor?

Ben-Hur miro a la joven con inmenso afecto.

-Ya lo estás haciendo -le dijo- mitigando mi pena y estando a mi lado. Tu presencia me recuerda a Tirzah.

¿Quien es? -inquirió la, joven con temor.

-Es mi hermana, mi hermana querida.

La nave se disponía a partir en ese momento y juntos contemplaron cómo se alejaba lentamente.

Mientras, Ilderím había encerrado sus caballos en .una posada cercana al circo, poniendo guardias a su cuidado.

Malluch, por su parte, llevó a Ben-Hur el pergamino que contenía las disposiciones de la carrera, tal y como el judío le había pedido.

-Aquí tienes la proclama que me ordenastes -dijo Malluch-. Por ella sabrás que tus caballos han sido admitidos en la carrera, así como el orden del espectáculo. Messala también ha cumplido los requisitos necesarios.

-Me alegra saberlo -respondió Ben-Hur.

-Tu color es el blanco y el de Messala, oro escarlata. Un amigo admitirá las apuestas de tres a uno, o cinco a diez.

-Me parece muy bien. Hay un romano que sólo apostará en moneda romana. Procura verle esta noche y pon a su disposición los sestercios que necesite para que haga apuestas contra Messala. Quiero que el interés de la carrera se centre en nosotros, para que todo el público pueda ver la oposición que existirá entre Messala y yo.

-No será difícil.

-Pues haz lo que te dijo. Si ganamos las apuestas, como espero que ocurra, la suma obtenida no alcanzará para restituir todo lo que Messala me robó, pero al menos habré conseguido doblegar su orgullo y me vengaré de su injusticia, aunque tenga que humillarle ante todo el mundo.

-Necesitaré avales para poder poner en circulación las monedas, pues se trata de grandes sumas.

-Pide a Simónides cuanto necesites.

-Aun me queda algo que decirte. He comprobado las medidas del carro de Messala y has de saber que el eje es un palmo más alto que el que tú usarás.

-¿Un palmo? -exclamó Ben-Hur con alegría.

-¿Por qué te alegras?

-Ya te contaré luego. Ahora deber hacer lo que te digo y buscar un asiento. en la galería, junto al balcón situado delante de las pilastras. ,

-Ve tranquilo, que cumpliré todos tus encargos según tu deseo.

Ben-Hur se despidió de Malluch. En ese momento llegó el jeque Ilderím. Traía en la mano un pergamino que explicaba los detalles relativos a las carreras del circo.

¿Puedes leerme esto? -pidió a Ben-Hur- Está en latín.

El joven obedeció. El pergamino anunciaba que el ganador de las carreras de cuádrigas recibiría la suma de cien mil sestercios y una corona de laurel.

-Es un gran premio -dijo Ilderím-. ¿Qué más dice el pergamino?

Ben-Hur leyó la lista correspondiente a los seis aurigas que tomarían la salida. La lista era la siguiente:

.I. Cuádriga de Lisipo, de Corinto. Corrió el pasado año en Alejandría y Corinto, donde resultó vencedor Cuádriga compuesta por dos tordos, un bayo y un negro. Color: amarillo.

II. Cuádriga de Messala, de Roma. Vencedor en los juegos circenses del circo Máximo del pasado año. Cuádrigá compuesta por dos blancos y dos negros. Color: escarlata y oro.

III. Cuádriga de Cleanto, el ateniense. Vencedor en los juegos ísmicos del año pasado. Cuádriga compuesta por tres tordillos y un bayo. Color: verde.

IV Cuádriga de Diceo, el bizantino. Ganador este año en Bizancio. Cuádriga compuesta por dos negros, un tordo y un bayo. Color: negro.

V Cuádriga de Admeto, de Sidonio. Ganador del premio deCesárea tres años consecutivos. Cuádriga compuesta por cuatro tordos. Color: azul.

VI. Cuadriga de Ilderím, jeque del desierto. Compuesta por cuatro bayos que corren por primera vez. Auriga: Ben-Hur, judío. Color: blanco.

-¿Por qué han escrito "Ben-Hur, judío", en lugar de arrio? -quiso saber Ilderím.

-Debe ser obra de Messala -contestó Ben-Hur-, que pretende humillarme ante el pueblo. Pero no importa, pues de todos modos le ganaré.

Capítulo 13

Apenas había caído la noche en Antioquia cuando grandes multitudes se entregaban al culto de Baco y Apolo.

La gente circulaba por las calles portando cintas en sus vestidos. Estas cintas eran de los colores de las cuadrigas favoritas de cada aficionado, y formaban una suerte de arco iris en la noche. Entre todos-los colores predominaban tres: el verde, el blanco y el oro-escarlata.

En el interior del palacio romano se veía el habitual espectáculo de aquellas noches. Los oficiales y los patricios bebían, jugaban a los dados y cruzaban apuestas sobre las competiciones del circo. Todos pensaban que sería Messala el ganador de la carrera de cuádrigas, y el romano, ajeno a todo, permanecía tendido en un diván, rodeado de sus seguidores, que le agobiaban a

preguntas.

En aquel instante llegaron Drusó y Cecilio, otro patricio romano. Cecilio reía a carcajadas, llamando la atención del aburrido Messala.

-¿De qué ríes? -preguntóle éste.

-Hemos encontrado a un viejo que apostó por Ben-Hur el judío.

-¿Y eso te hace tanta gracia? -dijo Messala. r -¿A qué no sabes cuánto ha apostado? Habla.

-¡Un siclo!

-¿Un siclo? -preguntó uno de los presentes. Todos empezaban a congregarse en torno a Messala y sus amigos,

-Y no sabes lo mejor -continuó Cecilio-. El viejo apostó el siclo contra Druso.

-¿Y qué hizo Druso? -Messala empezaba a interesarse vivamente.

-Guardar sus tablillas y perder un siclo. -¿Dónde está ese hombre? -Aquí mismo.

-¿Aquí? -se sorprendió Messala- ¿Un representante del color blanco aquí? ¿Por qué no le hacéis pasar?

Varios hombres trajeron al desconocido: Se trataba del judío que había acompañado a Ben-Hur desde Chipre. Entró en el salón con gran naturalidad y se dirigió a la mesa central.

-Yo os saludo, nobles romanos -exclamó con solemnidad.

-¿Quién osa hablarnos con tanto desparpajo? - inquirió Druso.

-He nacido en Israel, más vivo en Roma. Mi nombre es Sanbalat y poseo inmensas riquezas.

-¿Y qué quieres? -preguntó Messala con arrogancia.

-He venido para apostar -proclamó .Sanbalat con idéntica arrogancia que el romano-. ¿Qué queréis apostar?

-Tres a uno.

-¿Sólo tres?

-Cuatro, entonces.

-Propongo cinco a uno -dijo el judío.

Los presentes le miraron asombrados. Era una apuesta muy fuerte. Nadie se atrevía a apostar esa cantidad, pero fue Messala quien recogió la oferta.

-Te apuesto cinco a uno -dijo.

-Tú eres un caballero importante -le halagó el judío-, y de los caballeros importantes sólo acepto seis. -En ese caso -respondió Messala con orgullo-, que sean seis.

Sanbalat redactó entonces un escrito para dar testimonio de lo acordado. El escrito decía así:

"Memorándum: Carrera de cuádrigas. Messala de Roma apuesta con Sanbalat, también de Roma, la cantidad de veinte talentos, afirmando que Messala vencerá a Ben-Hur el judío. Ventajas para Sanbalat: seis a uno.

Sanbalat"

Redactado el memorándum, Sanbalat lo leyó en voz alta ante los presentes, quienes enrudecieron al escuchar la cifra de veinte talentos.

-¿Cómo sé que posees veinte talentos? -dijo Messala-. Dame pruebas.

Sánbalt sacó un pergamino y se lo entregó al romano. Messala lo leyó para todos.

"El portador, Sanbalat, de Roma, tiene en mi poder y a su orden, *la* cantidad de cincuenta

talentos en moneda de César. Simónides".

-¡Cincuenta talentos! -exclamaron todos con asombro.

-Sólo el César puede disponer de esa cantidad dijo Druso-. Estás mintiendo.

-¡Este perro judío es un embustero! -se oyó decir.

-Apuesto cinco talentos contra cinco a que el blanco vence -dijo Sanbalar-. Os desafío colectivamente.

-¡Eres un insolente! -gritó Druso-. Deja escrita la apuesta a mañana, si confirmo que dispones de tanto dinero, te doy mi palabra de admitirla.

El judío abandonó el palacio satisfecho. Aquella misma noche la ciudad de Antioquia se hizo eco de las prodigiosas apuestas que se estaban cruzando entre los partidarios de Messala y Ben-Hur, el cual durmió toda la noche como un *leño.*

La ciudad entera era una fiesta. El circo de Antioquia *se* hallaba en la orilla meridional del río y era igual a otros edificios semejantes de la época.

De acuerdo con la costumbre romana, los juegos se hacían en honor al pueblo, como una especie de concesión, por lo que todo el mundo podía asistir a ellos sin problema. Esta era la causa de que, la noche anterior a la celebración del espectáculo, la muchedumbre se agolpara en los alrededores del circo, pues, a pesar de la gran capacidad de éste, eran más los que deseaban entrar que el espacio para albergarles.

A derecha e izquierda de la tribuna del cónsul se empezaba a ocupar la parte que les estaba destinada. Hombres y mujeres dormitaban sobre los bancos.

La clase acomodada tenía sus asientos fijos reservados y llegaba al circo a primeras horas de la mañana. Llamaba la atención la vistosidad de sus atuendos y el esplendor de sus joyas.

A la hora tercia el circo estaba atestado. Un toque de clarines impuso silencio, anunciando el comienzo del espectáculo. Las miradas de los presentes, unas doscientas mil almas, se dirigieron entonces hacia el lado oriental del edificio, donde se encontraba la Puerta Magna. Encima de ella, en lo alto, había una tribuna magníficamente decorada con las insignias y estandartes de la legión. Era la tribuna de honor, en la cual se sentaban el cónsul y su sequito.

A ambos lados de la puerta estaban las cuadras, llamadas cárceles, protegidas por verjas de hierro. Sobre estas cárceles corría una cornisa gradería que se alzaba en anfiteatro. Aquél era el lugar destinado a los dignatarios.

Aquella parte del edificio estaba flanqueada por torres y ocupaba toda la anchura del circo.

A derecha e izquierda de la tribuna del cónsul se encontraban las entradas principales, protegidas por puertas de hierro.

A excepción de las carreras pedestres, todos los juegos se llevaban a cabo en una superficie llana, de gran extensión, cubierta de fina arena blanca y denominada' la palestra.

En esa arena, y no muy lejos del lugar ocupado por la tribuna, se elevaba un pedestal de mármol sobre tres pilares bajos y cónicos, ricamente esculpidos en piedra gris. Dicho pedestal era el lugar que señalaba la primera meta, el principio y, el final de la carrera. Tras el pedestal, había un altar y un pasadizo.

La arena estaba limitada por paredes que formaban un muro liso de unos veinte pies de altura, con una balconada encima coronada por las cárceles. Esta balcón daba la vuelta completa al circo y sólo estaba cortado entres puntos, para permitir la entrada o salida: dos al norte y uno al oeste, llamado Puerta del Triunfo, pues, finalizado el espectáculo, salían por ella los vencedores acompañados de la enfervorizada muchedurrtbre.

Los graderíos se hallaban situados en el extremo opuesto de la tribuna consular, en forma de semicírculos.

Librodot

A un lado del circo, detrás de la balaustrada, estaba la primera fila de asientos, y desde allí se levantaban las demás en forma de anfiteatro. Las galerías del oeste las ocupaba el vulgo.

El sonido de los clarines impuso un silencio general, casi religioso.

Entre cantos y música apareció por la Puerta Magna el coro de la procesión con que empezaban los juegos. El cortejo era abierto por el director y las autoridades cívicas de la ciudad, todos ellos ataviados con largas túnicas y guirnaldas en la cabeza. Después venían los dioses, transportados en andas, a hombros o en majestuosas carrozas. En último lugar aparecían los .campeones, ataviados con sus ropas de trabajo.

Las aclamaciones y'aplausos de la muchedumbre se hicieron oír como una explosión cuando salieron los atletas. No había espectador que no hubiese apostado por alguno de ellos, lo que daba más emoción a los juegos.

Por fin entraron en la arena las carrozas. A la belleza de los caballos con sus arneses se unía la elegancia de los aurigas, vestidos con túnicas cortas sin mangas, de lana fina, con los colores asignados en el programa. Todos iban acompañados de un ayudante *o mirtilo,* a excepción de Ben-Hur, que desconfiaba hasta de su sombra, y todos llevaban yelmo, también a excepción del valiente judío.

Hombres, mujeres y niños aclamaban a sus favoritos y lanzaban puñados de rosas a la arena.'Los espectadores llevaban cintas de colores prendidas al pecho, predominando entre ellas los colores blanco y oro-escarlata. El blanco abundaba sobre todo entre los espectadores de origen campesino, que en su mayoría sirios, judíos y árabe, manifestaban su odio al romano a través del apoyo a Ben-Hur.

Al terminar el desfile, el público volvió a sentarse y reanudó las conversaciones.

-Qué joven tan apuesto -decía una mujer refiriéndose a Messala.

-Y qué espléndidos caballos -asentía un vecino. Mas los comentarios eran para todos los gustos, pues también se podían escuchar frases como ésta:

-Cien siclos por el judío.

-Es una gran apuesta -comentaba otro. -Cierto -respondía el primero-, pero ¿viste alguna vez joven tan sereno y tan frío?

-Y qué caballos lleva.

-Me han dicho que conoce al dedillo todas las estratagemas de los romanos.

-Además -comentó una mujer-, el judío es más guapo que el romano.

-¡Vaya una estupidez! -respondió otro.

Tal vez -contestó la aludida-, pero basta con fijarse en sus brazos para comprender que no le costará ningún esfuerzo ganar.

-Tiene razón -dijo un tercero-. ¡Vaya brazos! ¡Qué musculatura!

-Cien siclos por el hebreo -habló un presente. --Cállate, imbécil -le increpó un hombre sentado una fila por delante del anterior-. ¿No sabes que han apostado cincuenta talentos contra él, a seis por uno, en favor de Messala?

-¿Y quién ha hecho semejante estupidez? -El mismísimo Messala.

Estas disputas se repetían en todos los bancos. El circo entero hervía de animación y algunos llegaban incluso a las manos para defender a sus favoritos.

Cuando al fin concluyó el desfile, Ben-Hur sonrió satisfecho. Había logrado su propósito, pues todo Oriente tenía los ojos fijos en su rivalidad con el romano Messala.

Hacia las tres de la tarde, según el horario de nuestra era, sólo quedaba del programa la carrera de cuádrigas.

El director de los juegos dio la señal que indicaba el inicio de un descanso. Los

espectadores se apresuraron a salir de los pórticos, donde se habían establecido vendedores de todas clases.

En ese momento se produjo un pequeño revuelo entre el público, provocado por la llegada de un espectador de excepción: el rico Simónides.

Cuatro robustos servidores cruzaron la gradería portando en andas el sillón del anciano. Su entrada fue saludad con vítores y aplausos así como la entrada del jeque Ilderím, que marchaba a su lado. Más nadie reconoció al anciano y las dos mujeres que, cubiertas con velos, caminaban junto al sillón de Simónides. Se trataba de Baltasar, Iras y Esther.

Los recien llegados ocuparon sus asientos y se dispusieron a seguir con atención el curso de los acontecimientos. Unos criados del circo comenzaron a tender una cuerda blanca a través de la arena, de balcón a balcón, enfrente de los pilares de la meta de salida. Y otros seis se colocaron ante cada una de las cárceles ocupadas ya por las cuádrigas.

-Mirad -decía la gente-, el verde ocupa el número cuatro de la derecha.

-Messala es el número dos.

-Te equivocas, pues el negro es el uno. El blanco tiene el dos.

-Sí, así es.

Los seis porteros iban vestidos con el color correspondiente al de auriga cuya puerta debían abrir.

En la tribuna de Simónides y sus acompañantes, los ojos también estaban fijos en la arena.

-Parece un Apolo -dijo Iras mirando a Messala.

Esther no respondió. Odiaba al romano con todas sus fuerzas.

-Creo que es el número dos -dijo Ilderím a Simónides, intentando localizar el lugar exacto ocupado por Ben-Hur.

Sanbalat se acercó entonces al grupo.

-Vengo de las cuadras -dijo- y los caballos se encuentran bien.

-Así espero -replicó el jeque-. Si son derrotados, ruego a los dioses que,Messala no sea el vencedor. Sanbalat entregó a Simónides una tablilla. -¿Qué es esto? -preguntó el anciano. -Recordarás la apuesta cruzada anoche con Mesala -dijo Sanbalat-. Me dijo que quedaba pendiente y que me la entregaría firmada antes de la carrera si está conforme. Pues bien, aquí está.

-Ahora recuerdo que su emisario vino a preguntar nie si tenía ese dinero tuyo en mi casa y le contesté que era tu aval. Si, ganas, has de tener mucho cuidado, pues no querrán pagarte. Deberás vigilarles.

-Descuida, que no escaparán.

Terminó el descanso. Los clarines sonaron de nuevo anunciando el inicio de la prueba. Los espectadores regresaron a sus asientos, dispuestos a divertirse con la carrera.

Baltasar miraba interesado a unos hombres que llevaban a cabo una curiosa acción. Trepando al muro divisorio, cerca de la segunda meta, colocaron siete bolas de madera sobre un tablado. Mientras tanto, otro grupo de hombres ponía en otro tablado situado en el extremo opuesto, otras siete piezas de madera que representaban delfines.

No pudiendo reprimir por más tiempo su curiosidad, el egipcio preguntó a Ilderím:

-¿Para qué sirven esas bolas y esos delfines?

¿Nunca has visto una carrera? -Jamás.

-Pues sirven para llevar la cuenta. Al final de cada vuelta echan abajo una bola y un delfín.

-Ahora comprendo -respondió el sabio Baltasar, para quien aquellos acontecimientos resultaban un enigma.

Librodot

Los preparativos ya estaban hechos. A indicaciones del director, un trompeterío dio la señal de empezar.

Capítulo 14

Todas las miradas se concentraron en las seis puertas que cerraban las cárceles de los aurigas La multitud enmudeció.

El toque de clarín fue corto y penetrante. Los porteros abrieron las verjas de hierro y aparecieron los cinco *mirtilos* de los conductores, montados.

A una señal del cónsul, los porteros gritaron a pleno pulmón:

¡Fuera!

Y, como un huracán, salieron las cuádrigas. El circo entero se puso en pie, como electrizado, y los espectadores exhalaron un clamor inmenso.

Los seis contrincantes se hallaban a la vista de casi todos los asistentes, pero la carrera todavía no había empezado. Antes tenían que tocar la cuerda tendida para poder nivelar el tiempo de salida. Era preciso asegurarse la ventaja de correr junto al muro, por la parte interior de la pista.

Baltasar no perdía detalle.

¿Ganará el más fuerte? -preguntó al jeque.

-No necesariamente. Más vale destreza que fuerza. No suele ganar el más ligero, sino el más cuerdo. -Sabias palabras.

La pista tenía una longitud de noventa metros. Parecía inevitable una colisión si las seis cuádrigas se dirigían al mismo punto, por lo que era preciso gozar de vista rápida, mano firme y juicio pronto.

El trompetero dio otra señal. Los jueces aflojaron la cuerda en el preciso momento en que uno de los caballos de Messala la pisaba primero.

El romano, yendo por delante, agitó su látigo, aflojó las riendas y tomó el puesto contiguo al muro. Era el triunfador de la preselección.

La carroza del romano finalizaba en su eje en una cabeza de león en bronce que alcanzó un remo delantero de uno de los caballos del ateniense. Los animales tropezaron, perdiendo la ventaja que llevaban.

Tras haberse adelantado Messala, el corintio era el único que le disputaba al ateniense el derecho a pasar primero. La rueda del bizantino chocó con la pieza posterior del carro, la destrozó y magulló los pies del ateniense. Algo crujió, resonó un alarido de rabia y dolor y el desdichado Cleante cayó bajo las patas de sus corceles.

Esther se tapó los ojos ante aquel desagradable espectáculo. El corintio, el bizantino y el sidonio pasaron por encima de Cleante.

Sanbalat, que no perdía la oportunidad de apostar, se dirigió al lugar ocupado por Druso y le dijo: -Cien sestercios por el judío: -Acepto -exclamó Druso.

En la arena, mientras tanto, los servidores se apresuraron a retirar la carroza de Cléante. El cuerpo sin sentido del ateniense fue sacado entre varios, ante los gritos de dolor de los espectadors griegos.

Ben-Hur había logrado situarse con su cuádriga junto al romano, seguidos ambos de cerca

Librodot

por el sidonio, el corintio y el bizantino. El judío lanzó una mirada a Messala y vio que estaba impasible. Fiel a sus propósitos, resolvió ganarle a toda costa. Deseaba humillarle, vengarse de su traición. Premio, apuestas, honores no tenían valor para el. Daría su vida si era preciso por llegar el primero a la meta.

Le había otorgado una ligera ventaja en la salida, pues sabía que los jueces, compinchados con el romano, le favorecían. Pero esto no le preocupaba en absoluto. Tenía su mente fija en formar un ángulo calculado de antemano para perder el menor espacio posible y ganar ventaja. La confusión inicial sería aprovechada por el judío para colocarse junto-a Messala.

Los dos aurigas corrieron juntos, con un pequeño espacio entre ambas carrozas, aproximándose a la segunda meta.

El pedestal de las tres pilastras estaba considerado un lugar privilegiado para revelar la experiencia de un conductor. Se hizo el silencio entre la multitud. Podía oírse el rodar de las carrozas sobre la arena del circo.

Messala, que hasta ese momnto había conducido con la vista al frente, miró a Ben-Hur con un odio inmenso, El romano restalló su látigo contra los caballos del judío y exclamó:

¡Muerte al traidor!

La multitud se puso en pie. Todos estaban asombrados por la acción indigna de Messala, que representaba una infamia jamás presenciada en aquel circo. La respuesta de los espectadores no se hizo esperar. Por todas partes se escucharon gritos estridentes contra el romano.

Los cuatro corceles árabes saltaron asustados. Nadie hasta entonces les había golpeado con un látigo. Tratados con cariño por su amo, cuidados hasta extremos inauditos, los animales recibieron el golpe de modo imprevisto. Se precipitaron en un solo impulso, arrastrando consigo la cuadriga como si fuese una pluma. Pero Ben-Hur no estaba dispuesto a dejarse vencer. Sus brazos, fuertes como el hierro, pues no en vano habían sido adiestrados en el manejo de los remos, primero, y de las armas, después, sujetaron con tesón las riendas de los corceles. No perdió el puesto, dio rienda libre a los animales e intentó calmarlos con voz suave, tratando de guiarlos en la peligrosa vuelta.

Al acercarse a la meta de partida, Ben-Hur, dueño ya de la' situación, recuperó la posición junto a Messala, ganándose la simpatía y la admiración de los espectadores, a excepción lógica de los romanos, quienes, avergonzados por el gesto de su favorito, no se atrevían a abrir la boca.

Esther contempló a Ben-Hur cuando los caballos dieron la vuelta a la meta. El rostro del joven reflejaba serenidad, placidez. Su atención estaba concentrada en la carrera.

Los servidores bajaron una de las bolas y uno de los delfines, indicando el final de la primera vuelta. Lo mismo hicieron en la segunda y en la tercera.

En la cuarta vuelta, Messala conservaba el lado interior y Ben-Hur se mantenía a su lado el resto de los competidores guardaban el, mismo orden.

La velocidad aumentaba de modo gradual. En la sexta vuelta, los caballos apenas rozaban la arena con sus pezuñas. Hombres y caballos sabían que era preciso desplegar el máximo esfuerzo en la etapa final. .

La simpatía general estaba de parte del judío, si bien los seguidores del romano no eran pocos. Los espectadores se inclinaban afanosos hacia delante.

Sanbalat seguía empeñado en cursar apuestas.

-Cien sestercios por el judío -gritaba.

Algunos espectadores no le hacían caso, pendientes exclusivamente de la arena, pero un patricio le dijo:

-Acepto la apuesta.

-No hagas locuras -le aconsejó un compañero.

-¿Por qué? ¿No confías en Messala?

-Ha llegado al límite de la velocidad. Fíjate cómo afloja las riendas. En cambio el judío...

Los caballos de Messala daban muestras de agotamiento. Agachaban la cabeza y las ventanillas de sus narices, abiertas al máximo, dejaban ver las membranas inyectadas de sangre, al tiempo que sus ojos rodaban en sus cuencas. Y sólo estaban al principio de la sexta vuelta.

Pero, al acercarse a la segunda meta, el carro de Ben-Hur quedó rezagado por detrás del de Messala. La alegría del romano y sus amigos era indescriptible. Sanbalat iba de un lado a otro aceptando apuestas, pues todos pensaban que el romano ganaría.

Simónides y sus amigos mantenían la calma.

Al finalizar la sexta vuelta, Messala seguía en primera posición con Ben-Hur pegado a *la* trasera de su carro. Así llegaron a la meta de salida y dieron la vuelta. Las huellas de ambas carrozas se confundían en la arena y el duelo era increíble.

-Juraría que Ben-Hur prepara un golpe decisivo - dijo Simónides.

-Puede hacer lo que le venga en gana -replicó Ilderím-, pues los caballos están frescos como al empezar la carrera. Son briosos mis corceles.

Tan sólo quedaba una vuelta. De todas las tribunas surgió una especie de rugido cuando el sidonio fustigó furiosamente a sus caballos, los cuales, locos de miedo y *de* dolor, avanzaron desesperadamente, mas no lograron alcanzar la posición de cabeza. Idéntica suerte corrieron las carrozas del bizantino y el corintio. En realidad, *ya* habían perdido la carrera.

El público aclamaba mayoritariamente al judío y le daba ánimos para ganar.

-¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur!

-¡Dales rienda a los corceles! -¡Vamos, judío! ¡Azótales! -¡Fuera Messala!

Al dar la vuelta, Messala tiró de sus caballos hacia la izquierda, obligando a Ben-Hur *a* aflojar la marcha. Se sentía seguro del triunfo y feliz *por* el dinero que iba a ganar y por las felicitaciones que recibiría del cónsul y los patricios.

Sólo faltaban seiscientos pasos para alcanzar la fama y la venganza.

Ben-Hur tomó entonces una decisión. *Se* inclinó hacia sus cuatro corceles y soltó la rienda. Su mano agitó la larga fusta, que se extendió como una amenaza sobre las cabezas de los animales, sin llegar a tocarlos, y los caballos saltaron tras la carroza romana como uno solo.

El rostro del judío aparecía lleno de sudor. Su semblante enrojecido y sus ojos llameantes indicaban su voluntad irresistible de ganar.

Ya cerca de la meta, Messala presintió que el peligro se acercaba. Para adelantarle, Ben-Hur se inclino a la izquierda y la estrategia requería que aquel movimiento fuese lo más estricto posible para no quedar rezagado. Al tiempo, el judío alentaba a los caballos intentando ganar su complicidad.

¡Vamos, *Aldebaran!* ¡Corre, *Antarés!* ¡Animo, *Rigel!* ¡No te pares, *Antarés!* ¡Animo, caballitos! ¡Hemos de vencer!

La cuadriga de Ben-Hur giró rozando casi la rueda exterior de la de Messala, mientras la rueda interna del carro del judío tocaba casi la parte posterior de la carroza romana.

De repente se produjo un gran estallido. Con enorme rapidez volaron sobre la pista cien astillas brillantes, blancas y doradas, y el carro del romano se inclinó sobre el costado derecho. Arrastrado por el frenesí de la carrera, el carro saltó una y otra vez y al fin cayó destrozado. Messala, trabado por la cintura, cayó de cabeza hacia delante.

El carro del sidonio, tercero en la línea, no pudo detenerse de improvisto y sus ruedas pasaron a toda velocidad sobre los restos de la carroza de Messala y sobre su propio cuerpó.

Librodot

El romano quedó inmóvil, como muerto, mientras

Ben-Hur seguía su camino triunfal. Con sus palabras y sus gestos animaba a los caballos árabes, que avanzaban invencibles en su furor.

Más que caballos parecían leones saltando sobre su presa. Cuando el bizantino y el corintio se hallaban a mitad de la pista, Ben-Hur coronaba la meta de partida.

¡Había ganado la carrera!

-¡Qué esplendor! -gritaban unos.

-¡Nunca se .vio nada igual!-coreaban otros.

-¡Esos caballos no han corrido, sino que parecían volar!

Y apenas se les nota el esfuerzos ¡Mira sus lomos! -¡Viva el judío!

-¡Viva Ben-Hur!

El cónsul se puso de pie. El populacho gritó hasta enronquecer. El director de los juegos, a una orden del cónsul romano, se acercó a la arena para coronar al ganador.

De todas las gargantas surgió un solo nombre:

¡Ben-Hur!

El afortunado vencedor miró entonces en dirección a sus amigos. Simónides y el jeque le saludaban con la mano, en tanto que Esther le miraba sonriente e Iras le saludaba con un abanico de plumas.

En medio de, las aclamaciones de la multitud, el cortejo triunfal atravesó la Puerta del Triunfo.

La fiesta había terminado.

Capítulo 15

Al llegar la medianoche, Ben-Hur paseaba a orillas del río junto al jeque Ilderím. Este, feliz por el triunfo alcanzado por su amigo, deseaba hacerle regios presentes, pero el judío se sentía satisfecho por haberse vengado del romano.

-Te debo mucho -insistía Ilderím-. Has aumentado mi gloria. Las lanzas del desierto vendrán a mí y mis hombres se multiplicarán. No sabes lo que significa poseer el imperio del desierto. Obtendré tributos del comercio y la impunidad de los reyes. Lo tendré todo. ¿Cómo es que tú nada quieres? ¡Por las barbas de Salomón! ¡No he conocido a nadie tan testarudo como ' tú!

-¿No tengo ya tu mano y tu corazón? -replicaba el judío-. Tus riquezas servirán al Rey que ha de venir. No olvides tu promesa.

Llegaron entonces dos mensajeros Malluch y un desconocido.

-Mi amo Simónides me envía a comunicaros que en la reunión de los jugadores en palacio, varios deja facción romana protestaron contra el pago de las apuestas -fueron las palabras de Malluch.

-¡Por las barbas de Salomón! exclamó Ilderímla carrera fue ganada en buena lid.

-¿Qué opina el director de la carrera? -preguntó Ben-Hur.

-Cuando algunos protestan por que las ruedas de tu carro chocaron contra las del de Messala, el director les recuerda el latigazo que el romano dio a tus caballos. Su opinión es que se

Librodot

pague el dinero de las apuestas al ganador.

-¿Cómo está el ateniense? -quiso saber el judío. Falleció. .

-¿Y Messala?

-El romano parece tener más vida que un gato, pero

.los médicos opinan que jamás podrá volver a caminar. -¿Qué más noticias tienes? -preguntó el jeque a

Malluch.

-Sanbalat tiene dificultades para cobrar las apuestas. Druso y sus amigos han puesto el caso en conocimiento del cónsul, y Magencio ha remitido el asunto al César. Messala tampoco quiere pagar.

-¿Qué dice Simónides?

-El amo está feliz. Dice: "Si el romano paga, se arruina, y si se niega al pago está deshonrado. César decidirá. En plena campaña contra los Partos, es mala cosa afrentar a Oriente. Si disgustan al jeque Ilderím, se atraerán la enemistad del desierto, y el, cónsul Magencio necesita el desierto como base de operaciones". Simónides cree que Messala y sus amigos pagarán.

El jeque se mostró muy contento por estas noticias.

Malluch se retiró y el árabe ordenó que se acercara el mensajero desconocido.

-Yo te saludo, gran jeque -dijo el joven mensajero-. Iras, hija de Baltasar, me ordena que felicite a Ilderím por el triunfo de sus caballos.

-Es muy amable -respondió el jeque-. Dale este anillo en prueba de mi gratitud -Ilderím entregó al joven un valioso anillo que sacó de su dedo.

-Mi ama también me ha encargado que os diga que Baltasar se ha ido a residir un tiempo en el palacio de Idemeo, donde Iras, mi señora, tendrá mucho gusto en recibir a Ben-Hur.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó el jeque al judío. -Con tu permiso, visitaré a la egipcia. Ilderím rió –y dijo al mensajero: -Di a tu ama que Ben-Hur estará encantado de visitarla.

El mensajero partió y el jeque se dispuso a hacerlo mismo, pues habían convenido que Ben-Hur y él marcharían al desierto. La cita imprevista les obligaba a cambiar los planes, más acordaron que el joven, provisto de un corcel y un guía, se reuniría con el jeque tras visitar a Iras.

A la mañana siguiente, Ben-Hur partió en dirección al lugar de la cita. Al llegar al palacio de Iderneo se encontró en un vestíbulo de escalinatas laterales, flanqueado por leones alados, que le condujeron a un pórtico. Todo recordaba al arte egipcio.

En el interior del palacio tropezó con un pasadizo que le condujo hasta una puerta cerrada. Al abrirse la puerta a, el espectáculo que apareció ante sus ojos le dejó mudo de asombro.

Estaba contemplando el atrio de un palacio romano. Ben-Hur vagó por la estancia, aguardando la llegada de Iras, pero no se veía a nadie por ninguna parte. El joven se sentó a esperar, intentando calcular si se había equivocado. Pero no, el mensajero le había dicho que Iras le aguardaba en el palacio de Iderneo, y aquél era el palacio de Iderneo.

Observó las puertas a derecha e izquierda e intentó abrirlas, más todas estaban cerradas. Se sentía prisionero, pero consideraba que tal pensamiento era un absurdo.

-`Las mujeres tienen una forma muy singular de hacerse desear" -pensó con malicia.

Transcurrió media hora y nadie dio señales, de vida. Al cabo, una puerta se abrió y dos desconocidos penetraron en la estancia.

Uno era fuerte y robusto, y los dos tenían una elevada estatura. Ataviados con túnicas cortas, no parecían ni amos ni, esclavos.

Ben-Hur se fijó especialmente en uno de ellos, el más robusto, y roconoció al sajón que el día de los juegos había ganado la prueba de pugilismo. Un escalofrío de terror recorrió su

espalda. Comprendió que eran sicarios dispuestos a asesinarle y miró. 'a derecha e izquierda intentando encontrar ayuda, más no había nadie.

Desabrochó el fajín de su cintura, se quitó el gorro y se despojó de todos sus distintivos judíos, quedando vestido igual que sus enemigos, con una túnica corta.

Los dos bárbaros avanzaron hacia él. Viendo llegada su hora, Ben-Hur decidió jugar una última carta. No había tiempo que perder.

-Tú eres Thord, el normando -dijo al hombre más robusto.

-¿De qué me conoces?

-Fuí discípulo tuyo en Roma. -¿Discípulo mío? ¿Un judío? ¡Imposible! -Te lo demostraré.

-¿Cómo?

-Habéis venido a matarme.

Los dos hombres sonrieron.

-Deja que tu compañero combata conmigo -dijo Ben-Hur- y te demostraré que aprendí contigo.

Los normandos intercambiaron unas palabras y al fin decidieron aceptar el reto del judío.

-Aguardad a que dé la señal para empezar -dijo Thord.

Los dos adversarios se dispusieron frente a frente y empezaron la orden de inicio.

-¡Ahora!

Plantados en la postura académica del gladiador frente a su rival, ambos sabían de antemano que el combate sería mortal.

El judío amagó por la derecha un golpe contra el extranjero, pero éste, elevando el brazo izquierdo, lo paró en seco. Más, antes de que pudiera retornarlo a su posición inicial, Ben-Hur le asió por la muñeca con profunda sorpresa de su adversario. El judío se lanzó hacia delante, imprimiendo a su contrincante toda la fuerza de que era capaz su fuerte brazo de remero, y llegó a impulsar su antebrazo contra la garganta y el hombro derecho de su adversario. Este se *vio* obligado a dar media vuelta y el j*udío* le golpeó en la nuca, detrás de la oreja. El normando no necesitó un segundo golpe. Cayó pesadamente, sin exhalar un grito, con la inmovilidad de un cadáver.

¡Diantre! -exclamó Thord-. ¡Ni yo lo hubiese hecho mejor!

El gigante contempló al judío de pies a cabeza y le dijo:

-He enseñado esa treta durante diez años en las escuelas de Roma. Tú no eres judío. ¿Quién eres?

¿Conocías a Quinto Arrio del duunviro?

-Era mi patrono.

-Tenía un hijo...

La memoria de Tord pareció refrescarse. Miró al joven, con detenimiento y exclamó:

¡Claro! ¡Eres tú! ¿Quien si no podría haber ejecutado ese golpe? El mismo César quiso patrocinarte, pero te negaste. ¡Por los dioses! Pensar que él me dijo que encontraría aquí a un judío...

-¿Quién te lo dijo?

-Messala.

¿Cuándo te lo digo?

-Anoche, mientras los médicos intentaban sin éxito salvar sus piernas.

¿Cómo no se le había ocurrido pensar que el romano intentaría vengarse a la desesperada? Sanbalat le había arrebatado su fortuna y Ben-Hur había manchado su honor, humillándole ante todos. ¿Qué otra cosa podía esperarse de él?

Librodot

Por la cabeza del judío cruzó la tentación de responder a Messala con sus mismas armas. No le costaría mucho matarle. Vivo, siempre sería un enemigo para él. Más forjó un plan mucho mejor.

-Dime, Thord: ¿cuánto te dio Messala por matarme?

-Mil sestercios.

-Si haces lo que voy a decirte, podrás cobrar la suma prometida por Messala y además te daré mil sestercios más.

-En los juegos gané cinco mil. Con los mil del romano tendré seis mil. Si me das cuatro mil sestercios, haré lo que me mandes. Mataré a Messala y nadie podrá...

-Entiendo. Diez mil sestercios son una fortuna. Podrás volver a Roma e instalar un figón cerca del circo Máximo. Serás tu propio amo.

El normando sonrió satisfecho.

-De acuerdo -aceptó Ben-Hur-, te daré los cuatro mil sestercios y además no tendrás que matar a nadie.

-¿Qué he de hacer, pues?

-Pondremos mis ropas a tu compañero muerto y yo vestiré las suyas. Nos parecemos bastante, así que no habrá problemas. Los espías de Messala verán salir de aquí a dos hombres y comprobarán que un tercero, vestido con ropas judías, yace muerto en el suelo; Te presentarás al romano y le dirás que he muerto.

-Por cuatro mil sestercios soy capaz de cualquier cosa. Haré lo que me dices y Messala no sospechará nada. Miento bastante bien. Vete tranquilo, pues yo me encargaré de cumplir tus planes.

-Confió en ti. Ahora, salgamos juntos.

Los dos hombres abandonaron el palacio tras realizar el cambio de indumentaria. Acordaron que esa misina noche un mensajero iría a la morada de Thord con los cuatro mil sestercios.

Ben-Hur se dirigió a casa de Simónides y le contó lo ocurrido en el palacio de Iderneo. Convinieron en elaborar un plan. Pasados unos días, Simónides declararía 'antela autoridad competente para que se buscase al hijo de Arria

-*Si es* preciso -afirmó el judío Ben-Hur, irás a presencia del cónsul Magencio y le explicarás que he desaparecido.

-Bien pensado -dijo el anciano-. Messala y Graco-pensarán que se han librado al fin de ti y te dejarán en paz. No se persigue a *un* muerto.

-De ese modo tendré libertad para ir a Jerusalén. -¿Vas a buscar a tu madre y a tu hermana? -le preguntó Esther.

-Así es -respondió *el* joven-. Nunca lo he dudado. -Adiós, querido muchacho -se despidió Simónides-. Espero que volvamos a vernos, aunque yo ya soy viejo.

-Volveremos a vernos, no lo dudes.

-La paz del Señor sea contigo.

-Y contigo, Simónides.

El anciano y el joven se despidieron. Esther alcanzó a Ben-Huyen la escalinata del palacio. Estaba triste y parecía a punto de estallar, en llanto.

¿Por qué estás melancólica? -le preguntó Ben-Hur.

-No sé cuando nos veremos de nuevo.

-Si encuentro a mi madre, vendrás con ella a Jerusalén y serás la hermana de Tirzah.

Esther sonrió, alentada por estas palabras, y se despidió del joven.

A la puerta de la casa de Simónides, un guía esperaba a Ben-Hur con dos hermosos caballos árabes. El joven miró con alegría al suyo, pues se trataba de *Aldebarán. El* jeque se lo había regalado, pese a ser uno de sus corceles favoritos.

El cadáver hallado en el palacio de Iderneo fue enterrado de noche, y Messala envió a Graco un mensaje anunciándole la muerte de Ben-Hur.

El plan había salido según lo previsto.

SEXTA PARTE

Capítulo 16

Un mes después de los acontecimientos que se acaban de relatar, Valerio Graco fue sustituido por Poncio Pilato. El autor de este cambio fue Simónides, quien, deseoso de ayudar a Ben-Hur en sus pesquisas en Jerusalén, pagó a Sayano cinco talentos en moneda romana.

Messala iniciaba una carrera de descrédito y sus seguidores eran mal vistos por Roma.

La Jerusalén de Pilato estaba en plena efervescencia. La cohorte romana había colocado las insignias militares en las murallas de la ciudad, despertando las protestas de una muchedumbre que partió para Cesárea dispuesta a pedir a Pilato que retirase los símbolos del poder romano.

Durante cinco días y cinco noches sitiaron las puertas del palacio sin conseguir que el gobernador les recibiera. Por fin, el nuevo gobernador consintió en llevar las insignias a Cesárea. Valerio Graco había procurado no exponerlas a la vista del pueblo judío durante los once años de su gobierno.

Pilato intentó ganarse el apoyo de la población y ordenó una inspección en las prisiones de Judea. Como resultado de estas medidas, algunos presos fueron liberados.

Una de las cárceles estaba situada en la Torre Antonia, fortaleza del monte Moria que en tiempos de Graco fue utilizada para encerrar a los acusados de sedición, dada j su elevada seguridad.

También en la Torre Antonia se recibió la orden de Pilato. El alcalde de la Torre dispuso un informe para el tribuno y se lo entregó en su palacio del monte Sión.

-Adelante, Gesio -ordenó Pilato--. Dime cuál es, el resultado de tu informe.

-Temor siento ante lo que he de comunicarte exclamó el alcalde.

-Habla sin miedo, Gesio.

-Hace ocho años que Valerio Graco me nombró carcelero. La víspera de aquel día ocurrió un suceso notable. La gente se amotinó contra la autoridad de Roma y - algunos llegaron incluso a, atentar contra la vida de Graco, arrojándole una piedra desde una azotea.

¡Valiente atentado! -se burló el tribuno.

-Graco me entregó los planos de los calabozos para que los guardara y me dijo que hablara sólo con él. También me comunicó que en el calabozo número V del piso bajo estaban encerrados tres sujetos muy peligrosos. Me dijo: "La puerta de este calabozo no debe abrirse jamás. Si 'uno de los presos muere, la celda será su tumba".

-¿Cuál es el problema? -preguntó Pilato.

Librodot

-En el plano figuran cinco calabozos en el piso bajo, pero, en realidad hay seis.

-Bien, entonces levantaremos otro plano. -Hay algo más.

-¿Qué es?

-Graco me dijo que había tres prisioneros en el número V, tres sujetos encarcelados por razones de Estado. Pero eso tampoco es cierto.

-Mira bien lo que dices -le advirtió el tribuno-. Acusas a Graco de mentiroso.

-Escucha y juzgarás. Tal y como se me ordenó, ayer registré los calabozos. Durante ocho años he estado pasando alimentos por la ventanilla del número V, en cantidad suficiente para tres personas. Mas ayer, al acercarme a la puerta, penetré en la celda y encontré a un solo - hombre, ciego, sin lengua y desnudo. Sus cabellos le caían por la espalda, sucios y largos, y las uñas de sus dedos parecían las de un ave de rapiña. Busqué los huesos de sus compañeros muertos, pero no encontré nada. La celda estaba limpia.

-Lo que significa que no había tres prisioneros, sino uno. ¿Qué importancia tiene eso? -se acaloró el tribuno.

Ordené que bañasen al preso, le cortasen las uñas y el pelo y le vistiesen tras lo cual le dejé en libertad. Pero el infeliz ha regresado esta mañana y me ha conducido de nuevo al calabozo, mostrándome un agujero semejante a aquél por donde le hemos dado el alimento todos estos años. El prisionero emitió un aullido, y al otro lado se escuchó una voz de mujer que nos respondía: "¡Alabado sea el Señor!". Le he preguntado quién era y me ha dicho que era una mujer de Israel con su hija. He venido a decírtelo por si podíamos socorrerlas.

-Has hecho bien -reconoció Pilato-. No todos los romanos son tan malvados como Graco. Iremos ahora mismo a ver a esas mujeres.

-Tendremos que abrir un agujero en la pared.

El tribuno ordenó a un escriba que llamase a los hombres necesarios y acompañó a Gesio hasta la cárcel.

Cuando penetraron en la celda número V, vieron que se trataba de una espaciosa habitación. Los obreros iniciaron su trabajo y al poco tiempo abrieron un boquete en la roca.

Pilato y sus acompañantes penetraron en la celda. A sus ojos aparecieron dos mujeres que, temblando, se refugiaron en uno de los rincones de la estancia.

-No os acerquéis -gritó una de ellas-. Somos impuras.

Todos temblaron al oír aquella palabra. En aquellos tiempos, ser impura significaba haber contraído la enfermedad de la lepra. La madre y la hermana de Ben-Hur se habían convertido en leprosas. Y ser leproso equivalía entonces a quedar excluido de la sociedad, ir cubierto de andrajos, con la boca tapada, y tener que advertir constantemente de la enfermedad.

Los leprosos vivían en el desierto o en tumbas abandonadas. Pero Pilato no retrocedió. Se mantuvo firme y preguntó a las mujeres:

¿Quienes sois? ¿Por qué estáis aquí?

-Soy la viuda de un príncipe de Jerusalén, llamado Hur, amigo de los romanos, y ésta es mi hija Tirzah. Valerio Graco nos mandó encerrar y...

Pero las lágrimas impidieron a la mujer seguir hablando.

-*Está bien -dijo Pilato-.* Se *hará justicia.* Te enviaré todo lo que necesites y esta noche quedaréis libres.

¡Libres! ¡Al fin libres! Más, ¿dónde podían ir en aquel estado? El tribuno y su séquito salieron de la celda y poco después varios criados llevaron a las dos mujeres todo lo necesario para asearse. A la mitad de la primera vigilia *se* las dejó en libertad.

Estaban solas y desamparadas. *La* única persona en el mundo que habría podido ayudarlas;

Ben-Hur, *se* hallaba entonces en Jerusalén, pero ignoraba lo ocurrido en la Torre Antonia.

Ben-Hur había llegado aquel mismo día a la ciudad de sus antepasados. Paseó ensimismado por las calles de su niñez y su pensamiento voló hacia su hogar. Había decidido regresar el mismo día en que se enteró de la sustitución de Graco por Poncio Pilato. Ilderínm le facilitó lo necesario y el joven se dispuso a buscar a su familia. Dejó a tres árabes con los caballos en Jericó y entró en Jerusalén. El fiel Malluch se reuniría con él más tarde.

Pensaba realizar sus pesquisas en *la* Torre Antonia, pues allí se encarcelaba a los presos acusados de sedicción, pero se decidió por visitar antes *a* su nodriza Amrah. Conocía su paradero *por* Simónides.

Ben-Hur llegó al fin a casa de sus padres y leyó en la puerta septentrional un pergamino con la inscripción: "Esta casa es, propiedad del Emperador", lo que daba a entender que nadie había cruzado aquella puerta desde el fatídico día.

Examinó puertas y ventanas sin divisar el menor signo de vida. No parecía que Amrah estuviera allí. Se dirigió luego á la fachada sur y tampoco encontró a nadie. Agotado y presa de la desesperación, se recostó en la escalinata y se quedó dormido.

Instantes después, dos mujeres se acercaron a la puer*ta* septentrional y leyeron la inscripción.

-Esta es nuestra casa, Tirzah -dijo *su* madre.

Las dos mujeres se echaron a llorar. Debían abandonar la ciudad, pues sabían que al amanecer las expulsarían de allí. La madre miró de nuevo la inscripción y estalló en sollozos desesperados. De pronto había empezado *a* comprender.

-¿Qué te ocurre, madre? -Esta inscripción...

-¿Qué?

-Sólo puede significar una cosa...

-¡Habla, madre, por Dios!

-Que tu pobre hermano ha muerto. -Nosotras también moriremos -gimió Tirzah. -No digas eso, hija mía. Debemos ser fuertes. Iremos por los caminos y pediremos limosna. El Señor nos ayudará.

Las dos mujeres dieron la vuelta a la casa, como despidiéndose de ella por última vez. Al llegar a la puerta sur, divisaron la figura de un hombre en la escalinata.

-No debe vernos -dijo la madre o alertará a los vecinos.

-Parece dormido -exclamó Tirzah. -Quédate aquí. Iré a ver quién -es. -Ten cuidado, madre.

Al aproximarse al desconocido, la mujer contuvo un grito de terror y corrió de nuevo hasta donde estaba su hija.

-¡Es tu hermano! -gritó- ¡Está vivo! -¡Mi hermano! ¡Mi querido Judá!

-Ven. Le miraremos juntas, pero después nos iremos de aquí.

Al acercarse al joven, Tirzah quiso abrazarle, pero su madre se lo impidió. Judá dormía como un niño, aje

.no a cuanto pasaba. De sus labios escaparon unas palabras: -Madre, hermana. ¿Dónde estáis?

-No nos ha olvidado -dijo la madre-. Mi querido hijo aún nos recuerda.

La mujer reprimió los deseos de besarle. Contempló a Judá por última vez y arrastró a su hija lejos de allí.

Al cabo de unos minutos apareció otra mujer, quien se detuvo al ver al joven, le contempló en silencio y después le besó la mano. Judá se despertó en el acto.

-¿Amrah? ¿Eres tú?

La esclava cayó a los pies de Ben-Hur.

-¿Dónde están mi madre y mi hermana?

La mujer se limitó a llorar con más fuerza. Desde la oscuridad, Tirzah quiso correr junto a su hermano, pero su madre la contuvo.

-Recuerda que somos impuras.

Ben-Hur y Amrah penetraron en la vivienda mientras Tirzah y su madre se alejaban de allí.

A la mañana siguiente; la gente de la ciudad arrojó a ambas mujeres a pedradas.

Dos días después del encuentro entre Amrah y Ben-Hur, la buena esclava se dirigió al pozo de El-Rogel, lugar donde solían detenerse los viajeros que acudían a Tierra Santa.

Había un hombre encargado de sacar agua del pozo coli una cuerda amarrada a un cubo. El hombre preguntó a Amrah si necesitaba sus servicios, más la mujer respondió que no.

Las pesquisas de Amrah la habían llevado hasta allí. Tenía por costumbre acudir todas las noches al mercado, para comprar carne y legumbres, por lo que la noche anterior había escuchado la historia de la liberación de dos infelices mujeres de la celda de seguridad de la Torre Antonia. También se enteró de su estado gracias a los cotilleos de las vecinas.

Amrah regresó desolada -a su casa. Había convenido con Ben-Hur que el joven sólo se acercaría a la mansión de sus antepasados por la noche, con objeto de no ser descubierto. La esclava pensó en un principio que su joven amo se llevaría una gran alegría al recibir noticias de su madre y de su hermana, pero no se atrevía a decirle que se habían convertido en leprosas. Temía que, en su impulso, Ben-Hur se lanzara a buscarlas sin preocuparse por la posibilidad de contagio con- otros enfermos.

La pobre mujer no sabía qué hacer.

Al fin se decidió a ir al pozo de El-Rogel, donde los leprosos solían acudir en busca de agua, pues era muy probable que sus amas también fueran allí. Antes de amanecer, cuando el joven ya se había marchado, Amrah salió de la casa en dirección al pozo. Llevaba un cántaro y una cesta con comida.

De pronto empezaron a llegar hombres, mujeres y niños con cántaros. Todos eran leprosos y caminaban apoyados en bastones y cayados, principalmente los más ancianos.

Amrah permanecía quieta y al acecho, intentando reconocer a Tirzah y a su madre entre aquel cortejo de espectros. Mas los leprosos se mantenían a distancia, para evitar el contacto con la gente que acudía al pozo, por lo que a la esclava le resultaba muy difícil distinguir sus rostros.

Entonces ocurrió algo inesperado. De la boca de entrada de una tumba salieron dos mujeres. No parecían conocer las costumbres del lugar, pues intentaron acercarse al pozo ante el asombro y el odio de los presentes.

-¡Impuras! -les gritaban- ¡Fuera de aquí!

Amrah sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Tomó el cántaro y la cesta y caminó hacia las dos leprosas. La gente la miró extrañada.

-Esa mujer está loca -decían ¡Acercarse a dos leprosas!

Amrah hizo caso omiso de los comentarios. Se detuvo a cinco pasos de las mujeres, pero pensó que se había equivocado, pues las juzgó muy viejas. Cuando se disponía a marcharse, una voz la detuvo:

-¡Amrah!

-¿Quién me llama?

-Soy tu ama, Amrah.

La esclava estalló en lágrimas y gimió:

-¡Bendito sea el Señor que me ha permitido encontraros!

Intentó abrazar a las dos mujeres, pero se lo impidieron.

-¡Detente! -exclamó Tirzah.

-No te acerques a nosotras -dijo la madre-. Somos impuras.

-Os he traído, algo de comida. -Qué buena eres, Amrah.

La esclava dejó en el suelo el cantaro y la cesta, que contenía pan y carne.

-Ahora vete -dijo la madre-. Nos llevaremos la comida a la tumba y luego nos acercaremos a llenar el cántaro, junto con los demás leprosos. No debes permanecer aquí, pues la gente no te lo perdonará.

-¿Puedo hacer algo por vosotras?

-Sabemos que Judá ha vuelto, pues le vimos hace dos noches en la escalinata de nuestra casa. Deseo que no le digas dónde estamos ni que nos has visto.

-¡Pero si ha venido desde muy lejos sólo para buscaros! -protestó la esclava.

-No le digas nada -insistió la madre-. Tú puedes volver, cada mañana y cada noche, a traernos comida, pero no quiero que mi hijo sepa nada.

-Sufriré al verle buscaros sin descanso.

-Más sufriría si nos viera en este estado. Y ahora vete.

Amrah obedeció. Regresó cada mañana y cada noche, como habían señalado. Allí estarían mejor que en la celda, aguardando una muerte serena a plena luz del sol.

El tiempo transcurrió lentamente. El-quinto día del mes séptimo, por la mañana, Ben-Hur se levantó triste y cabizbajo.

Malluch, que había llegado para acompañar al joven en sus pesquisas, se dirigió a la Torre Antonia, dispuesto a recoger información sobre las dos mujeres. Preguntó al alcalde de la fortaleza y le explicó la historia de la familia. Añadió que deseaba saber si vivía algún miembro de la familia para solicitar del César la restitución de todos sus bienes.

El alcalde le envió al tribuno y éste le relató lo ocurrido y le permitió copiar el informe referente a ambas prisioneras.

Malluch corrió junto a Ben-Hur para contarle las noticias.

-¡Mi madre y mi hermana leprosas! ,

El dolor del joven era indescriptible. Presa de la angustia y la ira, en su corazón se libraba una terrible batalla. -¡Iré a buscarlas! ¡He de encontrarlas! ¡Sólo pueden estar en un lugar!

-Déjame ir a mi -dijo Malluch-. Yo las encontraré y te traeré noticias.

-No. Esto es algo que debo hacer yo.

Los dos hombre partieron hacia el Cerro del Mal Consejo, junto al pozo de El-Rogel, que era el lugar habitual de reunión de los leprosos.

Todo aquel mes y el siguiente continuaron sus pesquisas, ofreciendo recompensas que no dieron resultado, pues las dos mujeres lograban siempre desviar sospechas.

Al tercer mes sólo sabían que, dos meses antes, dos leprosas habían sido apedreadas a la Puerta del Pescado por orden de la autoridad, y supieron que se trataba de ellas.

¡Apedreadas en su propia ciudad! -exclamó Ben-Hur. La cólera se había apoderado de él.

Ben-Hur regresó a la posada. En el patio había un gran gentío compuesto en su mayoría por jóvenes procedentes de Galilea que estaban en la ciudad para tomar parte en la fiesta de las Trompetas.

-¿Qué hacéis aquí? -un anciano se dirigió a los presentes de pronto-. Los rabinos y los ancianos han ido ya al Templo para hablar con Pilato.

¿Hablar con Pilato? ¿Por qué razón?

-Dicen que el nuevo acueducto ha de pagarse con dinero del Templo.

Librodot

-¿Con el tesoro santo? -la indignación era general. -¡Iremos con los rabinos! ¡Hemos de protestar! -Yo soy de Judá -dijo Ben-Hur-. Hombres de Galilea, ¿queréis que vaya con vosotros?

-Pareces fuerte y vigoroso. Ven, si es tu deseo.

¿Habremos de luchar? -preguntó, Ben-Hur. -Así es -respondió uno de ellos.

¿Contra quién? -Contra la guardia. -¿Los legionarios?

¿Claro. Son los únicos al servicio de los romanos. -¿Y con qué combatiremos? -¡Con nuestro valor!

-Pero habréis de elegir un jefe. Los legionarios tienen uno.

. Decidieron aplazar para más tarde la cuestión y se encaminaron sin demora al palacio de Herodes en el monte Sión, conocido como el Pretorio. En el trayecto se les unieron varios grupos de personas decididas a luchar con-. tra los legionarios de Pilato.

Al llegar a la puerta del palacio, una enfurecida muchedumbre esperaba fuera gritando y discutiendo.

-¿Qué ocurre ahí dentro? -preguntó' Ben-Hur a uno de los que salían del palacio en ese momento. -Los rabinos esperan audiencia. Pilato se niega a recibirles, pero ellos han dicho que esperarán cuanto sea preciso.

-¡Entremos! -propuso Ben-Hur.

El grupo penetró en un espacio encuadrado y amplio situado junto a la residencia del gobernador. Este espació lo llenaba una gran multitud que levantaba los puños con violencia en dirección a un pórtico custodiado por legionarios.

Cerca del pórtico se podían ver los turbantes de los -rabinos. La muchedumbre se impacientaba por momentos.

-¡Sal fuera, Pilato!

-¡Aquí no cuentan para nada con Israel! -¡Estos romanos nos tratan como a perros! -¡Peor que a animales! -¿Crees que saldrá?

-Se ha negado ya tres veces.

-¿Qué harán los rabinos?

-Lo mismo que en Cesárea: acampar hasta que les concedan audiencia.

-¿Se atreverá a tocar el tesoro santo?

-Estos romanos son capaces de todo.

El día transcurrió sin novedades del embajador de Roma. Ben-Hur procuraba mantener a los galileos en un solo grupo, por lo que pudiera suceder. De pronto se produjo un inmenso clamor.

-¿Qué pasa?

-Hombres vestidos como judíos están pegando con palos a la gente.

-¿Judíos?

-En realidad son romanos disfrazados. Parece que uno de ellos le ha dado un golpe a un rabino en la cabeza. Pilato está dedicido a emplear la fuerza.

Ben-Hur se acercó a un árbol y cortó una rama. Armado de este modo se dirigió a sus compañeros:

-¡A ellos! ¡Les ensèñaremos a no golpear a los débiles!

Los demás siguieron su ejemplo y pronto acometieron a golpes a los romanos. Estos, asustados ante la pericia de los jóvenes en el manejo de las improvisadas armas, replegaron sus fuerzas hasta el pórtico, buscando un refugio más seguro.

-¡Alto! -gritó Ben-Hur- Ahora viene el centurión con la guardia y no podemos combatirles con palos. Será mejor huir.

-¡No huyáis, perros de Israel! -gritó el centurión. -¡Ya volveremos, chacales de Roma! -replicó Ben-Hur.

-¿Quién se atreve a insultarnos?

-Yo -contestó el joven dando la cara. -Insolente. ¿Eres judío o romano? -He naçido aquí. ¿Qué quieres? -Que nos veamos las caras.

-¿Tú solo? ¡Vaya un romano valiente! ¿No ves que estoy desarmado?

-Toma mis armas, que yo buscaré otras.

Todos callaron al comprender el reto del centurión. Ben-Hur pensó que sería una buena ocasión de luchar por la causa del nuevo Rey.

Los dos adversarios se atacaron con saña inusitada . durante breves instantes. Ben-Hur clavó por fin su espada en el costado de su enemigo, que cayó derrotado. Poniendo un pie sobre el pecho del vencido, a la manera de los gladiadores, levantó el escudo sobre su cabeza y el pueblo le saludó con grandes vítores.

-Tu compañero ha muerto como un soldado -dijo Ben-Hur a uno de la guardia-. No deseo sus despojos, pero sí su arma y su escudo.

Ben-Hur se alejó seguido de los galileos.

-Hemos de separarnos -les dijo- para que no nos alcancen. Esta noche nos reuniremos en la posada de Betania, pues he de comunicaros algo importante.

¿Quién eres?

-Un hijo de Judá. Llevad con vosotros esta espada y este escudo para que os reconozca. Y, dicho esto, el joven desapareció.

SEPTIMA PARTE

Capítulo 17

Tras celebrar la reunión con los galileos en la posada de Betania, Ben-Hur partió hacia Galilea. Su hazaña contra el centurión le había convertido en un hombre célebre; por lo que, al finalizar el invierno, disponía ya de tres legiones, copia exacta de las romanas. No quiso disponer de más para no despertar los recelos de los romanos y de Herodes Antipas.

El joven adiestró a las legiones y enseñó a los oficiales el manejo de las armas. Una vez entrenados, les envió a sus respectivas aldeas para que intruyeran a nuevos hombres.

Para tal obra contó con el apoyo de Simónides y la abnegación de los galileos, que odiaban a Roma con todas sus fuerzas. No en vano habían perdido muchos hombres en la última guerra contra los invasores. Para un pueblo que consideraba hermanos a todos los seres, los romanos constituían una lógica excepción.

La noticia de la llegada de un nuevo Rey les causó una gran impresión. Ben-Hur les habló de los profetas y de Baltasar, quien le esperaba en Antioquía.

Un día, un árabe trajo un mensaje de Malluch. El mensaje decía:

Jerusalén.

Se halla entre nosotros un profeta llamado Elías, quien anuncia buenas nuevas. Jerusalén entera acude a oírle al monte Olivete, donde predica.

Si puedes venir, juzgarás por ti mismo.

Malluch".

-¡Alabado sea el Señor! -exclamó Ben-Hur al leer el mensaje-. La hora se acerca. Pronto estará con nosotros el nuevo Rey.

El joven envió una carta a Ilderím y otra a Simónides, aguardó la caída de la noche y, acompañado de un guía, emprendió el camino del Jordán.

A mitad del camino, el guía vio con curiosidad que eran seguidos por un grupo de jinetes.

-Es un camello y un hombre a caballo.

Cuando los desconocidos estuvieron más cerca, Ben-Hur se sorprendió al ver que se trataba de Baltasar y su bella hija.

-¡La bendición del cielo sea con vosotros! -saludó el egipcio.

-¡Y con vosotros! -repuso el judío.

-¡Yo te saludo, hijo de Hur!

-¿Hacia dónde te diriges?

-Partí con una caravana que se dirige a Alejandría, pasando por Jerusalén, pero no soportaba la lenta marcha y decidí viajar por mi cuenta. Mi hija es una grata compañía.

-En tal caso, haremos juntos el viaje.

Pronto llegaron a un torrente y decidieron descansar para comer. y reponer fuerzas. Ben-Hur y el anciano charlaron animadamente.

-Ardo en deseos de llegar a la Ciudad Santa - exclamó Baltasar.

¿A qué se debe tu urgencia? -se interesó Ben-Hur. -Muchas noches oigo en sueños una voz que me susurra: "Levántate y apresúrate, Baltasar. Aquel que tanto tiempo has esperado va a llegar".

-¿Te refieres al Rey de los judíos?

-Sí, hablo de El.

-Esto parece concordar con el mensaje de Malluch. -¿De qué mensaje hablas?

Ben-Hur leyó al anciano la carta en la que se hablaba del profeta Elías.

-¡Alabado sea Dios! -exclamó Baltasar

¡El día se acerca!

-Por fin llega nuestro Rey.

-Nuestro Salvador.

-¿Sigues pensando que será un Salvador y no un Rey? -quiso saber el judío.

-La diferencia entre tu fe y la mía estriba en que tú esperas a un Rey de los hombres, mientras que yo aguardo a un Rey de las almas.

-¿Y en qué se diferencian?

-Un Rey de los hombres sólo se ocupa de ellos en esta existencia, mientras que un Rey de las almas les protege en la vida eterna. La vida terrenal es como un segundo comparada con la eternidad junto a Dios.

Tres días más tarde de esta conversación, los viajeros llegaron a orillas del Jabbek. Un hombre les anunció que se estaban produciendo acontecimientos de importancia.

-Vengo de Betabara, donde se ha congregado mucha gente para ver a un individuo que dice llamarse Juan el Nazarita, hijo de Zacarías. Predica cosas raras y asegura ser un enviado del

Librodot

Mesías.

-¿Qué predica? -insistió Ben-Hur.

-Algo que él llama arrepentimiento y bautismo. Unos le preguntan si es el Cristo y otros si es Elías, pero él sólo contesta que es la voz que clama en el desierto.

Animados por tan buenas nuevas, los viajeros se dispusieron a llegar cuanto antes a su punto de destilo.

Al acercarse a Betabara, una inmensa multitud apareció ante sus ojos. De pronto observaron a un hombre de aspecto singular que avanzaba hacia ellos con decisión. Era como un salvaje. La piel de su cara estaba reseca como el pergamino y una enmarañada cabellera, sucia en su negrura, le caía por la espalda. Llevaba una zamarra de piel de camello e iba descalzo.

-¿Es ése el heraldo del Rey? -se burló Iras.

-Sí -respondió su padre-, ése es.

Ben-Hur miró al nazarita con extrañeza. Había visto muchos hombres como él en los baños romanos. Eran mendigos, seres pobres y repugnantes que nada poseían.

Baltasar, comprendiendo los pensamientos que intranquilizaban al joven judío, le dijo:

-Los caminos del Señor son inescrutables. Ben-Hur le dirigió una sonrisa de gratitud.

En aquel momento, un hombre que había permanecido sentado, observando a los recién llegados, se levantó, caminó hacia ellos y se detuvo junto a Juan el Nazarita.

Todos permanecieron quietos y callados, contemplando al desconocido. Su estatura era mediana y sus ademanes, sosegados y lentos. Se cubría con una larga túnica y no llevaba alforjas, cinturón ni báculo.

Bajo las bien arqueadas cejas había un rostro con *ojos* rasgados, de color azul oscuro. De nariz hebrea, cutis fino y cabello y barba ondulados, brillantes al influjo del sol, el desconocido poseía un enorme atractivo que no escapaba a la mirada de quienes le, contemplaban con respeto y admiración.

Todo su ser reflejaba inteligencia, amor y misericordia. Se adivinaba en él un alma noble y una voluntad sumamente enérgica.

Despacio, majestuosamente, el hombre se acercó a los tres y clavó sus *ojos* en los de Ben-Hur y Baltasar, ignorando la presencia de Iras.

-¡Aquí tenéis al Cordero de Dios que quita los pecados del. mundo! -exclamó Juan el Nazarita.

Ante estas palabras, Baltasar cayó de rodillas.

-¡Este es aquel de quien yo he dicho: "Después de mi viene un varón que es mayor que yo, porque está por encima de mí"! -las palabras de Juan resonaban en medio del silencio general- ¡Este es el Hijo de Dios!

-¡Es El! ¡Es El! -exclamó. Baltasar, con los ojos inundados por el llanto.

Ben-Hur contempló con atención el rostro del hombre. Estaba siendo conquistado por la pureza de sus facciones, su ternura, su humildad y su santidad, pero se resistía a admitir que el desconocido fuese el Rey que había de llegar.

Tenía la sensación de haber visto antes a aquel rostro. Buceó en su memoria y al punto se acordó de un muchacho que, años atrás, cuando era conducido por los romanos a su cautiverio en las galeras, le había dado de beber agua de un pozo de Nazaret. Fueron las manos de aquel muchacho las que le habían ayudado cuando se moría de sed. Y aquel muchacho era el hombre que tenía ante si.

Ben-Hur se dispuso a descender del caballo para rendir pleitesía a su bienhechor, más la voz de Iras llamó su atención.

Librodot

-¡Auxilio! ¡Mi padre se muere!

Baltasar estaba tendido en el suelo, sin sentido. Ben-Hur corrió en busca de agua y al regresar observó que el, desconocido había desaparecido.

Baltasar recobró el conocimiento y dijo:

-¿Dónde está?

-¿Quién? -preguntó su hija.

-¡El! ¡El Redentor! ¡El Hijo de Dios!

Ben-Hur pensó que sería mejor que el anciano descansara, pues los últimos acontecimientos habían turbado su espíritu. A la mañana siguiente, el desconocido volvió de nuevo al lugar.

-¿No puede ser acaso Rey y Redentor? - murmuró Ben-Hur al verle.

-¿Qué dices? - le preguntó Baltasar.

-Puede que estés en lo cierto.

-Hijo de Hur -repuso el anciano-, estos tiempos están llenos de presagios.

El joven quiso saber algo más sobre el llamado Hijo de Dios y se acercó a un grupo, preguntando quién era aquel hombre.

-Es el hijo de un' pobre carpintero de Nazaret - le respondieron.

Ben-Hur quedó sorprendido por esta respuesta y no dijo nada más.

OCTAVA PARTE

Capítulo 18

Tres años después de la anunciación de Cristo en Betabara, el 21 de marzo, Simónides y su hija Esther se encontraban en Jerusalén.

Simónides, por orden de Ben-Hur, había comprado y restaurado la casa de la familia Hur. Poncio Pilato accedió a la petición del anciano y éste no descansó hasta devolver al hogar de sus amos su antiguo esplendor.

Ben-Hur permanecía alejado de Jerusalén, ocupado en sus asuntos, pero se había preocupado de que Baltasar e Iras fueran alojados con todas las comodidades.

-Di que me traigan agua y vino -ordenó Simónides a su hija.

Esther se apresuró a cumplir el encargo. En ese momento, su sirviente le entregó un rollo sellado.

-Es para el amo.

Esther regresó al cenador, junto a su padre, y le entregó el rollo.

-Es de Ben-Hur.

Al escuchar estas palabras, la muchacha se ruborizó. Simónides abrió, el envoltorio y pidió a su hija que lo leyera.

Viendo que la joven vacilaba, el anciano exclamó: -Le amas, ¿verdad?

-Sí, padre.

-Lamento apenarte, hija mía, pero has de saber que Ben-Hur no te ama. No quiero que

Librodot

concibas falsas esperanzas que puedan llenar de tristeza tu corazón. -Lo sé.

-Creo que ama a la egipcia, pero ella no es buena. -¿Por qué hablas así?

-Ayer mismo se burló de su padre. Baltasar es un sabio favorecido por Dios, pero ella se limita a criticarle, diciendo: "La locura es perdonable en los jóvenes, pero intolerable en los ancianos". Semejante frase es digna de la crueldad de los romanos. -No debemos juzgarla.

-Tienes razón, hija mía. Pero, lee. Lee el mensaje. La joven obedeció.

Desde el camino de Galilea a Jerusalén.

El Nazareno está en camino. Le acompaño sin que lo sepa con una de mis legiones. La segunda nos sigue.

Los romanos no sospechan de semejante movimiento de hombres debido a la celebración de la Pascua. Poco falta ya para que lleguemos a Jerusalen. Apresúrate.

La paz sea contigo, querido Simónides.

Ben-Hur

Esther devolvió la carta a su padre y reprimió un sollozo. La misiva ¯no decía nada para ella

-¿Qué fecha lleva el mensaje? –pregunto el anciano

-Es del día ocho.

-Hoy es nueve. Ya estarán en Betanía. Pronto podrás ver a tu querido Ben-Hur.

Las palabras de Simónides resultar Hur llegó poco después al palacio de su: deado de Simónides, Esther, Amrah y el relato de sus últimas aventuras.

-He visto al Nazareno realizar grandes prodigios, mañana visitará el Templo, al que llama “la casa de mi Padre", allí se dará a conocer.

-¿Dónde podré verle? –pregunto Baltasar

-Podrás situarte en el terrado del pórtico de Salomón, pues en las calles será grande el tumulto.

-¿Vendrás con nosotros?

-No -repuso el joven-. Estaré e mis hombres.

-¿Lleva cortejo? -Simónides seguía convencido que esperaban a un rey de hombres.

-Va con doce individuos –respondió Ben-Hur- adivinando los pensamientos del anciano- pescadores y labradores. Todos son de condición humilde y viajan a pie, sin temor a los vientos y a las lluvias. Comen mendrugos de pan y parecen pastores. Pero cuando el Nazareno se quita el lienzo de la cabeza, se puede apreciar que es el Maestro. Basta con mirar su rostro

-¿Y qué prodigios realiza?,- inquirió Símonides

-Le he visto cambiar el agua y el vino

Esther devolvió la carta a su padre y reprimió un sollozo. La misiva -no decía nada para ella.

-¿Qué fecha lleva el mensaje? -preguntó el anciano.

-Es del día ocho.

-Hoy es nueve. Ya estarán en Betania. Pronto podrás ver a tu querido Ben-Hur.

Las palabras de Simónides resultaron proféticas. Ben-Hur llegó poco después al palacio de sus antepasados. Rodeado de Simónides, Esther, Amrah y los demás, inició el relato de sus últimas aventuras.

Todos lanzaron una exclamación de asombro.

-¿Y cómo es que siendo tan poderoso prefiere vivir en la pobreza? -volvió a insistir Simónides.

-No tiene nada ni codicia nada. Se compadece de los ricos y sólo se preocupa por los pobres. También le he visto multiplicar los siete panes y los doce peces que guardaba para él y sus acompañantes hasta saciar el hambre de cinco mil personas.

-¡Increíble! -exclamó Amrah.

-Sana a los enfermos con sólo rozarles la túnica.

Gracias a él, los ciegos ven y los tullidos andan. Un día curó a diez leprosos que le pidieron ayuda. -¿Y curaron?

-Ni rastro quedó de la enfermedad.

Al escuchar estas palabras, Amrah salió de la habitación sin que nadie lo advirtiera.

-Y también resucita a los muertos. Decidme, ¿quién puede hacer estos milagros?

-Dios -respondió Baltasar. -Tú lo has dicho.

-¿Y dices, que mañana irá al Templo? -preguntó Simónides.

-Sí, mañana se aclarará todo.

-¡Dios está con nosotros! -exclamó Baltasar.

Capítulo 19

Amrah atravesó por la mañana, muy temprano, una de las puertas de Jerusalén. Los guardias, que ya la conocían, la dejaron salir sin preguntarle nada. Iba en busca de sus amas, como de costumbre.

Se acercó a la tumba en la que se cobijaban las dos mujeres y llegó hasta ellas jadeante y feliz. La esclava se echó a los pies de su ama y besó la orla de su vestido una y otra vez.

-¡¿Qué haces, infeliz?! -exclamó aterrorizada la madre de Judá- ¿No comprendes que te vas a contagiar? Ya no podrás volver con mi hijo y yo no podré tener noti

cias suyas.

Pero la esclava no le hacía caso.

-La Ley no te dejará regresar -siguió diciendo la mujer-. Acabas de condenarte para siempre.

-¡Estáis salvadas! -proclamó la esclava mirando a

Tirzah con dulzura.

-Pero, ¿te has vuelto loca de remate? -Traigo buenas noticias.

-¿De mi hijo?

-No. Pero sé que viene un Hombre maravilloso que puede curar a los enfermos. Tenéis que venir conmigo a verle.

-Decididamente, has perdido la razón.

-No, ama -protestó Amrah-. Tu hijo le ha visto y ha sido testigo de tales maravillas.

La madre de Ben-Hur vaciló unos instantes. Si su hijo testificaba tales prodigios, no podía tratarse de un impostor. Era necesario tener fe.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó a la esclava.

-Un nazareno.

-¿Y mi hijo te ha enviado a darnos la noticia?

-No, él cree que habéis muerto.

-Está bien. Si así lo deseas, iremos contigo.

Las tres mujeres se pusieron en camino. Amrah tenía la intención de llegar a Betfage, más la senda era áspera y fatigosa y Tirzah, no pudiendo resistir el esfuerzo, gemía de dolor y amenazaba con desplomarse en cualquier momento.

-Déjame, aquí me quedaré a aguardar a vuestro regreso -exclamó la joven sin poder continuar.

-No, Tirzah -dijo su madre-. No te dejaré sola.

Las tres mujeres divisaron a un hombre que se acercaba por el sendero.

-Aléjate -le advirtieronn las tres mujeres.

-¿Por qué he de alejarme? -preguntó el desconocido.

-¿Acaso no ves nuestro mal? ¿No temes que te contagiemos?

-Nada temo, mujer, pues soy un mensajero del que devuelve la vida y la salud con una sola palabra –repuso el hombre a la madre de Judá.

-¿Hablas del nazareno?

-Hablo del Mesías.

-¿Entrará hoy en la ciudad?

-Ahora se halla en Betfage, pero no tardará mucho en pasar por aquí.

-¿Se dignará tan gran hombre en curar a una pobre enferma? -preguntó Tirzah.

El desconocido miró a la joven con dulzura y dijo:

-El Hijo de Dios no tardará en llegar. Tened fe y os curará. Que la paz sea con vosotras.

Con estas palabras, el desconocido reanudó la marcha.

Poco antes de la hora cuarta apareció por el camino una gran multitud que se dirigía a Betania. Hombres, mujeres y niños agitaban palmas y lanzaban vítores.

-¿Qué ocurre, madre? -quiso saber Tirzah.

-Ya llega. ¡Es el Mesías y se acerca!

Tirzah no pudo contener su impaciencia. Avanzando a duras penas, precedió a las dos mujeres hasta el borde del camino, postrándose de hinojos y orando.

Los gritos de la multitud llenaban el ambiente:

-¡Hosanna al Hijo de Dios! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Pero estos gritos de alegría se trocaron en otros de temor al descubrir a las tres leprosas que, orando de rodillas, permanecían al borde del sendero.

-¡Son leprosas! ¡Alejaos, impuras!

-¡Apedreadlas!

- ¡Matadlas!

-¡Están malditas por Dios!

Las mujeres, atemorizadas, no se atrevían a moverse. En aquel momento apareció el Nazareno y se detuvo frente a ellas. La madre de Tirzah se acercó hasta casi tocar el borde de su túnica y gimió:

-¡Maestro! ¡Tú puedes curarnos! ¡Apiádate de nosotras!

El Nazareno la contempló en silencio. Sus ojos serenos, luminosos, irradiaban una profunda bondad. Abrió los labios y de su boca se escucharon unas palabras entonadas con suave y enérgica voz:

-Mujer, ¿crees que Yo puedo curarte?

-Sí, porque eres el Mesías que anunciaron los profetas.

La multitud guardaba silencio.

-Grande es tu fe, mujer -respondió el Hombre-. Hágase lo que imploras.

Librodot

Tras pronunciar estas palabras, el Nazareno dirigió una última mirada de consuelo a las tres mujeres y siguió su camino.

-¡Estamos salvadas!. ¡Salvadas! -gritó Tirzah.

¡Gloria a Dios en las alturas! exclamó su madre- ¡Bendito sea tres veces el Hijo de Dios!

Las mujeres se abrazaron locas de alegría. No tardaron mucho en observar que el corazón les latía con más fuerza y que por todo el cuerpo experimentaban un placer inefable. Resurgían sus fuerzas y yo no había duda de su curación total.

Aquella curación había tenido un testigo de excepción. Ben-Hur no se separaba del Nazareno, viviendo con el todos sus prodigios y milagros. Había seguido de lejos el milagro de la curación de aquellas pobres mujeres. Al verlas, experimentó una sacudida interior y deseó acercarse a ellas, pero el gentío se lo impidió.

-No puede ser -se repetía una y otra vez mientras avanzaba con el cortejo-. Es imposible.

Pero las dudas persistían, por lo que ordeno a sus seguidores que continuaran sin él y, montando al veloz *Aldebarán,* volvió sobre sus huellas.

Mientras retrocedía, se fijó atentamente en una de las tres mujeres que caminaban hacia él.

-Es Amrah. Tiene que ser ella.

Cuando la mujer estuvo lo bastante cerca, Ben-Hur desmontó del caballo y le dijo:

-¡Por el amor de Dios, Amrah! ¿Qué haces aquí?

La esclava no respondió. Cayó de rodillas ante su amo y, haciendo un gesto en dirección a las dos mujeres que contemplaban al recién llegado con lágrimas en los ojos, le miró suplicante.

Ben-Hur comprendió de pronto. Miró a su madre, luego a su hermana, y su corazón cesó de latir por unos instantes.

Mudo de asombro, Ben-Hur abrazó a las dos mujeres y estalló en gritos sucesivos de alegría, intentando expresar su felicidad. Su madre le besaba satisfecha, mientras Tirzah se agarraba a sus pies y lloraba también de felicidad.

-¡Madre! ¡Hermanita! ¡Decidme que no estoy soñando!

-¡No, hijo, no! ¡Al fin podemos reunirnos! -¡Hermano querido! -susurraba Tirzah.

Amrah asistía a la escena presa de contento. La dicha se había apoderado de la buena mujer y le impedía hablar.

-Abrázame, Amrah -dijo Ben-Hur, comprendiendo que la esclava le había ocultado la verdad durante mucho tiempo-. Qué buena has sido con .todos nosotros.

Después de estas efusiones, todos se hincaron de rodillas para agradecerle a Dios tantas bondades.

Ben-Hur acompañó luego a las tres mujeres a una tumba cercana al Absalón, donde debían quedarse hasta que el Sumo Sacerdote certificase su curación.

Librodot

EPILOGO

Capítulo 20

Los días que siguieron a la milagrosa curación de la familia de Ben-Hur, el joven estuvo ocupado en instalar a su madre y a su hermana con todos los honores en su antigua mansión.

Ben-Hur se sentía plenamente feliz. Lejos quedaban las horas de sufrimiento y humillaciones. Había recuperado la fortuna que Messala le arrebató, había humillado al romano, consiguió la herencia de Quinto Arrio y, lo que era más importante, había logrado recuperar con vida a su madre y a su hermana.

Simónides administraba sus bienes, que crecían por momentos, y la dicha reinaba en el palacio de sus antepasados.

Baltasar y su bella hija Iras regresaron a Alejandría, pues el clima de Jerusalén perjudicaba al anciano. Simónides se sintió apenado por la marcha de su viejo amigo, más se alegró porque eso significaba que la joven no ocupaba el corazón de su amo.

Iras había manifestado su deseo de acudir a Roma cuando su padre falleciese, ya que la vida de Oriente se le hacía insoportable. Quería alardear de su belleza entre los nobles romanos, aduladores con las jóvenes hermosas.

Esther también se sintió feliz con la partida de Iras, e igualmente apenada, como su padre, por el adiós a Baltasar, pues sospechaba que ya nunca volverían a verse.

Ben-Hur, ocupado en atender a su madre y a su hermana, apenas notó la ausencia del anciano y su hija. Lloró al despedirse de Baltasar, pero sabía que él, en el fondo, deseaba morir para encontrarse cuanto antes con el Señor, el Rey de almas como le gustaba llamarle.

Horas después de la partida, Ben-Hur salió del palacio y, al pasar por entre la gente que atestaba las calles, distinguió unas antorchas a cuyo resplandor relucían las lanzas de unos soldados.

¿Dónde irían a aquella hora, rodeando a varios personajes de la clase sacerdotal de Caifás y Anás?

Siguió de lejos a la comitiva y reconoció en ella a uno de los apóstoles que iban con el Nazareno, un tal judas, quien caminaba con la cabeza baja, como temeroso.

La comitiva llegó al Huerto de los Olivos y allí encontraron al Maestro y a varios de sus discípulos.

Ben-Hur lo comprendió todo. Judas Iscariote acababa de vender al Nazareno.

-¿A quién buscáis? -pregunó el Mesías.

-A Jesús de Nazaret -respondió un sacerdote.

-Yo soy.

Judas se adelantó y, besando al Maestro, exclamo:

-¡Salve, Maestro!

-¿Con este beso entregas al Hijo del Hombre?

Ante el gesto de judas, los sacerdotes dieron una orden y los soldados prendieron al Nazareno sin que El opusiera resistencia.

La sangre de Ben-Hur hirvió en sus venas. ¿Acaso iba a dejarse coger sin hacer nada? ¿A

qué esperaban sus discípulos para ayudarle?

El joven se abrió paso entre la multitud y, acercándose al Mesías, le dijo:

-Dime que le sigues por Tu voluntad. Soy tu amigo. Di una sola palabra y acabaré con todos ellos.

Jesús le miró sin decir nada. Algunos de los presentes empezaron a gritar como energúmenos:

-¡Es uno de ellos! ¡Matadle!

Ben-Hur se abrió paso con los puños, empujando a unos y a otros. Sudoroso y ensangrentado, corrió hacia su caballo y emprendió el camino de regreso a su casa.

Más aquella noche no pudo dormir.

Al amanecer, dos jinetes se dirigieron a la casa del joven y le dijeron:

-El Nazareno ha sido juzgado y condenado ante Pilato.

-Pilato le ha condenado? -preguntó Ben-Hur.

-No -respondieron los jinetes-. Le ha declarado inocente por dos veces, pero, ante la insistencia de los sacerdotes, se ha lavado las manos y ha dicho: "Caiga sobre vosotros este crimen".

-¿Y qué hicieron entonces los sacerdotes?

-Se limitaron a contestar: "Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos".

-¿Cuál es la sentencia?

--Será crucificado en el monte Gólgota.

Ben-Hur llamó a uno de sus criados y le ordenó disponer los caballos para acudir al lugar de la crucifixión.

Buscó la ayuda de sus amigos, los oficiales galileos que mandaban sus legiones, pero ellos no quisieron ayudarle.

-No -respondieron-, no es el Rey. Al entrar en el Templo no quiso sentarse en el trono de David. El pueblo de Galilea no está con El.

Ben-Hur lloró amargamente, más nada podía hacer para obligarles a cambiar de opinión.

Montó sobre su caballo y se dirigió a toda velocidad al monte Gólgota. Ben-Hur contempló todo el suplicio del Nazareno. Vio cómo le clavaban en la cruz y asistió con dolor a su agonía.

¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen! -escuchó que decía a punto de morir.

A su derecha y a su izquierda habían crucificado a dos ladrones. Uno de ellos le habló cruelmente:

-Si eres el Mesías, sálvate y sálvanos.

Pero el otro ladrón exclamó:

-Nosotros estamos recibiendo el castigo por nuestro crímenes, pero El no ha hecho nada, ¡Oh, Señor! - dijo mirando al Mesías- Cuando entres en tu Reino, acuérdate de mí.

-En verdad te digo -repuso Jesús- que hoy entrarás conmigo en el Paraíso.

La agonía del Salvador se prolongaba bastante. Al fin, con una voz que estremeció a los presentes dijo:

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Ben-Hur recordó de pronto el día en que aquel Hombre, siendo aún un muchacho, le había aliviado con un poco de agua cerca de un pozo, y pretendió refrescarle los labios con una esponja empapada en agua, pero el Mesías exclamó:

-Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Por la faz de la tierra se extendió un velo negro, el sol se ocultó y la tierra tembló.

El Salvador acababa de morir.

Librodot

Habían transcurrido cinco años desde la muerte del Redentor. Ben-Hur se había casado con Esther y tenían dos hermosos hijos. Su madre y su hermana vivían con ellos, y Amrah y Simónides disfrutaban los últimos días de su vida en compañía de su familia querida.

El mercader Simónides vivió hasta edad muy avanzada,.abandonando los negocios en el décimo año de reinado de Nerón y dedicándose a jugar con sus nietos, que eran su mayor alegría.

Un día, se hallaban todos juntos en el jardín del palacio, disfrutando del sol, cuando Malluch anunció que un mensajero le había entregado un pergamino y se había marchado después.

-¿Cómo? -preguntó Ben-Hur- ¿Se ha ido sin esperar respuesta?

-Así es.

Malluch le entregó el pergamino y el judío lo leyó. Estaba escrito por el hijo del jeque Ilderím, su antiguo amigo, y decía lo siguiente:

"Yo, Ilderím, primogénito de Ilderím el Generoso
jeque de la tribu de Ilderím, me dirijo a Judá, hijo de Hur
He de comunicarte la triste noticia de la muerte de mi padre. Ya sabes cuánto te amaba. Lee el escrito que te adjunto y conocerás su voluntad, que es la mía.
La paz sea contigo y con los tuyos.

Ilderím"

Ben-Hur desenrolló el otro pergamino y leyó:

"Ilderím, llamado el Generoso, jeque de la tribu de Ilderím, a mi primogénito y sucesor.
Querido hjo: todo cuanto poseo será tuyo el día de mi muerte, excepto la propiedad junto a Antioquía conocida con el nombre de Huerto de las Palmeras, que deseo. legar a Judá, hijo de Hur, de quien tanto te he hablado y que tanta gloria nos proporcionó en la arena del circo. A él y a los suyos para siempre.

Ilderím el Generoso"

Ben-Hur entregó a Simónides ambos documentos y le preguntó:

-¿Qué opinas de esto?

-El Señor siempre fue generoso contigo –respondió el anciano-. Creo que ha llegado el momento de decidir qué destino quieres dar a tu inmensa fortuna.

-Te suplico que me aconsejes.

-Has entregado grandes sumas a la iglesia de Antioquía, pero nuestra fe está amenazada en la misma Roma.

-¿Qué puede hacer?

-Los romanos, y con ellos Nerón, su máximo jefe, sólo respetan dos cosas: las cenizas de los muertos y los sepulcros.

-Habla más claro, te lo suplico.

-Has oído hablar del peligro que corren nuestros hermanos en Roma. Nerón no les permite construir templos en la superficie de la ciudad, de esa ciudad que considera suya, pero no ha dicho nada de edificarlos bajo la ciudad.

Librodot

-Empiezo a comprenderte -afirmó Ben-Hur.

-Construye templos bajo tierra -prosiguió Simónides- y entierra en ellos los cadáveres de quienes mueran por la fe. De ese modo, evitaremos su profanación, pues Nerón no se atreverá a tocarlos si albergan las cenizas de los muertos.

-¡Es una excelente idea¡ ¿Sabes si hay alguna nave que esté lista para zarpar a Roma?

-Una hay, según me han comentado. -¿Y cuándo zarpa?

-Mañana mismo.

-¡Pues mañana zarparemos!

Ben-Hur ordenó a Malluch que preparara todo lo necesario para tan largo viaje y le dijo: -Tú vendrás conmigo.

Después, acercándose al lugar donde su esposa jugaba con sus hijos, le explicó lo sucedido.

. -Esposo mío -dijo Esther-. No deseo ser un obstáculo en tus esfuerzos por servir a la causa de Cristo, pero te suplico que me lleves contigo a Roma.

-Gracias, Esther -repuso Ben-Hur-. Jamás me habría atrevido a pedírtelo. Me haces muy feliz.

La fortuna de Ben-Hur fue empleada en su mayor parte para construir las catacumbas de San Calixto.

De aquella vasta tumba surgió el Cristianismo, que acabó para siempre con la dominación de los Césares romanos.

FIN